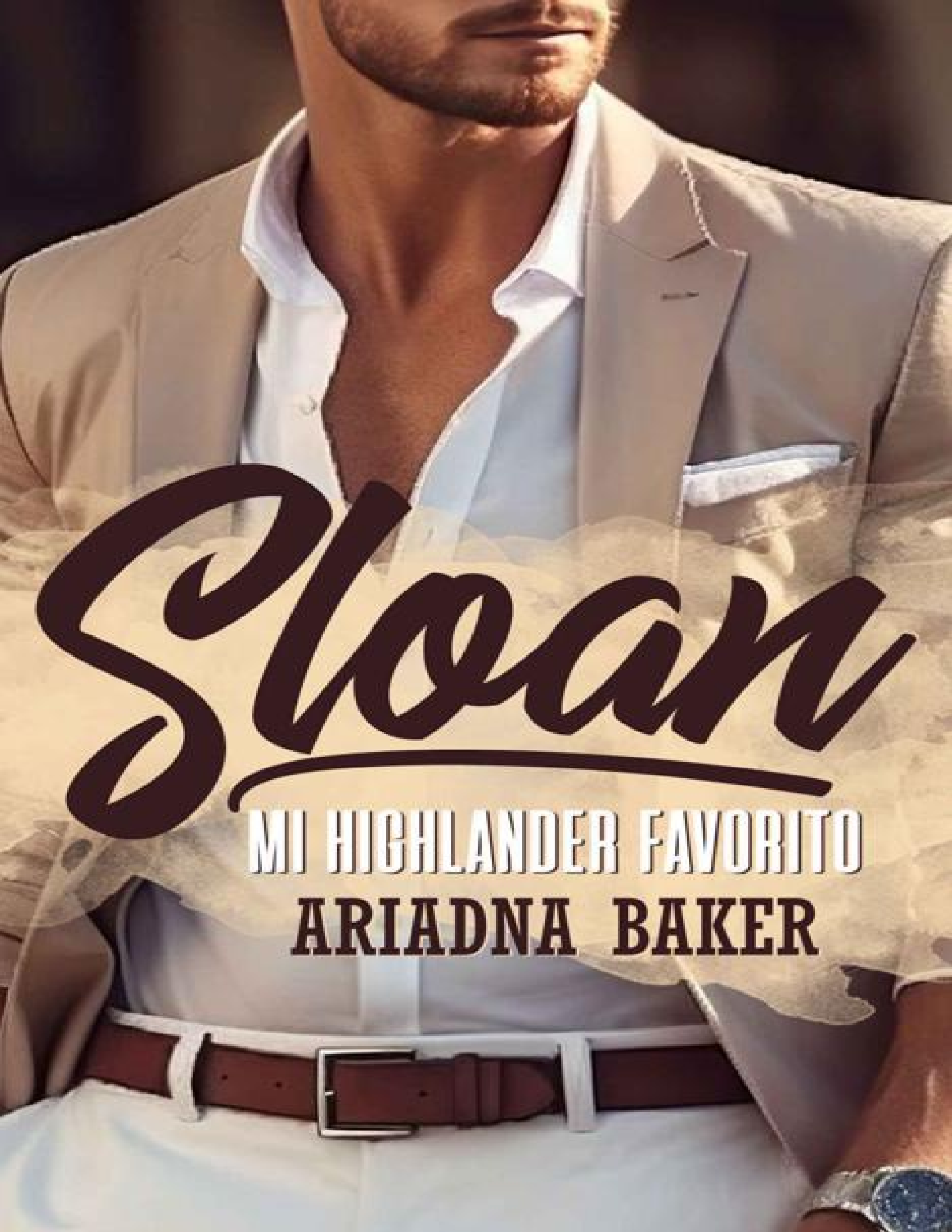

Sloan
MI HIGHLANDER FAVORITO
ARIADNA BAKER


Sloan
MI HIGHLANDER FAVORITO
ARIADNA BAKER


Sloan
MI HIGHLANDER FAVORITO
ARIADNA BAKER

Primera edición.

Sloan. Mi Highlander favorito

©Ariadna Baker.

©septiembre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Sloan. Mi Highlander favorito

©Ariadna Baker.

©septiembre, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
RRSS

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Era primera hora de la mañana cuando me desperté con una sensación de lo más extraña, y al intentar incorporarme fue cuando sentí un fuerte vértigo. Para intentar estabilizarme me senté en el borde de la cama y permanecí quieta.

Esperé unos segundos antes de ponerme en pie, pero fue justo en ese intento cuando sentí que todo lo que tenía en el estómago subía y empecé a vomitar sin parar. Debía de tener un virus o algo por el estilo, ya que esto no era normal.

Me encontraba cada vez peor, por lo que no dudé en enviarle un audio a Julieta, quien vivía justo al lado y, además, era mi mejor amiga.

—¿Qué te pasa, Noa?

—Me siento muy mal, todo me da vueltas y no paro de vomitar.

—Vamos, te ayudo a vestirte y te llevo a urgencias —dijo ella que era lo más predispuesta del mundo y mi único apoyo fuerte en esta vida.

—Sí, por favor.

Nos dirigimos en su coche hacia el hospital que estaba relativamente cerca, por lo que llegamos enseguida. Aunque debo admitir que un poco antes de lo normal, ya que iba a gran velocidad como si me estuviera muriendo pero así era ella.

Después de esperar unos veinte minutos, el médico me recibió y ordenó que me hicieran una prueba de orina y otra de sangre. Una vez me las hicieron, tuvimos que esperar un rato para que me volviesen a llamar con los resultados, pero la verdad es que fue rápido pues no tardaron en avisarnos.

—Te van a hacer una ecografía, aunque te adelanto que estás embarazada.

—¡Sí, hombre! —exclamé, y mi amiga me echó una mirada fulminante por haber reaccionado así ante el médico.

—Sí, señorita. Imagino que no debe cogerle por sorpresa el resultado.

—¿¡Qué no!? Es lo último que me esperaba en el mundo ¿Sabe usted el marrón que esto me va a suponer?

—No lo sé, pero cualquier decisión está en sus manos.

Julieta y yo nos dirigimos a la sala de eco, donde el ginecólogo nos recibió con una sonrisa. No entendí su alegría, ya que a mí no me hacía ni la más mínima gracia. Esa noticia me había dejado con la tensión por los suelos.

Me había caído como un jarro de agua fría, bien es cierto que había tenido un gran retraso, pero como eso me sucedía muchas veces pues no lo tomé como ninguna alerta.

Me tumbé en la camilla y me puso un gel en la barriga para el ecógrafo. De repente, vi un pequeño punto en la pantalla, era el bebé que estaba creciendo sin preaviso; y entonces se escucharon los latidos de su corazón, rápidos y fuertes… En ese momento, me asaltaron un montón de sensaciones contradictorias.

—No se te ve muy feliz… —Se atrevió a decirme el hombre.

—¿Feliz? ¿Feliz? Esto es el mayor problema de mi vida.

—Y del padre…

—Pues ayúdeme a encontrarlo, porque a ese lo conocí estas vacaciones en el Caribe y lo único que sé de él es que se llama Sloan, es escocés y vive en las *Highlands*. Ni apellido tengo, tampoco sé a lo que se dedica y para más inri, solo tengo una foto que le hice cuando se cayó al suelo borracho y no es muy adecuada para usarla como método de búsqueda. —Escuché como se le escapaba una carcajada a Julieta que conocía la historia, ya que el viaje lo hice con ella, donde por cierto se lio con el amigo.

—Pues sí, tienes un gran problema —dijo el ginecólogo con una ligera sonrisa.

—Una cosa, ¿me puedes poner de nuevo los latidos del corazón para grabarlos con mi móvil?

—Claro que sí —contestó sonriente y vi cómo Julieta lo cogía para disponerse a grabarlos y hasta me hizo un vídeo con el ecógrafo en mi barriga y los sonidos—. Por cierto, estás de siete semanas.

—Eso lo sabía yo, las fechas no podían ser otras. Me lo comí todo en el Caribe —rebufé agobiada y al doctor se le escapó una risilla.

Julieta me echó la mano por el hombro y salimos del hospital directas para mi casa. Mi mente estaba completamente ida y no conseguía reaccionar a nada.

—Sé que es un *shock* muy grande para ti y reconozco que para mí también lo ha sido, pero sabes que me tienes a tu lado —decía mientras conducía, y con la otra mano me apretaba la rodilla mostrando su apoyo.

—Qué marrón, qué marrón —no dejaba de repetirme a mí misma.

—Verás como será la mejor experiencia de tu vida. Ahora todo lo ves de forma negativa y con miedo por los cambios que vienen, pero piensa que en nada se convertirá en lo más valioso para ti.

—A ese lo encuentro yo, aunque sea debajo de las piedras.

—Por supuesto, así nos tengamos que recorrer todo el pueblo casa por casa.

—Nos dijeron que eran de la capital de las Tierras Altas, pero no recuerdo el nombre.

—Eso se busca por internet, pero a ese lo encontramos y de paso al amigo, que debo reconocer que me ponía como una moto. Hay que preguntarles a las jóvenes del pueblo que tengan una edad que se aproxime a la de ellos.

—Sloan tenía treinta y cinco años.

—Y Edwin también, así que ya tenemos otro dato más.

—Julieta, estoy embarazada, tía, y no sé cómo voy a lidiar con esto. Encima de un escocés que era un bombón, pero que se notaba que solo fui para él un rollo de vacaciones, porque ni siquiera me pidió mi número de teléfono

—Tranquilízate y ahora pensamos en frío, pero tenemos que salir lo antes posible para Escocia. No pienso ir en busca del padre de mi sobrina cuando tú tengas un barrigón que haya que llevarte a tirones.

—Vaya ánimos me das. —Volteé los ojos.

—Soy realista y como tal, te advierto que te tienes que preparar para cualquier cosa, ya que puede haber diferentes escenarios, tales como que no lo encontremos, o que sí y no quiera saber nada del asunto.

—No soy tonta…

—Lo sé, pero no te quiero ver sufrir.

—De cualquier manera, el marrón ya lo tengo encima y tengo que apechugar con la semana loca que pasé con Sloan, en la que la mayoría de las veces fuimos prudentes, pero en otras habíamos bebido más de lo normal y no pensamos en las consecuencias.

»No estoy preparada para todo esto, pero no me queda otro remedio que enfrentarme al mayor reto de mi vida ya que lo tengo encima. Y te digo una cosa, que no lo voy a buscar para pedirle nada, solo para comunicárselo, que, si quiere ser un padre contributivo y presente en la medida de lo posible dada la distancia, que lo sea, y que, si no quiere saber nada, ahí se queda, que ni mi vida ni la del intruso —me toqué la barriga—van a depender del escocés ese, que estará muy bueno y será muy guapo, pero que, si he sobrevivido a su ausencia estas semanas, sobrevivo toda mi vida.

—Te quedaste pillada por él.

—Reconozco que me costó asumir que no lo iba a volver a ver, pero de ahí a que me quedé pillada, va un mundo.

—En tu caso no va nada.

—Hija, sé un poco menos brusca, que te gusta ir a la yugular.

—Tú eres peor, así que no te quejes.

Llegamos a mi casa y la verdad es que ya me encontraba mucho mejor del malestar tan fuerte que tuve al despertar.

Preparamos un desayuno, ya que ni tiempo nos había dado, y comenzamos a mirar los vuelos para llegar al aeropuerto más cercano a Inverness, que era el lugar que habíamos averiguado y que era dónde supuestamente vivían. A saber…

Después de meditarlo tras darle muchas vueltas, decidimos comprar los vuelos para irnos de inmediato. Como decía mi amiga, las cosas no se pensaban, se hacían.

Yo vivía en la casa que heredé de mi padre tras su muerte hacía dos años. En aquellos momentos, tenía veinticinco años y él apenas contaba con cincuenta y seis, una partida demasiado temprana para alguien que significaba todo para mí y que era el ser humano más extraordinario que había conocido.

Me había criado él solo, ya que mi madre falleció cuando yo tenía cuatro años por una negligencia médica, ya que la metieron en el quirófano para operar de una cosa y, por error, acabaron extirpándole el hígado.

El fallecimiento de mi padre fue un golpe durísimo que me costó mucho asimilar, ya que era un hombre feliz y bondadoso, que amaba su trabajo como arquitecto en el despacho que tenía en casa y contaba con unos buenos ahorros. Justo había acabado de reformar la casa por completo y no tenía preocupaciones importantes por nada. Todos sus sueños se esfumaron con un paro cardiaco que le dio en la calle y del que no pudieron salvarlo. Lo seguía echando muchísimo de menos. Y maldecía el no haberme podido despedir de él, aunque se llevó consigo todos esos «Te quiero» que le decía cada día.

Aun así, la vida tenía que continuar y aunque no fue fácil, los que me querían no me complicaron las cosas y siempre estuvieron a mi lado, como era el caso de mis abuelos paternos, Daniel y Carmen, que siempre me llamaban por si necesitaba algo o simplemente para saber de mí, aunque ellos vivían en un pueblo en el campo y no los tenía tan cerca como quisiera.

Me había criado él solo, ya que mi madre falleció cuando yo tenía cuatro años por una negligencia médica, ya que la metieron en el quirófano para operar de una cosa y, por error, acabaron extirpándole el hígado.

El fallecimiento de mi padre fue un golpe durísimo que me costó mucho asimilar, ya que era un hombre feliz y bondadoso, que amaba su trabajo como arquitecto en el despacho que tenía en casa y contaba con unos buenos ahorros. Justo había acabado de reformar la casa por completo y no tenía preocupaciones importantes por nada. Todos sus sueños se esfumaron con un paro cardiaco que le dio en la calle y del que no pudieron salvarlo. Lo seguía echando muchísimo de menos. Y maldecía el no haberme podido despedir de él, aunque se llevó consigo todos esos «Te quiero» que le decía cada día.

Aun así, la vida tenía que continuar y aunque no fue fácil, los que me querían no me complicaron las cosas y siempre estuvieron a mi lado, como era el caso de mis abuelos paternos, Daniel y Carmen, que siempre me llamaban por si necesitaba algo o simplemente para saber de mí, aunque ellos vivían en un pueblo en el campo y no los tenía tan cerca como quisiera.

Capítulo 2



Tras varios días de nervios en los que organizamos todo para el viaje, por fin nos encontrábamos aterrizando en Escocia, tratando de asimilar que este también lo tomaríamos como uno de esos viajes que tanto nos gustaba hace para crear contenido para nuestras redes, que era a lo que nos dedicábamos, un trabajo que nos apasionaba y nos permitía vivir cómodamente.

Gracias a eso, Julieta se compró hace un año la casa contigua a la mía, ya que la pusieron a la venta. Vio en esa oportunidad la ocasión perfecta para independizarse y tener una buena casa donde grabar su contenido, además de tenerme bien cerca. Y reconozco que eso me dio más vida…

El cielo estaba completamente nublado, a pesar de ser septiembre, pero ya se sabía cómo se las gastaba el clima en este país, que nada tenía que ver con el solecito que todavía disfrutábamos en nuestra ciudad.

Nos montamos en un taxi que nos llevó a la estación de tren, en donde mientras hacíamos tiempo, nos tomamos un zumo antes de abordar el tren que nos llevaría hasta Inverness.

—Alegra esa cara, hija, que ya es hora de que comiences a sentirte feliz de saber que vas a ser mamá. A mi *sobri* no le faltará de nada, y mucho menos amor, que de ese tenemos las dos para dar y regalar.

—¿Quién me mandaría a mí perder la cordura con un escocés del que no sabía nada? —Puse cara de frustración.

—Ese bebé es tuyo, y a partir de ahí de lo que venga, pero piensa en tu autonomía y de lo que eres capaz. Deja ya de pensar en quién puso la semilla que eso no te llevará a ningún sitio.

—Todo eso lo sé, pero me está costando un mundo asimilarlo.

—Ya te he dicho que cuando regresemos nos ponemos manos a la obra para prepararle su habitación y todas las cositas en cuanto nos digan el sexo del intruso o intrusa, como tú le llamas —negó revolviendo sus ojos y riendo.

—No corras tanto, aún estoy superando los vómitos.

—Desde luego… ¡Arriba los ánimos! —me gritó dando una palmada a la mesa y sobresaltándome.

—Lo tengo clarísimo, en cuanto nazca se va con su tía Julieta y ya si eso, yo me lo quedo cuando tú necesites salir o irte sin mí de vacaciones —bromeé.

—Pues mira, también está dentro de las opciones.

—Te la has ganado —dije dándole una colleja.

—No te la devuelvo porque capaz eres de vomitarme encima. Te vas a librar de muchas por ahora —me advirtió señalándome con su dedo, a la vez que se levantaba para que nos fuéramos a tomar el tren que ya estaba por llegar.

Colocamos las maletas en una estantería que había fuera de nuestro vagón y nos dirigimos a nuestros asientos, donde nos acomodamos para ese trayecto que nos llevaría a las Tierras Altas de Escocia.

El paisaje que íbamos dejando a nuestro paso me parecía de lo más fascinante, así que aproveché para grabar algunos vídeos cortos para luego juntarlos y hacer un bonito Reel.

Llegamos a Inverness y en la misma estación cogimos un taxi y le dimos la dirección a la que nos tenía que llevar. Mandamos un mensaje al propietario de la casa que habíamos alquilado en el centro para avisarle de que ya estábamos aquí, tal y como habíamos acordado.

Vivía justo al lado, nos lo comentó cuando llegamos, ya que nos estaba esperando en la puerta. Kyle, que así se llamaba, se veía un señor de lo más amable y muy predispuesto porque se ofreció para que lo contactáramos en cualquier momento que lo necesitásemos durante el tiempo que estuviésemos aquí, que inicialmente era por un mes.

Era un precioso apartamento de dos habitaciones, con cocina, un baño en el pasillo y salón que tenía unos amplios ventanales hacia la calle principal. Lo había elegido Julieta, ya que era tan bonito que podíamos utilizarlo para hacer vídeos. Todo en nuestra vida giraba en torno a eso.

Sacamos las cosas de nuestras maletas y la colocamos cada una en su habitación antes de irnos al súper que había justo debajo para comprar algunas cosas.

—Llevo fatal el no poder tomar café —dije echando en el carro dos botellas de leche de un litro y medio cada una.

—Venga, que ya sabes que yo no tomo y como lo mismo que tú, para solidarizarme. —Me hizo un guiño y echó un bote de cacao para, de vez en cuando, alegrar a la leche.

—Puedes tomar café sin problema, no voy a llorar ni tirarme de los pelos.

—Contigo al fin del mundo —dijo echándome la mano por el hombro y besando mi mejilla.

El carro iba hasta los topes, la cajera no podía contener la risa al vernos, tratando de mantener todo en su lugar para que el castillo no se cayera. Habíamos hecho todo un tetris.

La suerte es que, al menos, en inglés teníamos un gran recorrido, ya que tanto Julieta como yo teníamos todas las titulaciones de Cambridge porque hicimos cada curso juntas, así que le pudimos preguntar a la cajera si podíamos sacar el carro para descargar en el portal. Nos dijo que no había problema.

—Quién dice hasta el portal, dice hasta la casa. —Abrí la puerta del ascensor—. Venga entra. —Le hice un gesto.

—Está claro, eso que nos ahorramos.

Hasta la misma cocina lo metimos. Descargamos todo en la encimera de la cocina y ella se fue a devolverlo mientras yo iba colocando las cosas.

—¿Qué te apetece cenar? —le pregunté cuando regresó.

—Algo ligerito, un sándwich vegetal con las láminas de pollo que hemos comprado estaría genial.

—Perfecto, le pongo pollo, lechuga, beicon muy crujiente, huevos a la plancha y mayonesa. Estará riquísimo. —Se me hizo la boca agua.

—Suena perfecto, seguro que sabe mejor. Yo voy a ir colocando todas nuestras cosas que van en el aseo.

—Venga, me pongo manos a la obra.

Ya tenía toda la cocina despejada y comencé a prepararlos a la vez que grababa un vídeo del proceso que uniría al resultado en un plato y que me serviría como historia para mi perfil.

Puse los platos sobre la mesa que había delante del sofá y fui al baño, ya que Julieta me lo había pedido.

ó —Mira qué chulo lo he dejado todo.

—Pues sí, está para hacerle un vídeo. —Me reí.

—Hombre, si no, no me hubiera esmerado tanto.

—Me lo imaginaba. —Me reí saliendo del baño para sentarme a cenar.

—¿Te imaginas la cara de estos dos si supieran que estamos aquí?

—No, lo peor será la cara de Sloan cuando le diga que le viene un hijo de camino. —Volteé los ojos y suspiré.

—Tú tranquila, que si se pone tonto le clavo el tacón en la cabeza.

—Lo que nos faltaba, ir de turismo a la cárcel de aquí. —Me reí.

—Y él al hospital. A ver a quién le duele más. —Ladeó la cabeza.

El caso es que me daba terror ese momento, porque, aunque habíamos pasado una locura de semana, eso no tenía por qué terminar de esta manera y con la responsabilidad que me venía, al menos a mí, que esto no era opcional, como podría suceder en su caso si pedía desvincularse del tema.

Por supuesto, podría forzarlo legalmente, pero estaba claro que no iba a obligar a nadie a estar en un lugar donde no quisiera.

Estuvimos dos horas charlando y viendo vídeos en el móvil antes de irnos a la cama. El día había sido largo y estábamos rendidas.

—Mira qué chulo lo he dejado todo.

—Pues sí, está para hacerle un vídeo. —Me reí.

—Hombre, si no, no me hubiera esmerado tanto.

—Me lo imaginaba. —Me reí saliendo del baño para sentarme a cenar.

—¿Te imaginas la cara de estos dos si supieran que estamos aquí?

—No, lo peor será la cara de Sloan cuando le diga que le viene un hijo de camino. —Volteé los ojos y suspiré.

—Tú tranquila, que si se pone tonto le clavo el tacón en la cabeza.

—Lo que nos faltaba, ir de turismo a la cárcel de aquí. —Me reí.

—Y él al hospital. A ver a quién le duele más. —Ladeó la cabeza.

El caso es que me daba terror ese momento, porque, aunque habíamos pasado una locura de semana, eso no tenía por qué terminar de esta manera y con la responsabilidad que me venía, al menos a mí, que esto no era opcional, como podría suceder en su caso si pedía desvincularse del tema.

Por supuesto, podría forzarlo legalmente, pero estaba claro que no iba a obligar a nadie a estar en un lugar donde no quisiera.

Estuvimos dos horas charlando y viendo vídeos en el móvil antes de irnos a la cama. El día había sido largo y estábamos rendidas.

Capítulo 3



—Arriba, Noa, que nos esperan un montón de escoceses con sus falditas y nada debajo.

—Te mato. —Reí intentando volver a la vida—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y la cafetería de enfrente ya está abierta.

—Pero si hemos comprado un montón de cosas para desayunar. ¿Para qué vamos a ir a la calle?

—¿Para encontrar al padre del intruso?

—No lo llames así —le advertí señalándola con el dedo y riendo.

—Así me gusta, que te hayas dado cuenta de que no son palabras bonitas con las que te diriges a tu bebé.

—Va a ser niño.

—¿No me digas? ¿Te lo ha dicho él?

—Lo digo yo. —Me incorporé con cuidado para evitar que los mareos aparecieran.

—Estás hoy muy rara, eso es que se te han disparado las hormonas.

—Tengo ganas de un chocolate calentito.

—Aquí cada una hablando a su bola, sí señor —rebufó desapareciendo del quicio de la puerta—. Menos mal que dicen que las mejores conversaciones las tiene una consigo misma —dijo asomándose de nuevo y le tiré una almohada.

—Te quedaste sin chocolate —me advirtió antes de desaparecer de nuevo.

Me puse unos *leggings* negros con una camiseta blanca y encima un jersey de hilo finito rosa que combiné con unas deportivas. Miedo me daba cuando comenzase a crecer la barriga.

Julieta me conocía a la perfección y eligió casi el mismo modelo, la diferencia era que ella se puso una sudadera celeste con capucha.

—¿Pues no parece que nos vamos a hacer *runnig*, pero en plan pijo?

—Noa, da gracias a la vida que genéticamente nos hizo medio en condiciones, porque ni tú ni mucho menos yo vamos a hacer deporte en esta vida. —Se rio.

— Se dice que las mujeres embarazadas deben andar.

—Pues mucha suerte, tienes todo Inverness para darle unas vueltecitas al día. —Me dio una palmada en la espalda.

—Tener amigas para esto… —Reí dirigiéndome al ascensor.

—Andar dice, si no baja dos plantas por las escaleras —negó entrando en el ascensor a la vez que ponía los ojos en blanco.

Nos sentamos en la terraza y la verdad es que no hacía calor, pero tampoco frío, se estaba de lo más agradable.

Una joven vino a atendernos y nos pareció muy simpática; creo que las dos pensamos lo mismo cuando le pedimos el café. Iba a ser la primera a la que le preguntásemos por ellos.

—Fijo que los conoce.

—¿Tú crees? —pregunté pensando que sería lo ideal.

—Claro, si aquí se tienen que conocer hasta a los amantes de los vecinos.

—Hija, desde luego que para poner ejemplos eres bruta.

—¿Te piensas que los escoces son fieles? Ni los escoceses, ni los británicos, ni los españoles, ni los chinos.

—Si hay amor de verdad…

—Claro que sí, guapi. —Puso los ojos en blanco.

La chica salió con la bandeja y nuestro desayuno con esa sonrisita tan amable en la cara.

—Perdona —le dijo Julieta que sabía que no tardaría en someterla a un interrogatorio—. ¿Eres de aquí?

—De toda la vida —sonrió—. ¿Necesitáis ayuda en algo?

—Gracias, eres muy amable. Era para preguntarte si conoces por casualidad a dos amigos de unos treinta y cinco años que se llaman Sloan y Edwin.

—Con esos datos los identifico a dos. ¿Son los que viven en el castillo?

—Espero que no, porque si no ya me da algo —respondió Julieta a carcajadas.

—Creo que tengo a Edwin en mi Instagram, espera que lo compruebo. —Sacó el móvil de su bolsillo trasero de pantalón.

—Verás que al final la sorpresa nos la llevamos nosotras —murmuré en español y Julieta aguantó la risa.

—Sí, es este y en esta foto sale con Sloan. —Nos la enseñó y a mí se me subió la sangre a la cabeza.

La foto estaba tomada en los jardines de un castillo, donde ambos sostenían una cerveza, sonrientes y, lo más grande, vestidos con su ropa tradicional, sí, con esa faldita que más o menos era la que yo usaba en el uniforme para ir al colegio.

—¡Bingo! —gritó Julieta y la chica se rio.

—¿Sí? —preguntó feliz.

—Sí, sí, le confirme yo.

—Pues son los hombres más ricos de Inverness y viven el en castillo que se ve en la colina, el más grande de toda la zona. Son amigos desde la infancia y tienen empresas juntos. Son de familia tradicionales.

—¿Tradicionales hasta qué punto? —pregunté.

—Son personas muy distinguidas, aquí se les tiene mucho respeto y cariño, pues hicieron mucho por la ciudad. En sus tierras, muchos trabajan para ellos, y es innegable que tienen un fuerte vínculo con la historia de Escocia, viviendo intensamente sus tradiciones. Sloan y Edwin son los típicos tíos que ves en la ciudad impecablemente vestidos, pero son muy simpáticos. De vez en cuando, vienen aquí a tomar un café o una cerveza.

—Lo que no entiendo es por qué viven juntos y de quién es el castillo, porque uno tendrá que ser el rey y el otro el agregado —dijo Julieta causándonos una carcajada bien grande.

—Es de los dos, lo compraron hace cinco años a la familia de Sloan porque se iban a vivir a otro castillo. Ambos se quedaron las tierras y se afincaron juntos.

—Eso lo hacen en mi tierra y dicen que son pareja —dijo Julieta como la que no quiere la cosa en un intento de sacarle más información.

—No, precisamente porque los dos han sido vistos con muchas. Tienen fama de ser mujeriegos, eso sí, son bastante selectivos con las mujeres que son finas, cultas, educadas, elegantes y de buena posición económica. Si necesitáis algo más, no dudéis en preguntarme —sonrió marchándose a atender otra mesa.

—Joder, pues borrachos en el Caribe no se les veía tan selectivos.

—Noa, hija, por eso se fueron allí, para sacar su verdadera identidad. Está claro que aquí hacen un papelón para aparentar, pero que a estos los conocemos en las distancias cortas y sabemos que no son como nos los han pintado. Por cierto, ya encontré el Instagram de Edwin y lo estoy siguiendo —dijo mirando el móvil y riendo a carcajadas—. Para ver las fotos que han subido del Caribe, todo mentira. —Me reí viendo la elegancia y glamur que intentaban transmitir—. Por cierto, etiqueta a Sloan, lo voy a seguir también.

—Me están dando ganas de vomitar.

—Ni se te ocurra, te lo aviso desde ya —me advirtió señalándome con el dedo.

—Calla, que me pones peor. —Solté el aire.

—¿Vamos al baño?

—Sí, por favor.

Dejamos el desayuno en la mesa y fuimos al aseo, esperé un poco porque pensaba que iba a vomitar, pero finalmente se me pasó la sensación y comencé a sentirme mejor. Regresamos a la terraza.

—Joder, no podían vivir en un pisito aquí en el centro, no, tienen que vivir en el castillo —rebufé agobiada.

—Al menos sabes que el padre de tu bebé es acaudalado. —Carraspeó detrás de una sonrisilla.

—Por mí como si el rey de las *Highlands*, a mi bebé no le va a faltar de nada, que yo tengo mi casa pagada, unos ahorros y me saco unos buenos ingresos mensuales. Casi todo gracias a mi padre, pero lo tengo.

—Lo sé, estaba bromeando, pero oye, que se le puede sacar una buena manutención.

—Pesadita eres, no te enteras.

—Ay, que me gusta buscarte. —Me dio un pellizco en la mejilla y miró un mensaje que le había llegado—. ¡No me jodas! Me acaba de hablar por privado Edwin.

—¿En serio? —Asomé mi cabeza y giró el móvil para enseñarme el chat de Instagram.

Edwin: *Hola, Julieta. ¿Qué tal estás? ¿Qué es de tu vida? Me he llevado una grata sorpresa con tu seguimiento.*

Obviamente todo estaba escrito en inglés, pero nosotras para eso éramos unas hachas.

—¿Se lo suelto o no?

—¿Cómo le vas a soltar que estoy preñada del amigo? —pregunté protestando.

—Hija —me miró negando—, me refiero a decirle que estamos aquí.

—Yo qué sé, tenemos que pensar muy bien las cosas.

—¿Pensar? Hemos venido con un propósito y lo tenemos más cerca que nunca. Déjame a mí que yo sé qué contestarle.

Julieta: *Hola, Edwin, pues mira, curiosamente buscando cosas de la zona encontré tu perfil. Es que estamos en Escocia en una ciudad que se llama Inverness. El turismo es lo nuestro.*

—Por el amor de Dios, ¿ya empezamos con mentiras? Vamos, que pueden descubrir que preguntamos por ellos y, además, ¿turismo? ¿En serio? —Solté el aire agobiada perdida.

Edwin: *¿En Inverness? ¿Tú y Noa? ¿En serio?*

—No te rías, Julieta, que creo que me estoy poniendo de parto.

—¿No será descomposición de barriga? —Reía mientras escribía en el móvil y luego me lo enseñó.

Julieta: *Sí, con ella al fin del mundo, ya lo sabes. ¿Qué tal estás?*

Edwin: *Sorprendido, muy sorprendido. ¿Os apetece quedar para comer?*

—¿Hoy? —pregunté temiendo que el momento fuese tan inminente.

—No, el mes que viene. —Puso cara de resignación.

Julieta: *Estupendo, solo me tienes que mandar la ubicación.*

Y le envió una ubicación que estaba a un kilómetro de distancia de donde nos encontrábamos. Nos citaban para la una y media.

El desayuno me estaba entrando a lo justo, y es que los nervios se apoderaron de mí por completo.

—¿Y cómo le voy a decir en la comida que estoy embarazada? ¿Y si le da por romper platos o cualquier cosa?

—De verdad, Noa, a veces pienso que te haces la sueca. No se va a poner a tirar platos ni esas cosas, pero ya vemos en qué momento se lo puedes soltar.

Edwin: *¿En Inverness? ¿Tú y Noa? ¿En serio?*

—No te rías, Julieta, que creo que me estoy poniendo de parto.

—¿No será descomposición de barriga? —Reía mientras escribía en el móvil y luego me lo enseñó.

Julieta: *Sí, con ella al fin del mundo, ya lo sabes. ¿Qué tal estás?*

Edwin: *Sorprendido, muy sorprendido. ¿Os apetece quedar para comer?*

—¿Hoy? —pregunté temiendo que el momento fuese tan inminente.

—No, el mes que viene. —Puso cara de resignación.

Julieta: *Estupendo, solo me tienes que mandar la ubicación.*

Y le envió una ubicación que estaba a un kilómetro de distancia de donde nos encontrábamos. Nos citaban para la una y media.

El desayuno me estaba entrando a lo justo, y es que los nervios se apoderaron de mí por completo.

—¿Y cómo le voy a decir en la comida que estoy embarazada? ¿Y si le da por romper platos o cualquier cosa?

—De verdad, Noa, a veces pienso que te haces la sueca. No se va a poner a tirar platos ni esas cosas, pero ya vemos en qué momento se lo puedes soltar.

Capítulo 4



Me cambié de ropa seis veces y no sabía qué ponerme, ya que no quería dar la impresión de que iba a una fiesta o a ligar. Al final, me decanté por un vestido de algodón finito en color marrón, que combiné con unas botas de piel del mismo tono.

—Qué guapa estás, jodida —murmuró en alto mirándome de arriba abajo.

—Tú también, te queda muy bonito el conjunto. —Se había puesto una falda hasta las rodillas de algodón en color negro como sus botas y un jersey de hilo blanco arriba que le quedaba de lo más chulo.

—Pues vamos, que nos queda una buena caminata hasta allí.

—Un kilómetro se hace en once o doce minutos, no me seas exagerada.

—Vamos con botas de tacón.

—Pero de tacón gordo, no me seas floja.

—Lo haré por tu intruso. —Me tocó la barriguita causándome una carcajada. Vaya nombre le di al pobre bebé cuando me enteré de la noticia.

Salimos de la casa, y no podía evitar resoplar constantemente. La ansiedad me invadía y el estrés crecía en mí. Más de una vez, se me pasó por la cabeza dar media vuelta y no continuar hacia el encuentro.

Al llegar al restaurante, nos impresión su aspecto fino y elegante. Le dijimos nuestros nombres tal y como nos indicó Edwin y nos acompañaron hasta la mesa donde nos estaban esperando.

—Dos pijos, muy pijos —murmuró Julieta a la vez que yo aguantaba la risa y las ganas de salir corriendo de allí. Me había dado mucha impresión verlo de nuevo.

Estaban tomando un vino sentados en la mesa cuando nos vieron y se levantaron rápidamente con una sonrisa a saludarnos.

Sloan me abrazó con mucha efusividad y luego Edwin que me tiró hasta un pellizco en la mejilla.

—La perdida… —me dijo Sloan cuando me senté.

—Perdidos hemos estado los dos —le contesté a modo defensa, pero en plan broma.

—Yo te dejé mi número de teléfono y pensé que me saludarías algún día.

—¿Tú a mí tu número? —Lo miré retándolo.

—Guardé mi contacto en tu móvil una de las veces que estuvimos juntos en la playa.

—Verás que te mato. —Escuché decir a mi amiga.

—Creo que te equivocas —le dije a la vez que lo buscaba y…— No, no te equivocas. —Cerré los ojos y me maldecí.

—¿No te habías dado cuenta de que tenías su teléfono? —me preguntó Julieta incrédula.

—Yo no ando revisando la agenda y como solo hablo contigo y mis abuelos…

—Tranquila —me dijo Edwin—, conozco a otra a la que también se lo di y tampoco me escribió —se refirió a Julieta.

—¿A mí?

—Sí, te lo escribí en una tarjeta de la habitación y la guardaste en tu cartera.

—Yo es que solo la saco para coger la del banco y pagar —dijo Julieta apretando los dientes.

Julieta y yo nos miramos y negamos con la cabeza. Si es que no podíamos ser más imbéciles, aunque era importante señalar que lo normal no habría sido acordarse después de que en el Caribe las cogiéramos dobladas cada día.

—Así que estáis de visita hoy en la ciudad… —dijo Edwin.

—No, no, hemos alquilado una casa aquí como punto base, estaremos un mes.

—¿Un mes? —preguntaron los dos a unísono antes de soltar una carcajada.

—Que lo mismo nos vamos antes —recalqué, porque no sabía por dónde podía salir la cosa. Miré al camarero —. Yo solo agua —le advertí cuando vi que iba a rellenar mi copa de vino.

—¿Tú solo agua? —me preguntó Sloan arqueando su ceja y mirándome con una sonrisita de incredulidad.

—Sí… —Apreté los dientes.

—¿Qué te pasa para que no aceptes una copa comiendo?

—Mejor no me preguntes eso —respondí riendo de lo más nerviosa y rezando para que mi amiga no soltara algo gordo.

—Pues ya te lo ha preguntado, no es tan difícil admitir que estás embarazada. Ni que hubieras cometido un crimen —soltó, y sentí cómo toda la tensión se acumulaba en mi cabeza, como si la sangre se hubiera concentrado de repente allí.

—¿De mí? —preguntó Sloan mirándonos a las dos y esperando una respuesta.

—Pues mira, al menos ha tenido la valentía de preguntar en lugar de dudar.

—Julieta, cállate un poco.

—¿Estás aquí para decirme que estás embarazada de mí? —me preguntó, pero sin ningún mal tono ni nada que indicara que me iba a atacar con alguna frase que me iba a doler.

—Sí —murmuré antes de tragar saliva.

—Tío, ¿vas a ser padre? —preguntó Edwin a carcajadas, pero no en plan malintencionado, sino como asombrado.

—Te dije que ellas no estaban aquí por casualidad.

—Es verdad —le respondió afirmando a su vez con la cabeza.

—Dentro de dos días estará de ocho semanas —recalcó Julieta.

—Es fácil de calcular —dijo sonriendo Sloan—. No sé qué decirte. —Se reía nervioso mirándome, pero yo no lo veía con rabia ni nada, todo lo contrario, como si no supiera actuar.

—Solo he venido a buscarte para comunicártelo, no te voy a obligar ni reclamar nada que no desees.

—Es tan mío como tuyo.

—Por supuesto.

—Ante un hijo, no hay nada que hablar, Noa. —Me acarició la cara—. ¿Es verdad que os quedáis un mes?

—Sí.

—Os vendréis al castillo.

—Ah, no, no, yo no pienso invadir tu intimidad.

—Pues yo sí —dijo Julieta que cuando la miré estaba ya con su mano entrelazada a la de Edwin. Le faltó tiempo.

—Yo me quedo en el piso.

—¿Te hice algo para que rechaces acomodarte en mi casa?

—No, claro que no, pero es que siento que es invadir tu espacio.

—¿Invadir su espacio? —preguntó Edwin riendo— Espacio es lo que más hay en las tierras.

—Noa, por favor —me pidió y se echó un poco hacia atrás cuando el camarero apareció con unos entrantes.

¿De verdad estaba sucediendo esto tan fácilmente? ¿En serio? No podía creer que no solo no se molestara con la noticia, sino que encima nos ofrecía que nos alojásemos en el castillo. Había algo extraño en todo esto, ya que no era normal que fuera todo tan perfecto, como encontrarlo a la primera, demostrarnos que sí que nos dieron sus números y, encima, no tomarse mal la noticia al invitarnos a irnos con ellos.

—Tenemos mucho que hablar, Noa —me dijo Sloan—. No nos conocemos, vamos a tener un bebé y creo que nos debemos algunas charlas para saber más el uno del otro. Vas a estar muy cómoda allí. Conectamos muy bien en el Caribe y me traje un gran recuerdo de ti, pero fue todo muy superficial.

—Qué lindo es —murmuró Julieta y a los tres se nos escapó una risa.

—Llegamos ayer y no significa que nos vayamos en un mes; ese es el tiempo que alquilamos el apartamento po si tardábamos en encontraros. Mover todo es un jaleo, pero sí podemos ir a visitaros y pasar con vosotros el día en vuestras tierras.

—No nos vamos a ir antes, te lo advierto —me dijo mi amiga señalándome con el dedo y de lo más cómoda con Edwin.

—Ya se irá viendo.

—Os venís para el castillo —repitió Sloan cogiendo una de las tostas que nos habían puesto. Me recordaba a cuando se le metía algo en la cabeza en el Caribe y no había forma de sacársela.

—Bueno, me lo voy a pensar, acabamos de llegar y vamos a dejar que las cosas fluyan. —Apreté los dientes.

—No hay nada que pensar. ¿Dónde vais a estar mejor que con nosotros en el castillo? —preguntó Edwin y Sloan afirmó.

—Tenemos el apartamento alquilado…

—Ya lo sabemos, pero eso no os condiciona a teneros que quedar allí.

—Sloan te lo agradezco, pero…

—¡Pero nada! —dijeron a unísono él y Julieta a la que miré negando lentamente a modo reproche.

Todo me resultaba tan irreal que me sentía completamente fuera de lugar. Bien es cierto que no me esperaba encontrar a un Sloan tan receptivo, amable y hospitalario. Su atención hacia mí era notable, intentando crear una conexión que me hacía sentir un poco nerviosa e inquieta. ¿Cómo era posible? Me daba cuenta de que seguía a sintiendo esa misma intensidad que experimenté en aquellos días en el Caribe, cuando nos devorábamos el uno al otro.

Julieta les contó cómo habíamos dado con ellos. La cosa es que era para reírse dado que tantas vueltas le dimos al asunto para encontrarlos, sin saber que teníamos a mano sus números de teléfono.

El caso es que no preguntaban mucho, era como si supieran que el tiempo jugaba a su favor y tuvieran el suficiente como para ir enterándose de todo poco a poco. Al menos era la impresión que a mí me daba. Aunque de lo importante, ya se habían enterado y rapidito.

Después de comer, Julieta propuso tomar un café en el apartamento y ellos dijeron de comprar unos pasteles para acompañarlo.

El caso es que no preguntaban mucho, era como si supieran que el tiempo jugaba a su favor y tuvieran el suficiente como para ir enterándose de todo poco a poco. Al menos era la impresión que a mí me daba. Aunque de lo importante, ya se habían enterado y rapidito.

Después de comer, Julieta propuso tomar un café en el apartamento y ellos dijeron de comprar unos pasteles para acompañarlo.

Capítulo 5



Pararon el coche justo en la esquina donde estaba el apartamento y nos bajamos Julieta y yo. Ellos fueron a buscar aparcamiento y a comprar los dulces.

—Lo del castillo no lo veo —le dije nada más meternos en el edificio.

—Tía, ¿cuándo vamos a tener la oportunidad de hacer vídeos en un lugar así?

—Desde luego, que tú pensar no piensas mucho. ¡Estoy embarazada de Sloan!

—Por eso, ¿qué mejor que tenerlo cerca?

—Y dale. ¿Tú ves normal meternos en su casa como si nada pasara cuando la realidad es que pasa?

—¿Has visto cómo se lo ha tomado?

—Claro que lo he visto, tanto, que hasta me hace preguntarme si aquí hay gato encerrado.

—Sí, lo mismo quieren asesinarnos y eliminar cualquier rastro para no asumir su paternidad. ¡Anda qué! —negó mientras abría la puerta y se apartaba para que yo entrase.

—No me voy a ir al castillo, lo siento, pero no —dije decidida y pensando que por una vez en mi vida ya era hora de pensar las cosas antes de hacerlas a lo loco.

—Lo adoras, hoy se te notaba en la cara, de verdad. ¿A qué viene ahora esa prudencia?

—No lo sé, pero no lo veo, quiero hacer las cosas por una vez bien.

—¿Por una vez? Perdona, siempre las haces bien. No has cometido ningún delito por quedarte embarazada de un desconocido en unas vacaciones.

—¿Y qué sabemos de sus vidas aparte de que viven en un castillo y están forrados? ¿Quién nos dice que no son el Pablo Escobar de las *Highlands*?

—Sí hombre, desde luego que tienes unas cosas que no son normales. Pues sí que tienes las hormonas disparadas. Como bien dice el papi, no es una opción y nos vamos al castillo.

—No me pienso ir y lo estoy diciendo muy en serio.

—Joder, pues vaya rollo quedarnos aquí en este apartamento pudiendo estar allí disfrutando de todas las posibilidades que seguro que hay —dijo en tono enfadada y encerrándose en el baño.

La entendía, pero ella debía entenderme a mí y comprender que yo estaba ahora mismo en una situación muy vulnerable, dado lo sensible que me encontraba y para qué mentir, todo esto me quedaba muy grande.

No pasó mucho tiempo antes de que sonara el telefonillo del edificio y Julieta, que ya había salido del baño, les abrió la puerta. Yo ya me había cambiado y llevaba los *leggings* que usé esa mañana, con una camiseta de manga corta y las zapatillas de estar por casa.

Traían la bandeja de dulces y preparamos los cafés para sentarnos en el salón.

—Este apartamento creo que es de Kyle —le dijo Sloan a Edwin.

—Sí —confirmó Julieta—. Él mismo es el que nos hizo la entrega de llaves.

—Es un buen hombre y tiene varios apartamentos en el centro —dijo Edwin acomodándose en uno de los dos sofás.

—Sí, la verdad es que se ve una persona implicada y que está al detalle de todo —dijo Julieta—. Se ofreció para cualquier cosa que nos hiciera falta.

—Está muy bueno este pastel —murmuré casi gimiendo con un trozo de especie de bollo de chocolate con almendras.

—Este sí que está rico, tiene la misma textura que el tocino de cielo, pruébalo. —Me metió una cuchara en la boca Julieta.

—Pues sí, pero lo veo demasiado azucarado, no sé, este me gusta más.

—Lo anoto —murmuró Sloan mirándome descaradamente y es que no me quitaba la vista de encima.

—Sloan, antes le he comentado a Julieta mi firme decisión de quedarme aquí —le dije cuando mi amiga soltó una carcajada enorme—. Te hará mucha gracia, pero de aquí no me pienso mover.

—¿Y qué te he hecho yo para que no quieras quedarte en mi casa? En el Caribe te daba igual ir a dormir a mi habitación cuando también tenías una. Entiendo que debes estar muy sensible, pero el hecho de que no hayamos buscado esta situación no implica que tengamos que tratarnos con indiferencia. Vamos a ir los dos a una, pero también quiero ver en ti a la persona divertida y llena de vida que conocí allí.

—¡Qué bonito, por favor! —exclamó Julieta.

—Como amiga eres el peor apoyo. —Me reí negando.

—Por favor, Noa. Confía en mí.

—No me fío ni de mí misma, así que menos de ti, que te conozco solo de una semana en la que bebimos más que pensamos —suspiré.

—¿Sabes lo mucho que he extrañado esos abrazos que me dabas, saltando sobre mí y cogiéndome desprevenido?

—Qué bonito —dijo Julieta mientras hacía como la que se le saltaban las lágrimas.

—Me estás dando el día —le dije con tono de reproche a mi amiga.

—A mí no me hace caso —dijo Sloan poniendo cara de puchero.

—Sí te hago caso, pero no me encuentro bien anímicamente.

—Pues por eso, allí vas a estar más cómoda y cuidada. Lo tendrás todo por delante.

—Como te he dicho, es anímicamente, aún no estoy convaleciente ni necesito que me hagan las cosas ni que me cuiden.

—¿Que no necesitas que te cuiden? —preguntó Julieta y acto seguido echó una carcajada. No se callaba ni bajo el agua y lo peor de todo, es que me rebatía constantemente con tal de salirse con la suya que no era otra cosa que

irnos al castillo.

—Julieta, si te quieres ir tú, adelante, pero deja ya de ponerte por encima de todas mis respuestas que no tengo cinco años y sí que tengo personalidad, así que no me la intentes manipular.

—Hija, esas hormonas las tienes muy disparadas —me contestó con rostro de asco.

—Pues no las remuevas más.

—¿Podemos hablar a solas en el cuarto? —me preguntó Sloan.

—No, que tú eres capaz de hacerle otro —le respondió Julieta y ahí sí que nos echamos todos a reír. Estaba sembrada, aunque reconozco que me daban ganas de cogerla por el cuello.

—Por eso te digo de hablar a solas —dijo Sloan riendo y refiriéndose a que Julieta no iba a parar.

—Lo que tienes es que motivarla para que quiera ir al castillo.

—¡Qué te calles! —le grité ya bien enfadada al comprobar que iba a seguir erre que erre.

—En el castillo tenemos un restaurante a la carta durante todo el día —murmuró Edwin.

—Vamos que tenéis servicios todo el día —le respondió Julieta.

—Aparte, pero tenemos nuestro propio restaurante.

—¿Con mesas, barra, camarero y eso? —preguntó ella incrédula.

—Efectivamente.

—Pero ¿para vosotros dos solos? —Ella estaba de lo más curiosa.

—No, mujer, nosotros tenemos nuestro rincón VIP, pero el restaurante está abierto durante todo el día para los trabajadores, ofreciendo menús de desayuno, comida, merienda y cena según el turno que tengan, además de que podemos elegir lo que queramos.

—¿Y no os da pena comer lo que os da la gana cuando los trabajadores se tienen que conformar con lo que les pongan? —pregunté en voz alta y no era mi intención.

—No, nos da pena, que en su salario no se incluya la comida de su turno, que deberían traer ellos. Sin embargo, nosotros dada nuestra buena fe, decidimos poner un restaurante gratuito para que puedan disfrutar de sus comidas durante los descansos de manera cómoda y con todo lo necesario. Los menús son de calidad e incluyen entrante, plato principal, postre y café.

—Y ellos se pagan la bebida que consuman…

—No, no, eso también les entra; alcohol solo una copa, refrescos y agua ilimitados. —Me hizo un guiño.

—Lo que nos estamos perdiendo, Mary —me dijo Julieta en plan broma y cambiándome el nombre como solía hacer en estos casos.

—No os vais a perder nada porque veniros no es una elección.

—Mira Edwin, lo que me faltaba a mí es que tú que no tienes vela en este entierro por mi parte me vengas a decir que no tengo elección. Lo que me faltaba —resoplé.

—Así se las gasta la niña desde que está embarazada.

—Bueno, dejemos las discusiones y comencemos a recoger. Ya le he mandado un mensaje a Kyle de que le dejo las llaves aquí dentro y ya pasará él.

—No has podido hacer eso sin nuestro permiso —le recriminé.

—Sí puede, a estos los tienen como los dueños de Inverness.

—Julieta, me estás sacando de quicio —le advertí—. Además, dijimos que cuando se lo comunicáramos íbamos a regresar a España.

—No, no, que tenemos mucho que hablar —interrumpió Sloan.

—¿No os dais cuenta de que me estáis presionando?

—¿No te das cuenta de que has llegado con una noticia explosiva y yo estoy aquí intentando hacer todo lo posible para que te des cuenta de que estoy de tu lado? Y aún no he tenido tiempo de asimilarla.

—Pues tienes todo el del mundo, por eso debes estar en tu castillo relajadito y sin visitas inesperadas.

—Ve haciendo las maletas o la hago yo.

—No, y además hemos comprado un montón de comida y la tenemos que gastar.

—Prometo interceder para que os la llevéis al castillo sin necesidad de pasar un control de calidad —dijo bromeando y Julieta soltó otra de sus carcajadas.

—Ve haciendo las maletas o la hago yo.

—No, y además hemos comprado un montón de comida y la tenemos que gastar.

—Prometo interceder para que os la llevéis al castillo sin necesidad de pasar un control de calidad —dijo bromeando y Julieta soltó otra de sus carcajadas.

Capítulo 6



No pude contra ellos e hicieron mis maletas, recogieron todo lo de la compra y lo llevaron hasta el coche.

Íbamos de camino hacia el castillo y debo confesar que la idea me gustaba, otra cosa es que lo admitiera ante ellos, ya que me generaba cierta inquietud, pues sentía que estaba entrando en su territorio, cuando yo todo esto lo hubiera arreglado en tierra de nadie.

Las puertas de la finca se abrieron, y una sensación de nerviosismo me invadió el estómago.

Las murallas eran grandes y muy gruesas, e imponían muchísimo; haciéndome sentir como si entrara en un mundo completamente desconocido para mí hasta la fecha. En las esquinas del frontal, se podían observar dos baluartes que, en su tiempo, seguramente sirvieron como defensa contra los enemigos, o al menos así lo percibía yo.

Margot era la mujer que se presentó ante nosotras con una adorable sonrisa y dándonos la bienvenida a la vez que nos anunciaba que estaba a nuestra disposición para todo lo que necesitásemos. Tenía unos cincuenta años y era muy simpática, a la vez que correcta.

—Ella es la que lleva a todo el personal de servicio de la casa, tanto de cocina como de limpieza —dijo Sloan a la vez que le hacía un guiño en el que se notaba la confianza que se tenían.

—Encantada —dijimos al unísono, Julieta y yo.

La zona delantera era toda ajardinada y tenía unos caminos de piedra, menos en un lateral donde estaban los aparcamientos cubiertos, donde había cuatro coches. Según nos decía, en la parte trasera al final de las tierras eran por donde entraban los trabajadores y tenían su propio estacionamiento.

—Aquí os falta un buen porche —dijo Julieta que no se callaba una.

—La vida está en la parte trasera —le contestó Edwin apretándole la nalga.

—A ver si me voy a encontrar ahí la feria de mi pueblo.

—Mucho mejor que eso…

Edwin le ordenó a Jack, un joven trabajador, que metiese todo lo de cocina para dentro mientras ellos cogieron nuestras maletas y las dejaron a pie de unas impresionantes escaleras donde a su vez había un ascensor.

—¿Un ascensor? —preguntamos al unísono Julieta y yo.

—Claro, hay cuatro plantas. Lo habilitamos para mayor comodidad y para cuando hay que subir cosas —dijo Edwin que era el más predispuesto a informar de todo.

—Me muero —dijo Julieta cuando vio la cocina, con la que las dos nos llevamos una impresión grandísima—. Tenéis un castillo tuneado —se refería a que todo el exterior sugería que, en su interior, se conservaría una parte de esa historia, en lugar de convertirse en una mansión lujosa y moderna. Estaba completamente en *shock*, y me la veía fantaseando con la de vídeos que iba a grabar allí.

—Toda nuestra vida está tuneada —contestó Edwin ante la sonrisa de Sloan, que nos miraba viendo lo impactadas que estábamos.

La cocina era completamente, desde los azulejos hasta los muebles. En el centro había una isla enorme, más grande de lo que jamás había podido imaginar. Todos los electrodomésticos eran de grandes dimensiones y del mismo color, pero se veían de lo más elegantes.

—Ella es Hanna y ella Lisbeth —dijo Edwin cuando salieron de una especie de despensa gigante.

—Hola —dijimos a la vez y sonrientes.

Debían de ser un poco más jóvenes que Margot. Todas vestían de uniforme, pero no de manera tradicional, sino con un pantalón negro y un polo blanco, lo que me hacía pensar en los empleados de los hoteles, y eso es lo que parecía este lugar con tanto personal. Cosa que terminó por confirmar Edwin, cuando nos explicó que tanto los hombres como las mujeres que trabajaban en la casa y en el restaurante iban así uniformados, mientras que los que trabajaban en las tierras, iban todos con pantalones tejanos, una camiseta, sudadera y chaquetones cuando hacía frío.

La cocina ocupaba una gran parte de la parte baja, ya que contaba con una puerta que daba acceso a una despensa de grandes dimensiones y a la lavandería. Además, había un baño gigante en el pasillo, tan moderno e impresionante como la cocina. Al otro lado, quedaba el salón que contaba con una imponente chimenea, digna de

una revista de diseño, que, a pesar de su tamaño, resultaba muy acogedor, aunque nos confesaron que era un lugar que utilizaban poco.

En la primera planta solo había habitaciones con su propio baño, donde se encontraban las de los invitados y las trabajadoras internas. Una de ellas era en la que vivía Margot permanentemente, otra la compartían las dos cocineras, y otra era para Judith y Cloe, las mujeres del servicio que acabábamos de conocer en el recorrido.

Julieta se quedó en la segunda planta que pertenecía a Edwin y era en la que se iba a quedar ella. A mí me llevó Sloan directamente en el ascensor a la tercera que era en la que vivía él.

Yo iba en silencio, sin tener ni idea de lo que nos esperaba en aquel lugar donde nos iban manejando a su antojo, ya que ni siquiera se tomaron la molestia de preguntarnos si nos queríamos quedar juntas en una habitación, pero viendo lo entusiasmada que estaba mi amiga con Edwin, era evidente que no perdería la oportunidad de estar con él en ningún momento.

—Y ahora viene una parte de mi vida —dijo cuando se abrieron las puertas del ascensor y me di cuenta de que el acceso a la escalera estaba cerrado por dos puertas, haciendo este lugar independiente como imagino que pasaba en el caso de la de Edwin.

Aquello era como otro mundo que nada tenía que ver con la realidad de lo que aparentaba el castillo.

A un lado, lo primero que vi al fondo fue una amplia terraza acristalada en la que se veía a una joven uniformada con una niña de unos cuatro o cinco años que corrió hacia Sloan y que pronunció unas palabras que nunca hubiera imaginado.

—¡¡¡Papá!!! —Se tiró a sus brazos mientras yo miraba en *shock* sin entender nada.

—¿Papá? —pregunté casi en un murmuro.

—Te presento a la niña de mis ojos, se llama Olivia y tiene cuatro años.

—Es mi papá, ¿y tú cómo te llamas?

—Noa, me llamo Noa —dije notando que se me bajaba toda la tensión.

—Ahora vas a irte con Rose a cenar abajo y luego nos vemos, ¿vale, princesa?

—Sí, papi, que me están haciendo una sopa con pasta de pescaditos.

—Qué suerte tienes —le dijo antes de dejarle un beso en la frente.

Ellas se fueron en el ascensor, mientras yo permanecía en silencio, incapaz de pronunciar una palabra, y sintiendo que todo iba a ser muy diferente para mi bebé. ¿Acaso tenía una hermana?

—¿Quieres tomar algo? —dijo dirigiéndose hacia la derecha donde había una preciosa cocina con isleta y un comedor, no de las mismas dimensiones que la de abajo, pero sí de lo más coqueta y bonita.

—Agua, necesito agua.

—Vale —sonrió y me hizo un gesto de que me sentara en uno de los taburetes que había en la isla.

—¿Tienes una hija?

—Sí, sé que es fuerte para ti, por eso quería traerte al castillo y que vieras mi vida.

—¿Y su mamá?

—Seguro que está contenta de saber que su hija tendrá un hermanito o hermanita. —Señaló al cielo y a mí se me encogió el estómago.

—¿Está muerta?

—Sí, murió al mes de dar a luz a nuestra hija.

—Pero la chica que nos puso sobre vuestra pista no hizo ninguna referencia a…

—¿Y por qué tendría que haberlo hecho? —Carraspeó—. No es ningún secreto que tengo una hija. Jamás la he ocultado, otra cosa es que, dentro de todo, las personas suelen ser prudentes en la ciudad.

—¿Estuviste casado?

—No, no llegamos a ese punto ni era nuestra intención. Su mamá, que también se llamaba Olivia, era una amiga de la infancia con la que comencé una relación un año antes de quedarse embarazada. Todo iba bien, yo en esos momentos estaba liado con la compra del castillo junto a Edwin y nuestra relación parecía que se consolidaba. Sin embargo, cuando se enteró de su embarazo, cayó en una profunda depresión y comenzó a detestarme, llegando incluso a maldecir el embarazo.

»Le diagnosticaron una depresión profunda cuando la llevé a los mejores especialistas. Pensé que cuando

naciera nuestra hija todo iría a mejor, pero la realidad fue muy diferente; a mí no podía soportarme, todo lo que hacía le parecía mal y pagaba todo su dolor conmigo. A pesar de eso, no me vine abajo —su tono era de dolor y desgarro—, siempre pensé que ella saldría de ese estado, pero me equivoqué. —Tragó saliva—. Una mañana me la encontré desmayada, rodeada de ansiolíticos. No pudieron hacer nada por salvar su vida.

—Lo siento Sloan.

—Jamás estuve con ninguna mujer desde entonces hasta que te conocí a ti y aunque no lo creas, me hiciste perder la cabeza. —Carraspeó intentando sacarme una sonrisa—. Era la primera vez que me tomaba unas vacaciones y me separaba de mi hija, pero se lo había prometido mil veces a Edwin y por eso tomé la decisión de ir.

—No sé qué decir.

—Siempre esperé una llamada o mensaje tuyo —sonrió—, pero veo que ni recordabas que tenías mi teléfono. —Carraspeó de nuevo y le ofrecí el vaso de agua que tenía en la mano, lo que provocó que se riera. Al menos le había sacado una carcajada, porque Dios sabía cuánto lo entendía en estos momentos.

—Tienes la garganta seca —le dije riendo.

—Nadie sabe realmente por todo lo que he pasado, pero confía en mí cuando te digo que jamás fallaría a los míos. Ese bebé que esperas es muy importante para mí, y no tengas dudas de que estaré a tu lado, tanto para él como para ti. No podría dejar de lado algo tan grande como es un hijo, sin importar cómo haya llegado a nuestras vidas.

Después de esa gran desvelación que me había dejado más en *shock* de lo que estaba, comenzó a enseñarme el resto de su casa que era en esa planta.

Su habitación contaba con baño completo y un vestidor de lo más bonito e iluminado. Luego la habitación de Olivia, que era también preciosa, con una enorme pared de armarios empotrados y su propio baño. Además, había otras dos habitaciones amplias con cama de matrimonio, baño y vestidor; aunque no eran tan grandes como la de él, eran igualmente impresionantes, y le comenté que me quedaría en una de ellas.

—Como quieras, pero en la mía también eres bienvenida.

—Déjame asimilar todo, necesito tiempo —sonreí con tristeza ya que todo me estaba causando un poco de ansiedad.

—Solo quiero que estés bien y que puedas contar conmigo. Aquí estoy —sonrió.

—Gracias, Sloan.

—Vamos a traer al mundo una personita feliz.

—Eso pretendo.

Me dejó en una de las habitaciones colocando mis cosas y fue a hacer unas cosas a su despacho que estaba también en la misma planta, su casa, porque el castillo era obvio que estaba dividido perfectamente para que vivieran todos de la manera más independiente.

Tenía una hija y eso sí que me había sorprendido a mí, no contaba con que mi hijo viniese al mundo contando ya con una hermanita. Sloan era un hombre paciente, divertido, aunque hoy me encontré a uno diferente que se estaba enfrentando a un nuevo cambio en su vida. Justo lo que me pasó a mí.

Reconozco que la historia de la mamá de Olivia me había tocado el alma.

—Gracias, Sloan.

—Vamos a traer al mundo una personita feliz.

—Eso pretendo.

Me dejó en una de las habitaciones colocando mis cosas y fue a hacer unas cosas a su despacho que estaba también en la misma planta, su casa, porque el castillo era obvio que estaba dividido perfectamente para que vivieran todos de la manera más independiente.

Tenía una hija y eso sí que me había sorprendido a mí, no contaba con que mi hijo viniese al mundo contando ya con una hermanita. Sloan era un hombre paciente, divertido, aunque hoy me encontré a uno diferente que se estaba enfrentando a un nuevo cambio en su vida. Justo lo que me pasó a mí.

Reconozco que la historia de la mamá de Olivia me había tocado el alma.

Capítulo 7



Escuché cómo la pequeña regresaba de la cena y me asomé al pasillo, ya que venía junto a Rose, su papá también se asomó.

—Gracias, Rose —le dijo de manera que se notaba que le daba el permiso para retirarse.

—Hasta mañana, mi niña —le dijo esta a la pequeña que la abrazaba con efusividad, demostrando el cariño que le tenía.

Según lo que me había contado Sloan, Rose había tenido un papel fundamental en la crianza de ella, siempre apoyándola para que la niña se sintiera entretenida y protegida en todo momento.

—Ahora toca…

—¡Irse a dormir! —gritó la pequeña levantando sus manos. Ya estaba duchada y con su pijamita cuando llegamos y se fue a cenar.

—Eso es. —La cogió en brazos, me hizo un guiño y la llevó a su habitación.

Me asomé donde estaban y vi cómo le dejaba una pequeña luz encendida y le daba un cuento con dibujos. Ella se tumbó de lado y comenzó a mirarlo después de darle un beso y decirle adiós con la manita.

—Es una niña muy responsable y lleva su rutina al pie de la letra —dijo cuando salimos hacia la cocina—. Por cierto, he hablado con Edwin y no suben, ya están preparando la cena.

—Me lo imaginaba, mi amiga me vende rápido —dije apretando los dientes.

—Le pedí a Margot que nos subiera un poco de sopa y haré unos sándwiches. ¿Qué te parece?

—Vale, te puedo ayudar.

—Venga, lo hacemos juntos. ¿Colocaste ya todo?

—Sí, sí —sonreí.

—Hasta mañana no te enseñaré la parte trasera de las tierras, pero ya te adelanto que te van a encantar.

—Me lo imagino, este lugar es increíble, la verdad es que debisteis hacer unas obras monumentales, porque se nota que nada está como de origen.

—Todo el mundo se cree que vivimos aún en la época de los clanes. —Se echó a reír—. Pero nada que ver con la realidad. Respetamos todo el exterior, pero teníamos claro cómo queríamos enfocar el interior.

—Claro, la gente puede pensar lo que quiera, pero eso no refleja la realidad de sus vidas. Lo que sí es curioso es que dos amigos decidan comprar un castillo para vivir en él, aunque después de ver cómo lo tenéis organizado, tiene todo el sentido del mundo.

—Vais a comprender muchas cosas cuando mañana conozcáis las tierras por completo.

—No sé si estoy preparada para más sorpresas —dije mientras batía los huevos con los que íbamos a hacer las tortillas para los sándwiches.

—Déjate llevar, quiero que conozcas mi mundo y muchas otras cosas que irás descubriendo sobre mí. No sabemos nada el uno del otro, pero lo que sí sé es que contigo pude volver a vivir algo muy bonito.

—No me vayas a hacer llorar. Mira que te pasaste la semana entera borracho.

—No, no estuve todo el tiempo borracho, aunque todos los días nos bebíamos todo lo que nos ponían por delante. Eso lo hicimos los cuatro, pero tengo grandes recuerdos de un viaje que se ha quedado para siempre en mi corazón. Ahora, más que nunca, al ser conocedor de que aquello que vivimos allí dejó una huella en nosotros que veremos pronto florecer en nuestras vidas.

—Te pones muy intenso. —Me reí.

—Quiero que entiendas que no todos reaccionan mal al enterarse de que van a ser padres, de unos encuentros que sucedieron en unas vacaciones. Para mí, tú significaste mucho más que eso. Eres todo lo que no he sido capaz de volver a ser desde que nació Olivia, y gracias a ti he recuperado las ganas de vivir mi vida sin privarme de nada ni sentirme culpable.

—Qué bonito.

—Menos mal que eres tú la que lo dice y no Julieta —murmuró causándome una carcajada—. No tengo una vida perfecta, pero soy una persona que se entrega por lo que le importa, y ese bebé también es parte de mí.

—Pero a mí no me lo vas a quitar.

—Pero ¿cómo se te pueden pasar esas cosas por la cabeza? —Se rio—. Solo quiero estar presente en la vida de los dos.

—Me alegra que me metas en el saco.

—A ti te voy a conquistar yo, porque lo que comenzó en el Caribe, se va a reafirmar en las *Highlands*. —Se acercó y me dejó un beso en la mejilla.

—Sloan, pero somos de dos mundos diferentes.

—Pues muéstrame el tuyo, verás que soy capaz de adaptarme a todo. Solo quiero que me dejes demostrarte que puedo ser todo eso que necesitas para ser feliz. Por cierto, ¿están al tanto tus padres de la noticia?

—No tengo a mis padres; mi mamá murió cuando yo era una niña y mi papá, que fue el que me crio, falleció de manera repentina hace dos años. Solo me quedan mis abuelos paternos, que viven en el campo, alejados de la ciudad. Como ya sabéis, Julieta es mi mejor amiga y vecina, y ha sido mi gran apoyo.

—¿Y a tus abuelos se lo has contado?

—Aún no…

—Me encantaría estar presente en esos momentos para que vean que no estás sola en esto.

—No corras tanto, que me están dando más mareos que el día que esos mismos me llevaron a descubrir que estaba embarazada.

—Estoy aquí, solo quería que lo supieras, y estoy para todo.

—Gracias, Sloan, he tenido mucha suerte en que esta locura sea con alguien que se nota que tiene dos dedos de frente. ¿Y tus papás?

—Viviendo en otro lugar, en su nuevo castillo. Ellos no sé cómo se lo tomarán, pero créeme que me da exactamente igual.

—Pero son tus padres.

—Eso dice en mi partida de nacimiento.

—¿Tienes mala relación con ellos?

—No es que sea mala, simplemente es distante. En mi familia hemos vivido muchas cosas que nos han afectado a varios, incluido Edwin. Ni siquiera este castillo lo compramos de buenas maneras, es una historia un poco penosa y de la que no me siento orgulloso, pero a veces la vida te obliga a actuar de manera diferente a lo que deseas o esperas.

—En todas las casas se cuecen habas, como dice mi abuela.

—En la mía se cocieron muchas mentiras, secretos y cosas que para mí son imperdonables.

—Pero sueles ver a tus padres, imagino.

—A este castillo no han regresado ni volverán, no lo harán jamás porque todo esto es lo que ellos no querían que se hubiera convertido.

—Por las obras, dices.

—No, aunque eso a ellos les terminó de matar cuando se enteraron, pero bueno, en nuestra casa hacemos lo que queremos y no tengo que pedirles opinión, y menos a estas alturas de mi vida que tengo claras muchas cosas, empezando por la lealtad, esa que llevamos a rajatabla Edwin y yo.

—Sois una piña, como nos pasa a Julieta y a mí.

—Más que eso, un día descubrimos que somos hermanos de padre. Sí, resulta que mi padre dejó embarazada a mi madre y a la suya en menos de un mes, de ahí que nos llevemos tan poco tiempo. Su padre, que no es biológico, nunca supo la verdad, ya que siempre creyó que era su verdadero padre, cuando la realidad es que su madre tuvo un romance con mi padre, nuestro padre.

—¿Sois hermanos?

—Sí, pero no en los documentos. Es un secreto que comparten nuestras familias. Es más, su padre falleció sin saber la verdad.

—Qué fuerte.

—De ahí, que cuando decidieron vender el castillo y dejar atrás todo ese pasado, se vieran en la obligación de vendérnoslo a nosotros a un precio muy bajo, casi simbólico, solo para que el secreto siguiera guardado hasta el fin de sus días.

—Me estoy quedando loca. —Solté el aire.

—La mamá de Edwin vive en Edimburgo con otro hombre, y no mantiene ningún contacto con él por toda esta historia que le ocultó. Todo salió a la luz cuando escuché una conversación de mi padre sin que él lo supiera. Edwin y yo nos hicimos una prueba que arrojó resultados claros, y fue en ese momento cuando me enfrenté a mi padre y descubrí que mi madre estaba al tanto de todo. Las dos familias eran amigas desde antes de casarse.

—Me quedo de piedra, te juro que no me esperaba para nada que vosotros tuvieseis esa historia detrás.

—Lo he pasado muy mal en muchos aspectos, pero Edwin era mi mejor amigo y la única persona del mundo en la que confiaba. Para los dos fue un *shock*, pero también una alegría saber que éramos mucho más que dos amigos

—Sloan, no sé qué pasará con nosotros, pero estoy más tranquila conforme voy hablando contigo. Detrás de ese chico que aparentemente lo tiene todo, hay un hombre con una historia muy fuerte detrás. Eres ejemplar.

—Solo quiero ver a mi gente feliz, ver a Olivia crecer y convertirse en lo que ella quiera, al igual que nuestro bebé. Deseo una vida plena con los míos y ojalá que tú seas parte importante en ella.

—Qué bonito —repetí sin dudarlo.

—Pero me va a costar perdonarte que no haya salido de ti darme ningún abrazo. Siempre fantaseé que, si nos volviéramos a ver, tú darías uno de esos saltos sobre mí que tantas veces hacías en el Caribe. —Me pellizcó la mejilla.

—Estoy muy sensible y aún en *shock* con lo del embarazo, que, aunque cada día acepto más, no me es fácil de digerir. Ahora hay que añadir que el bebé tiene una hermanita. Solo es cuestión de tiempo, pero estoy muy feliz de haberte vuelto a ver.

—Pues que se note, que no lo parece. —Se rio.

Estuvimos charlando durante unas tres horas antes de irme al dormitorio a descansar. Aunque le costó un montón soltarme y dejarme ir, comprendió que necesitaba mi tiempo sola para digerir todo lo que estaba pasando.

Estuvimos charlando durante unas tres horas antes de irme al dormitorio a descansar. Aunque le costó un montón soltarme y dejarme ir, comprendió que necesitaba mi tiempo sola para digerir todo lo que estaba pasando.

Capítulo 8



Dos golpecitos en mi puerta me hicieron dirigirme hacia ella. Llevaba despierta como veinte minutos y estaba recogiendo todo de la ducha que me había dado.

—Buenos días, Noa.

—Hola, preciosa. ¿Qué tal has dormido?

—Bien —sonreía mirándome—. Vamos a desayunar en el jardín, ¿te vienes con nosotros?

—Claro. Dame un minutito que recojo lo que me queda —dije haciéndole un gesto para que entrara.

—El tío Edwin ya está con su amiga esperando.

—¿Los has visto?

—Sí, bajé a tomar un cacao hace un rato, siempre lo hago antes de sentarme a desayunar tranquila. Julieta es muy divertida.

—Sí, demasiado —sonreí.

—Me ha dicho mi papá que habláis otro idioma, pero que sabéis también el nuestro.

—Sí, cariño, menos mal que aprendimos inglés, de lo contrario lo hubiéramos tenido un poco complicado.

—Buenos días. —Apareció Sloan con una preciosa sonrisa.

—Buenos días —sonreí—. Aquí estoy con tu princesa que vino a avisarme para ir a desayunar. Ya termino —dije guardando lo último.

—Tranquila, solo le dije que te avisara. Tómate el tiempo que necesites que te esperamos.

—No, no, ya estoy lista. —Cogí el móvil y salí con ellos hacia el ascensor.

—Papi, se me ha terminado mi cuaderno de dibujar a las princesas.

—Ese lo compró Edwin, ahora le pregunto para que te pida otro.

—En Amazon, papá, en Amazon —dijo causándome una carcajada dentro del ascensor.

—Ah, bueno, entonces le digo que me pase el enlace y te lo pido yo.

—Dos papi, que hay un montón diferentes.

—Claro, princesa yo te pido dos. —Le tocó la cabecita.

—Yo te pido el resto de la colección —le dije haciéndole un guiño.

—Hombre no, no me la puedes consentir de esa manera —dijo Sloan riendo y haciéndonos reír a las dos.

—La colección son diez cuadernos, me faltan ocho y si papi me compra dos, quedan seis.

—Sumas y restas mejor que yo. —Me hice la impresionada, y realmente lo estaba por su capacidad con las matemáticas.

—Mi papi me pone deberes todos los días una hora y el año que viene comienzo la primaria en la ciudad —me decía mientras nos dirigíamos por el pasillo que nos llevaba hacia la parte de atrás.

—Te haces mayor —le dije agarrando su mano que me la había cogido ella primera.

Al salir, me quedé impresionada con el jardín trasero y el porche acristalado, perfecto para disfrutarlo también en invierno. Mientras nos acercábamos a la mesa donde estaban Julieta y Edwin, se escucharon del fondo de las tierras unos gritos y un gran revuelo que nos sobresaltó a todos.

—Quedaros aquí —dijo dirigiéndose a toda prisa para ver qué pasaba mientras Edwin se levantaba de la misma manera corriendo hacia él.

—Esta es la niña tan bonita que me han contado que vive en el castillo —dijo Julieta recibiéndola en la mesa, en un intento de que no se asustara por lo que estaba pasando, aunque nosotras tampoco teníamos idea de qué se trataba. Mi corazón iba a mil por hora.

—Me llamo Olivia —sonreía ella—. ¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada y haciéndonos entender que ese revuelo no era frecuente.

Vimos aparecer a Margot que nos saludaba con la mano y se dirigía a donde habían ido los chicos.

—No lo sé, preciosa, pero seguro que en nada está todo bien.

—Lo mismo se puso malito alguien.

—Claro, pero ya están tu papá y el tito para arreglarlo.

—¿Vamos?

—¡No! —exclamamos al unísono Julieta y yo, causándole una carcajada.

Hanna apareció con el resto del desayuno y un vaso de leche para mí, junto a un sobre de cacao por si se lo quería añadir. También nos trajo unos zumos riquísimos de piña y melocotón que había preparado.

Vimos cómo Margot venía de regreso y se dirigió hacia nuestra mesa.

—Edwin y Sloan han llevado a Brodie al hospital, que es uno de los chicos que se encargan de la cuadra. Por lo visto, el caballo se puso nervioso de buenas a primeras y, mientras él lo paseaba, se volvió loco y lo lanzó lejos con un movimiento brusco. Se lastimó una pierna, pero se la han inmovilizado para trasladarlo a urgencias, además fue necesario calmar al caballo que estaba completamente fuera de sí.

—Pobre hombre —murmuré preocupada por lo sucedido.

—Brodie es mi amigo —dijo Olivia—, siempre me regala una bolsa de chuches de la tienda que tiene su esposa en Inverness. —Se la notaba triste.

—Lo bueno es que las piernas se curan rápidamente, así que no habrá problema y pronto estará bien —le dije acariciando su espalda para que no se sintiera mal.

Rose apareció para decirle a la pequeña que iba a la ciudad a comprarle unos pijamas que ya le hacían falta,

ndado que los otros se le habían quedado pequeños y el frío ya comenzaba a notarse.

—Me voy contigo —dijo esta dejando su leche a un lado y bajándose de la silla.

—Eso lo sabía yo. Quieres elegir tus pijamas.

—Sí, sí —decía emocionada.

La pequeña se marchó sin decirnos adiós, se fue de lo más feliz con ese paseo que iba a dar acompañando a Rose con la que se veía que tenía una unión muy bonita.

—Qué fuerte todo…

—Nuestro intruso tiene una hermanita —murmuró esta riendo a carcajadas y contagiándomelas a mí.

—¿Qué te contó Edwin?

—Por encima todo, pero imagino que tú también estarás al tanto de la historia y de que son hermanos.

—Sí, es muy fuerte.

—Lo de la mamá de Olivia también me lo contó, y todo lo que sufrió Sloan.

—No me imaginaba que tuviera una historia de esa envergadura.

—Creo que nuestras vidas se van a trasladar aquí.

—Julieta, por Dios, que yo no tengo esa capacidad tuya para fantasear cosas de tal magnitud. Aún no asimilé lo del intruso y ahora me vienes con esto.

—Lo has vuelto a llamar intruso. —Se rio.

—Al final se le quedará de mote… —negué volteando los ojos.

La parte trasera del castillo estaba delimitada por un muro que conducía a las tierras, creando así un ambiente más privado. Además de un gran porche que abarcaba toda la fachada de la casa, había una zona cubierta a un lado que contaba con un horno de piedra, una barbacoa y una especie de cocina exterior, frente a la cual había una mesa de madera con un banco a cada lado, donde podían sentarse perfectamente ocho personas.

Contra el muro del otro lado, había una piscina con una cascada de piedra que no dejaba de fluir, creando un ambiente con un sonido envolvente que transmitía una gran paz.

Y al fondo, había una casita de madera que se notaba que era de la niña. El restaurante imaginábamos que estaba a continuación del muro. Ya iríamos descubriéndolo todo.

Nos quedamos por lo menos dos horas sentadas charlando hasta llegaron ellos.

—¿Cómo está? —preguntamos las dos casi a la vez.

—Bueno, dentro de lo malo, al menos ha sido una fractura limpia y no dañó tejidos ni nada. Se la han escayolado y ahora necesitará un buen tiempo para ir recuperándose. Ya lo hemos dejado en casa con su mujer.

—Pobre hombre —murmuré.

—El caballo se asustó por un petardo que tiraron fuera, pero cerca. Probablemente fueron unos niños jugando. Esa explosión, a la que no está acostumbrado, lo hizo reaccionar de esa forma tan severa.

—Ya se podían haber metido los niños el petardo por el culo —dijo claramente Julieta causando una risa en estos.

—La niña fue a la ciudad a comprar unos pijamas con Rose.

—Sí, le dije que seguro que lo pediría cuando se lo comentase —me comentó mientras Hanna le traía un café y un sándwich simple a cada uno de ellos.

—Por cierto, tienes que pedirle por Amazon los cuadernos de colorear, los dos tuyos y el resto se los regalo yo, ahora te doy el dinero.

—Ya están todos pedidos, lo recordé mientras esperábamos en urgencias.

—Pues dime qué te debo.

—No me debes nada.

—Es un regalo mío.

—Pues se lo das tú, pero olvídate del dinero, eso no tiene valor.

—No lo tendrá, pero bien que todos lo necesitamos —dijo Julieta.

—Eso mismo —confirmé.

—¿Qué me puede deber a mí la persona que trae en su barriguita un trocito de mí? —preguntó antes de mordisquear el sándwich.

—Los libritos de Olivia, los libritos. —Ladeé la cabeza dándolo por hecho.

—Pues se lo das tú, pero olvídate del dinero, eso no tiene valor.

—No lo tendrá, pero bien que todos lo necesitamos —dijo Julieta.

—Eso mismo —confirmé.

—¿Qué me puede deber a mí la persona que trae en su barriguita un trocito de mí? —preguntó antes de mordisquear el sándwich.

—Los libritos de Olivia, los libritos. —Ladeé la cabeza dándolo por hecho.

Capítulo 9



Nos dirigimos al arco de los muros que delimitaban la tierra y nos dimos cuenta de que la sorpresa seguía siendo la estrella de este lugar.

Justo al lado del muro había otra zona amplia con un restaurante estilo taberna, todo de madera y lleno de mesas, a ese lugar es al que se refirieron como restaurante. Estaba entre nuestro muro y otro más, por lo que quedaba entremedio de la casa principal y las tierras, además de poderse acceder a él por ambos lados.

Nos presentó a Mathew, que era el encargado de este lugar y también a Bryan y Anthony, los dos jóvenes que tenía a su cargo. Todos se veían de lo más amables y parecían sorprendidos de ver caras nuevas, pero obviamente nadie se atrevía a preguntar nada.

Al restaurante no le faltaba detalle y estaba de lo más cuidado, cosa que hacía presagiar lo que ellos cuidaban a sus empleados.

Fue cuando salimos del siguiente muro cuando nos dimos cuenta de que este lugar tenía mucho más de lo que podíamos imaginar…

Al fondo, muy a lo lejos, se veía otro muro con otro arco, con lo cual quedaba claro que todo estaba separado por sectores.

—Montaros —nos dijo Sloan sentándose en un *buggy* que estaba techado. Edwin se sentó detrás con Julieta y yo me puse delante de copiloto.

En esta zona estaban las cuadras y un amplio espacio donde montar a los caballos y que ellos pudieran moverse libremente, con todo un lateral vallado para su seguridad. Era el lugar más grande que había visto hasta el momento. Había por lo menos diez caballos, atendidos por dos jóvenes que, al parecer, eran hermanos.

Y cuando pensábamos que ya lo habíamos visto todo, llegamos al sitio donde destilaban el *whisky* más caro de Escocia, y que era de su propiedad. Me quedé alucinada con todas las fortificaciones que escondía este lugar para llevar a cabo el proceso.

Después de todo esto y cuando ya sí creíamos haberlo visto todo, regresamos en el *buggy* hasta la puerta de la casa donde subimos a la cuarta planta, esa que aún no habíamos visto. Y justo cuando las puertas de ascensor estaban a punto de abrirse, Edwin nos alertó.

—Y este es nuestro lugar recreativo…

—¡Me cago en mi vida! —exclamó Julieta que estaba tan impactada como yo.

—No puede ser cierto… —murmuré yo.

—¿Cómo cojones habéis conseguido hacer esto? —preguntó Julieta.

—Ellos no creo que lo hayan hecho —contesté yo segura.

—Obviamente —confirmó Sloan.

Imaginad los alrededores de un hotel de lujo, con una barra en la piscina, un bar de madera al aire libre, hamacas sobre arena de la playa y un sinfín de cosas que lo convertían en un lugar sin igual. Hasta un precioso rincón para disfrutar de comidas, desayunos o cenas.

—Esto fue idea de él —dijo Sloan señalando a Edwin.

—Desde lejos, es difícil imaginar la terraza que tenéis montada aquí, además que es una pasada todo acristalad

—La piscina es climatizada…

—No lo dudo. —Me reí mientras Julieta no dejaba de bichear viendo la de rincones que tenía para hacerse algún que otro vídeo.

—Lo más impresionante es que no lo hemos utilizado aún, sí que nos hemos tomado algunas birras, pero cuando se iba construyendo y eso.

—Hasta palmeras, Noa, hasta palmeras —decía emocionada.

No le faltaba nada, era lo más parecido a las instalaciones de un hotel que había visto en mi vida. Y todo tan bien puesto y cómodo. Era una verdadera pasada.

—Debo reconocer que sois unos cracs —dije segura de ello—. Y yo sin poder tomar una copita. —Puse cara de resignación.

—Bueno, siempre se te puede preparar un delicioso cóctel sin alcohol. —Sloan intentaba sacar el lado positivo de algún modo.

—Eso se llama consuelo de tontos —respondí—. El día que cague al intruso, me las pienso beber todas juntas.

—Ya comienza a ser mi chica —dijo Julieta—. Di que sí, tú más chula que nadie, lo cagas y punto. Punto por los que te van a tener que coger —dijo y apreté el culo de la impresión con solo pensarlo. Los chicos, como en el Caribe, no dejaban de reírse con nuestras cosas—. Por cierto —se dirigió a Edwin—, a ver si tienes la misma puntería que tu amigo que yo también me quiero ganar un rinconcito en las *Highlands*.

—¿Y quién dijo que me vaya a quedar aquí? —pregunté por su ligereza de conclusiones.

—Tranquila, que demasiado bien iba. —Hizo un gesto de sentirse ofendida.

—Bueno, pues cuando queráis lo estrenamos…

—¡Fiesta, fiesta! —exclamó Julieta moviendo sus caderas.

—Ya tenemos a la Shaki —me referí a ella.

—Mira, mira. —Se levantó el jersey y la camiseta, enseñando su barriga con los movimientos.

Bajamos a la cocina porque el recorrido había durado como dos horas y ya estaban terminando de preparar la comida. La pequeña llegó emocionada con sus compras y no dudó en enseñarnos lo que había conseguido en el pasillo de abajo.

—Mira, tres pijamas de princesas, bueno dos, otro es de corazones. Estas zapatillas son de Frozen y esta diadema de Winnie the Pooh.

—Qué cosas más monas, por favor, me encantan todas —dije haciéndome la emocionada.

—Bueno, las llevo a su cuarto. Luego nos vemos —dijo Rose.

Salimos hacia el porche los cuatro con la niña y nos acomodamos, ya que iban a servirnos la comida.

—¿Nunca coméis en el restaurante? —pregunté curiosa.

—Rara vez, total me van a poner aquí los mismo que pueda pedir allí —murmuró Sloan terminando con un guiño.

—Ya, entiendo —sonreí.

—A veces nos gusta ir cuando queremos charlar con quienes estén almorzando en ese momento. Pero es cierto que este lugar es más íntimo y cómodo para nosotros.

—Y para nosotras —dijo la descarada de Julieta que no había manera humana de callarla.

La pequeña se reía con todo y buscaba mucho mis miradas cómplices; algo me decía que le había caído bien porque se mostraba de lo más risueña conmigo y era a la que normalmente se dirigía cuando hablaba.

Se dice que los niños tienen un sexto sentido, y quién sabe si ella estaba percibiendo un lazo que pronto la uniría a mí, como era mi bebé. Obviamente no sabía nada, pero con su intuición, todo podría tener sentido.

Lo que nos reímos durante la comida fue lo que menos me podía imaginar en mi vida, y es que, comencé a descubrir a una Olivia que me dejaba bien claro quién era el alma de la fiesta. Como que se le fue pasando esa ligera timidez para dar paso a esa niña que era capaz de poner en apuros al mismísimo diablo.

Comenzó a contar las travesuras que le había hecho a su papá y a su tío Edwin, que en más de una ocasión se quedaron boquiabiertos. Hubo una vez tuvieron que llamar a la policía porque la niña no aparecía después de dos horas de búsqueda frenética por toda la casa y las tierras, y todo el mundo llamándola a gritos. Al final, resultó que se había quedado dormida dentro de un armario de la despensa, donde se escondió para que no la encontraran, pero la cosa se fue de las manos y no fue hasta media hora después de aparecer la policía que ella no apareció tan campante y explicó dónde había estado.

Después de una hora increíble de risas gracias a Olivia, en la que nos llevó a sacar conclusiones de cómo eran Sloan y Edwin en otros ámbitos, la pequeña, sin previo aviso, se acercó a mí, se sentó en mi regazo de lado, se acomodó y se quedó dormida.

—Para que te vayas entrenando —dijo Julieta.

—Ya te digo, al final me va a coger cariño y todo. —Me reí acariciándole la espalda y sintiéndome afortunada de ese gesto que había tenido conmigo. Me daban ganas de comerme a esta princesita.

Después de un rato, Sloan la cogió en brazos y la llevamos a su cuarto, ya que nos íbamos a quedar relajados en

el salón de su planta. Julieta y Edwin se marcharon para la suya.

a

,

el salón de su planta. Julieta y Edwin se marcharon para la suya.

Capítulo 10



Nos tumbamos en el sofá después de dejar a Olivia en su camita durmiendo la siesta. Sí, nos tumbamos porque Sloan lo abrió convirtiendo aquello en una cama gigante en la que se podían tumbar seis personas sin estar apretadas.

La mañana fue bastante fresca; aunque como el porche estaba todo revestido de madera y protegido por cristale de seguridad se creaba un ambiente de lo más acogedor, pero no había hecho tanto frío como para necesitar un abrigo.

Estiró su brazo para que me dejara caer en su hombro y poder abrazarme, estaba deseándolo y se lo notaba a leguas. No dudé en hacerlo y rodeé con mi mano su cintura antes de que echase una mantita por encima de nosotros.

—Te admiro, Sloan, de verdad.

—Yo sí que te admiro. —Acarició mi mejilla—. Deseo verte sonreír siempre, que esa alegría nunca se apague y que la vida te demuestre lo bonito que está por llegar para hacer tus días aún más felices.

—Me encanta la capacidad que tienes para digerir todo. —Me reí acariciando su barriga.

—Y a mí la facilidad que tienes para hacerme sonreír. —Esta vez acompañó su caricia en mi mejilla con un beso en mis labios—. Confía en mí, si la vida ha cruzado nuestros caminos es porque estamos destinados a crear un futuro muy bonito para los cuatro —se refirió a nosotros, Olivia y el bebé que esperábamos.

—Pues yo viviendo en España y tú aquí, ¿cómo lo vamos a hacer? No estoy dispuesta a dejar mi casa, ya que en mi país los okupas pueden entrar y quedarse, y mientras los echan y no los echan, se quedan hasta con tus pertenecías y pueden pasar años. Es increíble que se permita algo así. Aunque tengo alarma y estoy protegida, eso es un sinvivir que me preocupa mucho.

—¿Te pueden ocupar una casa así porque sí?

—Ya te digo, una señora hace poco estuvo dos días en el hospital con su marido y cuando regresaron les habían ocupado la casa y no los pudieron echar. Imagínate lo que es encontrarte no solo sin techo, sino que también estén disfrutando y haciendo con tus cosas personales lo que les dé la gana. Menos mal que tenían a sus hijos con propiedades y se fueron con ellos, pero de lo contrario se hubiesen visto en la calle y pidiendo ayuda en albergues para dormir, además sin ropa que ponerse.

—Yo había escuchado algo, pero no hasta tal punto.

—Y peor, te lo digo yo. Encima tú no puedes hacer nada ni echarlos forzosamente, pero lo más curioso es que hay empresas legales que se dedican a echarlos y graban los vídeos y actúan a gritos y de manera un tanto violenta, y nadie les dice nada. Ellos cobrando están protegidos de poder amenazar al ocupa, pero tú como propietario no. ¿Cómo te lo comes?

—Esas empresas serán del gobierno…

s

—Se supone que no, pero vete tú a saber qué hay detrás de todo esto porque es inconcebible e irreal.

—Te vas a tener que instalar aquí, que no hay ni la más mínima probabilidad de que nos ocupen el castillo. —Me volvió a besar con esa sonrisilla que me causaba un cosquilleo por todo el estómago.

—Claro, y de paso dejo un cartel en la puerta de mi casa donde diga que esa casa está lista para ser ocupada. —Me reí.

—Me encanta tu humor. —Volvía a besarme una y otra vez.

/

—Te hará gracia a ti. —Me reí negando entre esos brazos que cada vez me pegaban más a él.

—Solo quiero estar contigo. Le pedí a la vida que te volviera a poner en mi camino, pero nunca imaginé en que forma me lo concedería, y créeme cuando te digo que más que un disgusto, me has traído una gran ilusión. No sé cómo lo haremos, pero ya tenemos algo que nos une y solo espero poderlo disfrutar juntos, sin condiciones ni acuerdos, quiero tenerte a mi lado.

—¿Y si no hubiera venido embarazada?

n

—Ya te hubiera dejado.

—¿Me hubieras echado?

—No. —Se rio—. Que ya te hubiera dejado embarazada porque desde ayer no hubieras salido de mi habitación

—Ahhh —dije como una tonta y luego reaccioné riendo.

Nos besamos de manera más intensa, los dos lo deseábamos como en esos días en que perdimos la cordura y nos devoramos vivos. Entre nosotros se notaba que había una tensión que por mucho que la intentásemos resolver no había manera. Nos deseábamos desde aquel primer momento en que nos conocimos y nos miramos de una manera que no era normal si no habían saltado las chispas.

Estuvimos un buen rato entre besos, miradas, sonrisas y caricias que me volvían a tocar el alma y me hacían sentir que estaba en los brazos correctos.

—¡Papá! —Escuchamos desde el pasillo.

—Estamos aquí, hija —le gritó y la escuchamos venir hacia nosotros.

—¿Estáis durmiendo juntos? —preguntó a la vez que se subía y se ponía en medio de los dos.

—Sí, cariño, y ahora estamos durmiendo contigo.

—¿Ella es tu novia?

—La pregunta del millón —dije riendo a carcajadas a la vez que le hacía cosquillas a la pequeña.

—Papá, dime, papá dime —preguntó nerviosa y mirando a uno y al otro.

—Papá dice que ella ya no se va a escapar más de nuestras vidas. ¿Recuerdas el viaje que hice en julio al Caribe con el tito?

—Sí, que me trajiste un montón de regalos.

—Efectivamente, no sabes lo buenos que son los aeropuertos para esos casos —dijo riendo—. Pues en ese viaje nos conocimos y nos hicimos muy amigos.

—Y el tito de Julieta.

—Efectivamente. —La abrazó muy fuerte mientras ella reía.

—Noa, ¿tú quieres hacer conmigo un día palomitas y vemos una peli de Disney?

—Por supuesto, no me perdería por nada del mundo ese plan —dije poniendo cara de emocionada y a ella le salió una preciosa sonrisa.

—Papá, ella ya es mi amiga porque va a ver una peli conmigo mientras comemos palomitas y si tú me dejas, hasta unas pocas chuches.

—Unas poquitas, que ya sabes lo malita que te pusiste la otra vez con el atracón que te diste.

—Me comí la bolsa entera —dijo llevándose las manos a la boca y riendo en plan brujilla—. El tío Edwin está llamando.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunté al ver que la niña iba corriendo a su encuentro.

—Por el timbre que sonó, cuando es doble es que es él y cuando es solo una vez es que entra Rose o alguien del servicio.

—Pues pensé que era de otra planta porque se oye bajito.

—Sí, para no molestar si estamos durmiendo.

—Ya es hora de que levantéis el culo, ¿no? —dijo Julieta apareciendo con Edwin y la pequeña que saltaba otra vez en medio de nosotros.

—Tumbaros allí, que cabemos todos —le dijo Olivia señalando a la otra esquina del sofá.

—Ha comenzado a llover —dijo Julieta sentándose al otro lado del sofá.

—Pero el día estaba bien —murmuré incrédula.

—Bienvenida a Escocia, un lugar donde el clima es de lo más impredecible —dijo Edwin acomodándose al lado de mi amiga.

Decidimos que íbamos a preparar una cena y comer aquí en la planta de Sloan. La pequeña se puso a aplaudir emocionada por la decisión que habíamos tomado, y es que para ella todo era una fiesta.

—*Pizza*, papá tenemos que hacer *pizza* como la que nos sale muy rica y enseñarles a ellas lo que es la comida italiana.

—Como si no lo supieran, hija, que vienen de España, no del Serengueti.

—Papá, pero como las nuestras, no.

—Bueno, eso puede ser, pero vamos, que hasta que no las prueben no puedes celebrar el triunfo.

—¡*Pizza*, *pizza*! —gritaba emocionada.

—Como si no lo supieran, hija, que vienen de España, no del Serengueti.

—Papá, pero como las nuestras, no.

—Bueno, eso puede ser, pero vamos, que hasta que no las prueben no puedes celebrar el triunfo.

—¡*Pizza*, *pizza*! —gritaba emocionada.

Capítulo 11



Por orden de Olivia, todos nos habíamos duchado y puesto los pijamas para preparar la cena-pijama como decía ella. Lo que Julieta y yo nos estábamos riendo con esa niña no tenía precio, y es que parecía más hija de Julieta y mía que de su padre, porque tenía un carácter de lo más gracioso y andaluz.

Normalmente, era Rose quien la duchaba, pero esta vez lo hice yo, así que no se le avisó que subiera.

Sloan comenzó a preparar la masa de la *pizza* usando la amasadora de ese famoso robot de cocina, que siempre estuve tentada de comprar, pero nunca terminé de decirme, y es que era súper completo.

La pequeña cortaba las salchichas en rodajitas finas con un cuchillo de plástico que manejaba perfectamente, y lo hacía tan bien que todas parecían del mismo tamaño.

La pequeña y yo nos tomamos un zumo de manzana que nos sirvió Edwin, mientras que para ellos servía una copa de vino. Cuánto echaba de menos tomarme una, pero por mi intruso merecía la pena el sacrificio de renunciar a ciertas cosas.

Se prepararon dos *pizzas* del tamaño de las bandejas del horno. Edwin se encargaba de preparar los ingredientes que le iban a echar y nos iba preguntando si nos gustaban, obviamente, respondimos que sí a todo, ya que tanto Julieta como yo disfrutábamos de la comida y siempre estábamos dispuestas a probar cualquier cosa, como decía mi abuela éramos de buen comer.

A las dos les pusieron la base de tomate y el recubrimiento de queso. A la primera le echaron las salchichas en rodajas, un poco de pavo y unos trocitos de pollo frito. A la segunda le pusieron chorizo pepperoni y carne picada que también doraron en la sartén, y para ambas batieron un par de huevos que echaron por encima, lo cual me pareció de lo más curioso.

Olivia iba relatando en todo momento cada paso de la preparación, mostrando su pasión por la cocina, ya que identificaba con facilidad los ingredientes necesarios, obviamente todo bajo la supervisión de su padre.

Julieta volvía a estar de lo más enganchada a Edwin con el que bromeaba continuamente, es verdad que con

Sloan me pasaba lo mismo, pero debía de ser por el embarazo que yo estaba un poco más tímida de lo habitual.

Mientras que se hacían las *pizzas* en el horno, Sloan puso un plato con unas patatas chips y un cuenco con unas olivas para ir abriendo el apetito, como también decía mi abuela, de quien aprendí tantas frases de ese tipo.

Jamás imaginé esta forma de vida de Sloan, y mucho menos que tuviera una hija. Todo me había cogido de sorpresa, pero debo reconocer que me estaba sorprendiendo para bien; como padre, se le veía de lo más entregado y con una gran complicidad con su pequeña hija.

Y lo peor de todo era que, al estar con él, sentía que me transformaba en alguien diferente y me sentía mucho más fuerte, como si en sus brazos se calmasen todos los temores de mi vida.

Olivia, con sus cosas, me sacó de mis pensamientos, y es que cada una de sus reflexiones era mejor que la anterior.

—Noa, si has dormido en el sofá con mi papá, podéis tener un bebé, porque yo escuché en un sitio que donde dormían dos, hombre y mujer, podían salir tres.

—¿Y tú dónde has escuchado eso?

—Al tío, Edwin. —Lo señaló segura de sí misma.

—No podía ser de otra manera —dijo Sloan volteando los ojos—. Pero sí, los hijos llegan gracias a la cigüeña de París cuando dos personas duermen juntas, así que crucemos los dedos —le dijo él tan espontáneo, y aprovechando la conversación para lanzarle la primera indirecta que la preparara para lo que vendría.

—Pues yo quiero un hermanito, no una hermanita, así que si se lo vais a pedir a Santa Claus dejárselo claro.

—Esta no se entera de nada —dijo Julieta causando unas risas en todos.

—Sí me entero, que Santa Claus es el que hace magia, a ver si te crees que por dormir juntos va a salir un bebé, entonces mi padre y yo tendríamos miles porque yo me voy muchas veces a su cama por la mañana.

—Lo dicho; de nada, de nada —dijo Edwin causando la risa más grande aún.

—Hija, di que sí, a Santa Claus le vamos a pedir que traiga un hermanito, aunque si es niña tampoco le vamos a hacer un feo. —Le hizo un gesto de que lo comprendiera.

—Pero papá, si Noa tiene un hermano mío, se tendrá que quedar a vivir aquí, porque no puedes dejar salir al bebé de aquí.

—Eso es evidente, y si se lo lleva, nos vamos con ella.

—¿Al país ese que hablan raro?

—Idioma diferente, vida, no raro; también para ellos podemos ser los raros nosotros.

—No, porque ellas nos entienden. Papá, tú muy listo no eres.

—Me hago fan de esta niña —dijo Julieta causándonos una carcajada.

—¿Papá, están aquí porque no tienen dinerito para comer ni dónde dormir?

—Efectivamente, las hemos recogido de la calle —dijo Edwin y mi amiga le dio una colleja que sonó fuerte y en seco.

—¡Papá, son asesinas! —exclamó echándose hacia atrás y eso que estaba al otro lado de la mesa.

—Y parecía un caramelo, verás que es satanás —dijo Julieta llorando de la risa mientras la niña la miraba con una sonrisilla que me daba a mí que tenía más guasa que nosotras dos juntas.

—La niña se ha revelado —decía Edwin mientras se rascaba la nuca.

—Olivia, compórtate, por favor —le advirtió el padre mientras cortaba la *pizza*.

—Papá, es que le ha pegado al tío. A mí no me dejes con ellas a solas que son capaces de ponerme el culo de la Kardashian.

—¿De dónde sabes tú ese nombre?

—Del tío, porque dice que el mejor culo del mundo es de una que se llama así.

—Te las buscas solo —le dijo Julieta repitiendo colleja.

—¡Papá! ¡Qué pueden con el tío! Hay que esconderse como el día que vino la policía a buscarme.

—Ni se te ocurra —dijo y luego dirigió la mirada a su hermano—. Ya te vale, Edwin, ya te vale.

—Tu hija es que es muy entrometida y está en todo —se justificó.

—Dale otro de mi parte —le dijo Olivia a Julieta y esta actuó rápido.

—Olivia, para un poco.

—Papá, me ha defendido, lo mismo no son tan malas. Las dejamos un tiempo a prueba.

—Esta va al sol que más calienta —dijo Julieta que no dejaba de reír a carcajadas. Hasta las lágrimas las teníamos fuera.

—Tú, no tengas un bebé hasta que yo te diga. Papá, no vayas a dormir más con ella que no me fio.

—Olivia… —la reprendió y luego echó el aire.

Las risas que compartimos durante la cena no tenían precio; era tantas que pensaba que me meaba encima. Olivia, era todo un personaje que se había mantenido en un segundo plano hasta coger la total confianza para mostrar su verdadera personalidad, y algo me decía, que había que agarrarse que venían curvas y con mucho carácter.

Cuando Edwin y Julieta se marcharon, a la niña no se le ocurrió otra cosa que ponerse a llorar diciendo que quería dormir con él. El padre, obviamente, le dijo que no, pero ella no lo aceptaba, se notaba que lo hacía para que no fuera yo quien tuviera las atenciones del padre. Sin embargo, el padre se mantuvo firme y le bastó ponerse serio para que la niña se callara.

Me senté en el borde de la cama y le conté un cuento que fui improvisando. Se le formaba una sonrisa en su rostro a la vez que se iba quedando dormida. Hasta que lo hizo, y tras darle un beso en la mejilla me fui hacia mi habitación. Me resultó extraño que Sloan no se hubiera despedido de mí, solo le dio un beso a la niña y se marchó

Al abrir la puerta de mi habitación, me encontré con Sloan acostado en mi cama.

—Sabía que a la mía no te vendrías, así que pensé que, si me venía yo, lo mismo no me echabas.

—Claro que no, ¿cómo te voy a echar de tu casa? Esa cama es tuya. —Me reí cogiendo el pijama y yendo hacia el baño para cambiarme.

Regresé y me acomodé a su lado, que ya me esperaba destapando la cama para que me metiera, mientras extendía su brazo para que me recostara en él…

¿Podía en serio existir algo tan perfecto como lo que me estaba pasando?

¿Podía en serio existir algo tan perfecto como lo que me estaba pasando?

Capítulo 12



Me desperté sintiéndome muy mareada, con una sensación similar a la que me llevó al hospital y me enteré de que estaba esperando un bebé.

—¿Estás bien? —me preguntó al verme sentada en el borde de la cama.

—No, estoy mareada y con ganas de vomitar.

—Vale, tranquila. Te voy a llevar a la clínica.

—No, no, es normal, espera que en nada se me pasa.

— Papá, he soñado y me hice pipí en la cama —dijo apareciendo por la puerta.

—Tranquila, espera que avise ahora a Rose.

—¿Qué te pasa Noa? —me preguntó al verme seria y casi sin prestarle atención.

—Se encuentra mal, la voy a llevar al médico —contestó su padre.

—Lo mismo le sentaron mal las *pizzas*, papi.

—Ya lo veremos. Ya viene Rose ve al pasillo a recibirla y que te duche. Se encargará de ti.

Todo me daba vueltas y tenía la sensación de vomitar, pero sabía que no lo iba a hacer, era como que quería, pero no llegaba a ese punto, el caso es que me tuve que volver a tirar hacia atrás porque no podía soportar esos mareos.

Quería decirle a Sloan que no quería ir al médico, pero no me salían ni las palabras. Pronto aparecieron Edwin y Julieta, ya que este los había avisado.

—Ese intruso te va a dar los tres primeros meses —me dijo Julieta mientras me ayudaba con Sloan a levantarme para vestirme. Cosa que yo no quería porque me encontraba súper mal.

Me ayudaron a vestirme y cuando ya estaba un poco mejor, pero no bien, bajamos para irnos en el coche que condujo Edwin y Julieta iba de copiloto. Detrás, junto a mí, iba Sloan.

Cuando llegamos a la clínica, Sloan se encargó de hacer las gestiones antes de que me llamaran para ver al ginecólogo. Una vez dentro de la consulta, me tumbé en la camilla y puso el ecógrafo en mi barriga, de inmediato supe que algo no iba bien.

—No tiene latido… —dijo el doctor en tono compasivo.

Cerré los ojos y noté cómo las lágrimas se deslizaban por mi rostro mientras Sloan cogía mi mano.

—¿Es seguro, doctor? —preguntó él con la voz temblorosa.

—Sí, hay que practicarle un legrado.

En ese momento, sentí una profunda sensación de pérdida, a pesar de que me estaba costando mucho asimilarlo ya había comenzado a hacerme a la idea y debo reconocer que fantaseaba con verle esa carita que ya no podría ser

Al salir de la consulta y compartir la noticia con los chicos, estos se quedaron de piedra; Julieta me envolvió en un abrazo, llorando y tratando de ofrecerme un consuelo que en ese momento yo no podía encontrar.

Era incapaz de articular palabra, me había quedado totalmente en *shock*; era como si estuviera ausente, con mis pensamientos vagando en una dimensión completamente diferente.

Sloan me abrazaba constantemente y me susurraba cosas bonitas que no era capaz de asimilar ni contestar. En estos momentos, sentía que todos se esforzaban por evitar mi dolor, pero ¿cómo no iba a sufrir si mi bebé era la razón por la que estaba aquí y me estaba preparando para mi nueva vida como madre?

Pronto nos indicaron que tenía que entrar a cambiarme y que me iban a preparar para ir a quirófano. El ginecólogo tenía claro que quería limpiar el útero rápidamente para evitar cualquier riesgo de infección.

Sloan le pidió al doctor entrar y este lo aceptó sin problema, se notaba el respeto que le tenían en la clínica.

Las lágrimas seguían fluyendo hasta que la sedación, que fue de manera casi instantánea, hizo su efecto.

Cuando desperté estaba de lo más aturdida y sin fuerzas. Ya no había dentro de mí nada, y notaba un vació en mi interior que me desgarraba por completo.

A las dos de la tarde me dieron el alta y regresamos al castillo. Nadie estaba al tanto de mi embarazo, así que les dijimos que me habían diagnosticado gastroenteritis.

Olivia corrió a mis brazos y se me subió encima.

—Amiga, ¿estás más buena? —preguntó ocasionándonos a Julieta y a mí una sonrisa.

—No sé si estoy más buena, cariño, pero deformar, no me voy a deformar —dije con segundas, a pesar de que sabía que la niña no iba a entender el concepto de mis palabras.

Subimos directamente al apartamento de Sloan, donde me acosté en mi habitación, ya que me encontraba de lo más cansada. Sloan se quedó a mi lado y pidió que nos subieran una sopa que él insistía en que comiera, pero no me entraba nada. Solo quería estar sola y llorar, aunque, obviamente, no iba a tener la poca vergüenza de echarlo.

—Noa, por favor. —Sostenía el tazón y la cuchara llena para que comiera un poco—. Te va a sentar bien.

—Te lo agradezco, pero no me entra nada. — Mi expresión y mirada reflejaban una profunda tristeza.

—Solo tres cucharadas.

—Sloan…

—No voy a dejar de insistir, cuando te las tomes te prometo que te dejo descansar y no te digo nada.

Me las tomé, y debo reconocer que estaba tan rica que terminé tomando el tazón entero, que fue dándome cucharada a cucharada, no dejaba que lo hiciera por mí misma.

—Te voy a dejar descansar, pero dejo la puerta abierta, quiero ir asomándome para ver que estás bien.

—No me estoy muriendo, Sloan.

—Lo sé, además no digas eso ni en broma. Solo que has salido de quirófano y estás débil. Déjate cuidar. —Se acercó y me besó los labios—. Estaré en el salón con la niña que está dibujando, pero no te perderé de vista. Descansa y si necesitas algo, dame un toque.

—Vale —murmuré mostrando una sonrisa forzada.

Se marchó y en ese instante mi mundo se desmoronó por completo. ¿Qué hacía aquí? ¿Cómo había llegado a esta situación? ¿En qué lugar me quedaba ahora? ¿Cómo podía regresar cuando mi corazón estaba roto en mil pedazos? ¿Cómo dejar de sentirme una intrusa en la casa de Sloan, que él sí tenía a su hija y la podía disfrutar? ¿Qué significaba yo para él?

Me sentía totalmente agotada psicológicamente, y lo peor de todo es que tenía la sensación de estar aquí por lo sucedido, mientras mi mente se llenaba de pensamientos sobre regresar a casa, al sitio que realmente me pertenecía, aunque esa idea también me causaba un profundo dolor.

—¿Se puede? —preguntó Julieta con una sonrisa, venía de comer de la cocina.

—Claro.

—Me dijo Sloan que estabas descansando, pero le respondí que eso lo hacíamos juntas —dijo riendo en un intento de alegrarme.

—Me quiero ir de aquí —le confesé antes de romper a llorar y abrazarla cuando se sentó en el borde la cama.

—No digas eso, si tus ojos brillan junto a Sloan.

—Me quiero ir —repetí llorando y entonces me di cuenta de que él estaba en el quicio de la puerta donde acababa de llegar y me había escuchado. Su expresión cambió por completo, volviéndose triste y desapareció de nuevo.

—Noa, por favor, ahora estás muy tocada por lo que ha pasado, pero ayer se te veía feliz en esta casa y con esa niña que nos dio la noche durante la cena. Deja que pasen unos días y vayas saliendo de la tristeza que ahora te embarga.

—Quiero irme, él nunca me buscó; fui yo la que vine. Si tanto se interesó por mí, ¿por qué no guardó mi número y solo me dio el suyo?

—No empieces a sacar deducciones.

—Me quiero ir…

—No me hagas ni te hagas esto.

—Me quiero ir…

—Joder, Noa, ¿qué quieres que hagamos ya las maletas? Es que no puede ser, ahora estás jodida y confundida. Deja de dar vueltas a la cabeza.

En ese momento me entró una llamada de mi abuela que estaba ajena a todo, solo sabía que estaba de viaje en Escocia conociendo este lugar, así que tuve que hacer de tripas corazón y fingir que todo estaba bien para no preocuparla.

Julieta salió de la habitación para dejarme a solas con la llamada e imagino que, para tomar el aire, ya que lo que le había dicho no le había sentado demasiado bien, al igual que a Sloan que lo había escuchado.

Cuando colgué la llamada cerré los ojos intentando desconectar de todo para quedarme dormida, que era lo que más necesitaba en estos momentos.

—Me quiero ir…

—Joder, Noa, ¿qué quieres que hagamos ya las maletas? Es que no puede ser, ahora estás jodida y confundida. Deja de dar vueltas a la cabeza.

En ese momento me entró una llamada de mi abuela que estaba ajena a todo, solo sabía que estaba de viaje en Escocia conociendo este lugar, así que tuve que hacer de tripas corazón y fingir que todo estaba bien para no preocuparla.

Julieta salió de la habitación para dejarme a solas con la llamada e imagino que, para tomar el aire, ya que lo que le había dicho no le había sentado demasiado bien, al igual que a Sloan que lo había escuchado.

Cuando colgué la llamada cerré los ojos intentando desconectar de todo para quedarme dormida, que era lo que más necesitaba en estos momentos.

Capítulo 13



Escuché en el pasillo a la pequeña que le decía a Rose que quería para cenar salchichas con huevo duro. Miré el reloj y vi que por lo menos había dormido unas dos horas.

Me levanté y llené la bañera con agua caliente, ya que me apetecía mucho meterme un rato en ella. Puse música flojita de fondo en mi móvil y en esos momentos me dieron muchas ganas de tomar un café con un cigarrillo, ambas cosas las aparté de mi vida en el momento que supe que estaba embarazada.

Me abrigué con unos *leggings* gorditos, una camiseta larga y una sudadera, ya que me apetecía ir a merendar al porche.

Al salir, vi a Sloan en el pasillo hablando con Olivia y se dieron cuenta de mi presencia.

—Enfermita, ¿ya estás bien? —me preguntó la pequeña.

—Sí, cariño, con ganas de tomar un café.

—Te lo preparo —dijo Sloan.

—Prefiero que sea en el porche y así de paso me fumo un cigarrillo que me hace falta.

—Fumar es malo —dijo la pequeña.

—Lo sé, pero solo uno. —Le acaricié la barbilla.

—Papá, me voy a poner mi abrigo de casa —se refirió a su bata, ya que estaba duchada y en pijama.

—Venga, rápido, te esperamos —le dijo a ella que salió corriendo a la velocidad de la luz—. Escuché lo que dijiste —me dijo con tristeza.

—Estoy muy desubicaba y perdida, Sloan —dije con lágrimas en los ojos y no dudó en abrazarme bien fuerte.

—Déjame cuidarte y demostrarte que no solo quiero estar contigo por lo que pasó, sino por lo que significas para mí.

—¡Papá, ya estoy! —decía corriendo hacia nosotros.

Nos separamos y entramos los tres en el ascensor para ir al porche. Julieta y Edwin estaban allí y al verme sonrieron, aunque yo sabía que tras la sonrisa de mi amiga se escondía la frustración de la decisión que yo le dije que quería tomar.

—Dame un beso —dije sentándome a su lado.

—Te lo voy a dar, pero en cuanto te vea más recuperada, me voy a liar a hostias contigo que no va a haber *Highlander* que consiga aplacarme.

—No serías capaz.

—No te creas que no, me estás provocando —me advirtió y luego me dio un abrazo bien fuerte con ese beso incluido.

Margot se nos acercó y le pedimos unos cafés. Me miró extrañada y me preguntó si me lo preparaba descafeinado, ya que hasta ahora no me había visto tomarlo, pero le dije que estos días tuve el estómago revuelto y por eso no lo tomé, pero que ya me apetecía y mucho.

Olivia comenzó a corretear con una especie de cometa en forma de avión que debía de lanzar, pero no lo hacía. Recorrió el pasillo del porche de un lado a otro, gritando que era la comandante de vuelo y que aterrizarían en Washington.

Sloan estaba cabizbajo y en silencio, sabía que lo que había escuchado no le había hecho mucha gracia, pero ¿qué podía hacer cuando me sentía una ocupa del castillo y de su vida?

El avión-cometa de Olivia aterrizó en medio de la mesa justo encima de los trozos de bizcocho que acababa de traer Hanna.

—Dámelo, papi.

—No, no te lo voy a dar, se queda aquí. —Lo puso a un lado de la mesa.

—Papá fue un accidente. ¿Tú nunca tuviste uno? —preguntó y juro por mi vida que me tuve que echar a reír a pesar de estar rota en mil pedazos. Sloan al verme a carcajadas se le escapó una risilla.

—Digo, si tu padre ha tenido accidentes. ¿Cómo te crees que han terminado estás dos aquí? —dijo Edwin, obviamente bromeando, pero que algo de razón había en eso, por no decir mucha.

—Papá, las atropellaste y las estás cuidando, ¿sí? ¿Es eso? ¿Por eso está malita? ¿Me das la cometa?

—Esta va a su bola —decía riendo Julieta.

—No hay cometa, Olivia, no te lo digo más. Tenías mucho sitio para lanzarla y no lo has hecho. Se está merendando y no hay que molestar.

—Papá, por favor.

—No, y no me lo repitas más.

—Deberías darle una oportunidad para poder demostrarte que no lo hará más.

—Ojalá todos tuviéramos oportunidades —murmuró sonriendo con tristeza y le dio el avión a la niña.

—Gracias, Noa, ya no eres del grupo de las asesinas, solo ella —dijo señalando a Julieta a la vez que corría hacia un lado.

—Mírala ella, me tiene en su punto de mira, todo gira en torno a Noa, a mí me la tiene jurada, ni que yo fuera la oveja negra de la familia. Se va a enterar de esta, que tengo una bolsa de chuches aquí en el bolso para ella, pero me las voy a comer delante de sus narices.

Nos reímos viendo cómo sacaba la bolsa y la ponía bien visible. Eran los caramelos favoritos de ella, y es que me había contado Julieta que Edwin tenía un bote en su casa y le iba dando bolsitas de vez en cuando.

—Julieta, esos son mis caramelos preferidos —dijo dirigiéndose a ella.

—Y los míos. —Se los comía tan campante y hasta gemía para provocarla.

—¿Me das cinco o seis? —preguntó con esa sonrisita y pidiendo esa cantidad dado que eran muy chiquititos.

—¿Estás loca? Como mucho uno y en caso de que no lo quiera. Ahora me los estoy comiendo relajada.

—Deja de ponerte a su altura —le dije quitándole rápidamente la bolsa—. Esta es de mi niña —dije entregándosela.

—Gracias, Noa, pero ten cuidado con la asesina que es capaz de pegarte.

—Lo tendré en cuenta, gracias por avisar.

—Me voy con los caramelos y la cometa al rincón que le he puesto pan a unas hormiguitas y ya hay muchas.

—Luego te vas y le das de comer a los caballos —le dijo Julieta y la pequeña la miró de manera intimidatoria.

—Es mi ídolo —dije refiriéndome a Olivia, que tenía cada salida que no era normal.

—Esa niña es la patrona de aquí —dijo Edwin con la risilla suelta.

—Por tu culpa, que la tienes demasiado consentida —le recriminó Sloan.

—Hombre, ¿cómo no la voy a consentir si te consiento hasta a ti que ya eres un poco mayorcito?

—Claro que sí, lo que tú digas. —Se le notaba un tanto apático.

—Hoy no es tu día. —Carraspeó, y Sloan ignoró el comentario mirando hacia la niña que le estaba dando un banquete de pan a las hormigas.

Se hizo una especie de silencio y me sentí culpable por ello, además de por el estado de ánimo de Sloan, al que sabía que mis palabras le habían llegado muy profundo.

—Sloan, perdona lo que escuchaste antes, me siento una ocupa aquí. Quizás en otras circunstancias me sentiría como en casa, no me cabe la menor duda, pero el haber venido de la forma que lo hice y todo lo que ha pasado, me hace sentir así.

—Voy a ver a la niña. —Se levantó ignorándome a mí también, y de los nervios me produjo una risa que no pude contener.

—Hoy no está de buen humor, es mejor que esperes a que se le pase, es un tanto especial cuando algo le hace daño y eso lo lleva a estar un tiempo en su mundo —me dijo Edwin.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó Julieta que era de lo más curiosa.

—No sé, quizás mañana se levante bien, a mucho tardar dos días.

—Verás que me voy sin que se despida de mí. —Reí a la vez que negaba de lo más incrédula.

—Tenemos que grabar muchos vídeos antes de irnos.

—Julieta, en estos momentos mi cabeza no está para vídeos ni para nada, solo para estar en mi casa, en mi sofá con mi mantita y superando este momento. Por mucho que me ría, la procesión va por dentro y anímicamente estoy por los suelos.

—Lo sé, pero todos queremos ayudarte, incluso él, que también vivió de repente la etapa de enterarse que iba a ser papá de nuevo y de manera casi inmediata ha tenido que enfrentar la pérdida. También hay que ponerse en su lugar.

—Y lo hago, pero yo aquí me siento de prestado, no me siento a gusto en este castillo; todo muy bonito e idílico, sí, pero a la vez muy frío. La forma en que llegamos aquí solo acentúa mi malestar. Es que nadie me entiende, y eso me da rabia —dije soltando el aire y dándome cuenta de que Sloan se había acercado y me había escuchado.

—Sí te entiendo, por eso me duele —contestó Sloan—. Si el problema es el castillo, a mí me encantaría que me dijeras que me fuera a tu casa. Lo haría ¿y sabes por qué?

—¿Por qué? —pregunté con un nudo en la garganta.

—Porque no quiero perderte otra vez. Porque cuando estoy contigo siento emociones que me elevan a otro estado y porque yo sí creo firmemente que nuestro encuentro no fue casualidad, sino que estaba destinado a suceder. Si me dices que me vaya contigo, lo haré, pero si tus dudas son otras y no sientes que soy la persona que pueda hacerte feliz, eres libre de irte cuando quieras.

—Sloan, no te vayas. —Me levanté y le agarré el brazo—. Vente conmigo a España… —le pedí con las lágrimas en los ojos.

—¡A la bruja os la lleváis! —dijo Julieta refiriéndose a Olivia a gritos causándonos una carcajada.

—Ella viene la primera —murmuré y vi cómo sus labios se acercaban a los míos, y nos perdimos en un precios beso, mientras de fondo se escuchaban los aplausos de Julieta, Edwin y hasta la niña que aplaudía al fondo.

—Nos vamos para España. —Me besó de nuevo.

—Nos vamos para España. —Me besó de nuevo.

Capítulo 14



—¡Papá, que Edwin ya está en el coche esperándonos! —gritó la pequeña nerviosa perdida, ya que nos íbamos hacia el aeropuerto.

Tres días habían pasado desde que le pedí que se viniera, tres días en los que habíamos hablado mucho y él había comprendido que no era el castillo el que me hacía sentir incómoda, que era la manera en que había venido y que me recordaba en todo momento el porqué estaba aquí.

Sloan se venía por una temporada, hasta que yo me sintiera segura y regresara con él, pero sin prisas. En el caso de Julieta se quedaba en el castillo con Edwin y trabajando en sus redes por un tiempo, por ahora, indefinido.

Nos montamos en el avión y la pequeña no dejaba de mirar por la ventanilla diciendo que había hombres alrededor del avión y que debían de despejar la pista. La azafata al escucharla se echó a reír.

—Noa, mira asómate, que he visto nuestras maletas y las están metiendo por una cinta mágica que está transportándolas hacia dentro sin partir el avión.

—Hay una puerta, cariño —le dije riendo.

—¿Como por la que hemos entrado?

—Más o menos igual. Está en la parte baja del avión en el que hay un espacio gigante y allí llevan la carga.

—Entonces nosotros no somos una carga como las maletas.

—No, nosotros somos pasajeros.

—Olivia, no pongas los pies en el asiento —le reprendió su papá.

El vuelo duró algo más de tres horas, pero fueron las más divertidas que había pasado en un avión en mi vida.

Las cosas que se le ocurrieron a Olivia no eran normales y al padre lo sacó de quicio más de una vez, pero yo estuve todo el tiempo a carcajadas y la niña me miraba buscando mi complicidad.

Cogimos un taxi al salir de la terminal, que nos llevó directamente a mi casa. La entrada del jardín le encantó a Olivia, que no paraba de decir que tenía calor y era normal, la diferencia de temperatura entre Inverness y mi ciudad era, por lo menos, de veinte grados.

Sloan no dejaba de decirme que tenía muy buen gusto y le encantaba la iluminación que había.

La pequeña se fue a buscar su habitación y comenzó a gritar que ya la tenía para que le llevásemos sus cosas.

—Creo que nos vas a echar muy rápido de aquí —murmuró besándome y riéndose.

—Bueno, es más probable que te eche a ti que a ella. —Hice un carraspeo a la vez que me daba una nalgada.

Le llevamos su maleta a la habitación y comencé a ordenarle la ropa, mientras Sloan ordenaba la suya en el vestidor de la mía, ese que dejó hecho mi padre y que era amplísimo y precioso.

—Noa, aquí no me voy a entender con la gente porque hablan raro.

—No te preocupes que te traduzco yo, pero eso sí, tienes que aprender algunas palabras que seguro que las pillas al vuelo.

Una vez lo tuvimos todo organizado, nos fuimos al supermercado grande que estaba un poco retirado, pero con el coche se llegaba en un santiamén, y es que el frigorífico lo dejé completamente vacío por el tiempo que pudiera pasar fuera.

Mientras estábamos llenando el carro, y digo llenando porque Sloan no se cortaba ni un pelo y metía todo lo que podía, mi abuela me llamó para saber si había llegado bien.

Me propuso ir al día siguiente a verlos y que me prepararía sus costillas en salsa que tanto me gustaban. Le comenté que tenía un amigo y su hija conmigo en casa, sabía que no dudaría en decirles que también eran bienvenidos. A Sloan le pareció una idea genial, y la pequeña decía que quería conocer a mis abuelitos del campo así que el plan del día siguiente estaba más que claro. Nos iríamos al pueblo.

La compra había sido la más grande que había pasado yo por una caja en mi vida. No escatimó en nada y mucho menos permitió que yo pagase.

Además, el supermercado contaba con una zona infantil y de ropa, por la que pasó la pequeña y arrasó con

varias cositas para jugar en casa, ya que su padre le había prometido que iría comprándole algunas para no viajar desde Escocia tan cargados.

Lo bueno es que, cuando mi padre reformó la casa hizo una cocina amplia a la que no le faltó un frigorífico americano de dos puertas, y que ahora nos serviría para poder guardar todo tanto en la parte de la nevera como en la del congelador.

Tanto el frigorífico como el congelador estaban repletos, pero todo perfectamente organizado. Ambos éramos muy meticulosos para esas cosas, y a mí me encantaba que así fuera. Incluso la pequeña se encargaba de recoger lo que dejaba desordenado mientras jugaba, y de eso me di cuenta en las *Highlands*.

Eran las cuatro de la tarde cuando nos sentamos a comer dado que habíamos aterrizado a las once de la mañana, porque habíamos cogido un vuelo muy temprano.

Habíamos preparado unos filetes en salsa al ajillo y una ensalada a la que no le faltó de nada de todo lo que le echamos.

En la pequeña se podía observar el cansancio, ya que comía a duras penas y se estaba quedando dormida en la mesa.

Sloan la cogió en brazos y se la llevó a su habitación para tumbarla en la cama, y regresó riendo.

—Cuando la he puesto sobre la cama me ha preguntado si está en su cuarto nuevo. Le he dicho que sí y se ha acurrucado poniéndose cómoda. Está feliz de estar aquí —dijo abrazándome antes de disponernos a recoger la cocina.

—Y yo de que estéis aquí conmigo. Siento mucho como me puse, pero entré en un bloqueo que me sentía como si estuviera invadiendo algo que no me correspondía.

—Ya lo sé, no te tienes que justificar más, te entendí en todo momento cuando me lo explicaste. Solo quiero que estés bien, y si es a nuestro lado mucho mejor. —Me besaba con mucho cariño—. Sabes que no he venido para quedarme en tu vida, sino para que no te quieras separar de la mía. Te quiero demostrar que solo he amado dos veces en mi vida, pero de las dos, esto que siento por ti es lo más fuerte que me ha sucedido nunca.

»La realidad es que te encontré en las redes el mismo día que puse los pies en Escocia. Y no sabía cómo ni cuándo, pero tenía claro que vendría a buscarte, lo que jamás imaginé que serías tú quién terminaría encontrándome. Esperé un mensaje tuyo cada hora del día, pero cuando supe que estabas en Inverness, fui al reencuentro con la intención de no dejarte escapar más.

—Siento que hayas tenido que dejar todo para venirte.

—Todo está en orden y lo seguirá estando, aunque no esté presente en años. Quédate tranquila. —Me acarició l mejilla y me dio un beso—. Hemos sido afortunados al recibir herencias que nos harán vivir relajadamente sin mover un dedo.

»Lo de la producción de *whisky* es verdad que nos genera grandes ingresos, pero lo tenemos muy controlado. Contamos con unos empleados que se encargan de todo y unos comerciales que son los mejores de las *Highlands*. La distribución funciona a la perfección y no hay nada de lo que preocuparse; de todas formas, allí está Edwin y es de lo más resolutivo. Quiero estar contigo, es lo único que deseo.

—No me hagas llorar, que estoy muy sensible. No supero la pérdida del intruso —dije con tristeza.

—Lo sé, a mí también me duele mucho, pero todo pasa por algo y estoy seguro de que la vida nos compensará con otro angelito…

—A mí ni se te ocurra preñarme otra vez. —Me reí nerviosa.

—Vendrá cuando tenga que venir. —Ahueco su mano en mi nuca y me besó mientras acariciaba mi mejilla con su dedo pulgar.

—Yo también necesito estar contigo —le dije sin dudarlo, y el beso lo intensificó de tal manera que podía notarse la emoción.

—Todo está en orden y lo seguirá estando, aunque no esté presente en años. Quédate tranquila. —Me acarició la mejilla y me dio un beso—. Hemos sido afortunados al recibir herencias que nos harán vivir relajadamente sin mover un dedo.

»Lo de la producción de *whisky* es verdad que nos genera grandes ingresos, pero lo tenemos muy controlado. Contamos con unos empleados que se encargan de todo y unos comerciales que son los mejores de las *Highlands*. La distribución funciona a la perfección y no hay nada de lo que preocuparse; de todas formas, allí está Edwin y es de lo más resolutivo. Quiero estar contigo, es lo único que deseo.

—No me hagas llorar, que estoy muy sensible. No supero la pérdida del intruso —dije con tristeza.

—Lo sé, a mí también me duele mucho, pero todo pasa por algo y estoy seguro de que la vida nos compensará con otro angelito…

—A mí ni se te ocurra preñarme otra vez. —Me reí nerviosa.

—Vendrá cuando tenga que venir. —Ahueco su mano en mi nuca y me besó mientras acariciaba mi mejilla con su dedo pulgar.

—Yo también necesito estar contigo —le dije sin dudarlo, y el beso lo intensificó de tal manera que podía notarse la emoción.

Capítulo 15



Eran las siete menos diez de la tarde cuando la pequeña se levantó pidiendo galletas con leche. Momento en que nos dimos cuenta de que habíamos comprado de todo menos leche.

—Voy en un momento al súper que hay aquí cerca —dijo Sloan.

—Sí, es al que suelo ir asiduamente, menos para el tipo de compras que hemos hecho hoy, que hemos ido a otro más grande.

La pequeña estaba aún de lo más cansada y se quedó tumbada en el sofá viendo la tele, ya que le había puesto el canal de dibujitos.

Mientras tanto, aproveché para cocinar unas pechugas de pollo y dejarlas desmechadas.

Sloan llegó cargado con una caja de seis briks de leche y varias bolsas en la otra mano, a exagerado no le ganaba nadie.

—Pero si ya hicimos una gran compra. ¿Qué más has cogido?

—Lo último, no vuelvo a ir más a ese supermercado. —Su tono era serio y de enfado.

—¿Qué pasó, Sloan? —pregunté preocupada.

—Cogí un carrito de los pequeños para meter la leche y otras cosas que recordé y quería buscar. No te imaginas lo que me pasó: desde que entré, tanto hombres como mujeres, chocaban sus carros contra el mío, y lo más raro es que llevaban una piña bocabajo. Te juro que he pensado que estaba delirando. Sentí que me estaban siguiendo. Creo que me estoy volviendo loco, pero a ese súper no pienso volver.

—Ay Dios, perdona, Sloan. —Me eché a reír—. Se me olvidó el fenómeno que se hizo viral en las redes por una *influencer* que bromeó en un reel y se ha declarado en la cadena de supermercado de ese nombre, la hora del

ligue de siete a ocho de la tarde, y la señal es llevar una piña bocabajo.

—¿¡En serio!? Esto es de locos y, además, yo no llevaba ninguna piña.

—Se fue todo de las manos, pero vamos, que tú has debido ser como un dulce para ellos. Tu físico llama la atención, Sloan —dije antes de carcajearme.

—Lo dicho, no vuelvo a ir, pero a esa hora tampoco vayas tú —me advirtió muy seriamente—. Y no es por celos ni nada por el estilo, pero no quiero que nadie te acose, y hoy yo me sentí así. ¡Qué locura ha sido! ¿En serio necesitan ir chocando sus carros?

—Es como señal de que le gustas.

—Pues parece que hasta a los trabajadores les gusté, porque dos chocaron su carro y me miraron sonrientes. Así decía yo que no pedían ni perdón, y que todos eran unos maleducados —negó incrédulo mientras preparaba el vaso de leche para la peque y un par de cafés para nosotros.

Nos estuvimos riendo por lo menos durante una hora, en la que se fue relajando y entendiendo todo. Le enseñé un montón de reels sobre eso y al final las risas le salían a lo grande.

La pequeña se tomó el vaso de leche con galletas y de nuevo se volvió a quedar dormida. Le eché una mantita por encima y la dejamos en el sofá para no moverla.

—Mañana me gustaría llevar algo a casa de los abuelos —dijo de manera como si también fueran suyos, y eso me gustó de algún modo.

—No hay que llevar nada —sonreí.

—¿Bebe vino tu abuelo?

—Y mi abuela. De vez en cuando comen con su copita de vino.

—Pues compraremos unas buenas botellas para llevarlas.

—Pero que no hace falta.

—Me apetece. —Me agarró la nalga con fuerza y me besó.

Cuando me practicaron el legrado unos días atrás, una de las cosas que el médico me dejó clara es que no podía tener relaciones sexuales por al menos diez días. Sabía que Sloan estaba al tanto de esto, así que no había hecho n el más mínimo intento. Por lo que teníamos una tensión acumulada bastante grande, y no hacía falta decirlo para ambos darnos cuenta.

Nuestras miradas, sonrisas, gestos corporales y expresiones revelaban que estábamos volviendo a vivir nuestro mejor momento.

Debo reconocer que salir del castillo había sido toda una liberación para mí, porque comencé a emparanoiarme con que allí estaba de prestado y de algún modo me sentía como una intrusa, eso que yo solía llamar al que hubiera deseado que fuera mi bebé.

Estuvimos preparando unas empanadillas con el pollo desmechado y un huevo que había cocido previamente, además añadimos una salsa bechamel que él hizo.

La pequeña se volvió a despertar justo antes de la cena, y se vino hacia la cocina donde estábamos terminando de prepararlas.

—¿Ya vamos a desayunar? —preguntó toda desubicada, a la vez que extendía los brazos hacia su papá para que la levantara y abrazara.

—Cariño, vamos a cenar, es de noche.

—¿De verdad?

—Claro, lo que pasa es que tienes el horario un poco cambiado porque has madrugado —le decía moviéndola en sus brazos.

—¿Entonces no hay vaso de leche?

—Te has tomado uno hace un rato, ahora vamos a cenar unas empanadillas fritas que te van a encantar.

—¿Cómo las que tú haces?

—Sí, pero esta vez colaboró Noa.

—Bueno, que yo solo preparé el pollo.

—Lo que más trabajo tiene. —Reía con la niña en brazos, y a mí esa imagen me ponía de lo más tierna.

Sinceramente había que hacerle una ovación y es que las empanadillas estaban riquísimas. La pequeña se comió dos y eso que eran bien grandes, ya que habíamos comprado las masas ya preparadas pero las de gran tamaño.

—Papá, echo de menos mi osito de peluche.

—¿No lo cogiste?

—Sí que lo cogió, en el avión lo tenía —dije intentando recordar dónde estaba.

—Se quedó allí porque se me cayó debajo del asiento y se me olvidó cogerlo cuando el avión se paró.

—Bueno, pues mañana buscamos otro que te guste muchísimo y lo compramos —le dije en tono divertido.

—Vale —sonrió feliz.

La pequeña se metió en el baño para lavarse los dientes, que para eso tenía una habilidad increíble. Luego se fue hacia su dormitorio y se puso a ver unos dibujitos animados en su tableta infantil, en la que solo podía ver lo que su padre le había descargado.

Sloan y yo nos sentamos en la esquina del sofá, él detrás sentado recto, pero con sus piernas arriba y flexionadas, a mí me dejó en medio ladeada y me rodeó con sus manos.

—Así que por poco te ligas a todo lo que se movía por el súper —dije a carcajadas recordándolo.

—Eso parece. ¡Qué imbécil! Y yo pensando en todo menos en eso, desde luego que esas cosas solo pasan aquí en España. —Reía a la vez que me abrazaba.

—No eres ningún imbécil, pero ¿cómo te ibas a imaginar algo así?

Una videollamada de Julieta entró en ese momento y al aceptarla vimos que junto a ella estaba Edwin con una bandera de España. Nos reímos con ese detalle.

A mi amiga se le podía ver en el rostro la felicidad absoluta y eso que ella era la que decía que me había quedado enganchada a Sloan, que sí, que era cierto, pero lo de ella no lo era menos.

La pequeña al escucharnos vino corriendo para meterse en la llamada y se sentó en mi regazo, ya que yo seguía

entre los pies de su padre.

—Hola, asesina.

—Hija, no la llames así o me voy a enfadar ya, las bromas con una vez son suficientes.

—Papá, ella maltrata al tito.

—¡Niña qué dices, eso son palabras mayores! Yo solo le doy collejas de advertencia —le respondió Julieta causando una risa en la pequeña.

—Cómo me defiende mi niña.

—Edwin —le reprendió Sloan.

El tío buscaba a la niña de tal forma que no había manera de frenarlo por mucho que Sloan quisiera, pero se notaba la complicidad que había entre Edwin y la niña, como también era evidente que la pequeña no partía muchas peras con Julieta, parecía que se la tenía sentenciada, aunque debo admitir que tenía gracia en cómo le soltaba las cosas.

entre los pies de su padre.

—Hola, asesina.

—Hija, no la llames así o me voy a enfadar ya, las bromas con una vez son suficientes.

—Papá, ella maltrata al tito.

—¡Niña qué dices, eso son palabras mayores! Yo solo le doy collejas de advertencia —le respondió Julieta causando una risa en la pequeña.

—Cómo me defiende mi niña.

—Edwin —le reprendió Sloan.

El tío buscaba a la niña de tal forma que no había manera de frenarlo por mucho que Sloan quisiera, pero se notaba la complicidad que había entre Edwin y la niña, como también era evidente que la pequeña no partía muchas peras con Julieta, parecía que se la tenía sentenciada, aunque debo admitir que tenía gracia en cómo le soltaba las cosas.

Capítulo 16



Los besos de primera mañana de Sloan eran un bálsamo que me hacía sentir más viva que nunca. Me transportaban a aquellos días en el Caribe, donde se convertía en un pulpo que abrazaba mi cuerpo, demostrando que esto era más que una simple aventura de verano.

La pequeña apareció por nuestra habitación y saltó sobre la cama, abrazándonos con una mano a cada uno. Me la tenía que comer porque era lo más zalamera del mundo.

—Hoy vamos a casa de los abuelitos —dijo como si fueran de ella y los conociera de toda la vida.

—Sí, verás que son adorables.

—¿Ellos me conocen?

—No, pero en cuanto lo hagan, te van a querer un montón.

—¿Les vas a decir que duermes con mi papi?

—Hija, ni se te ocurra soltar nada que no debas, esas cosas son de mayores.

—Eso es que no lo saben y estáis en pecado —dijo riendo a la vez que se iba de la cama corriendo hacia la cocina.

—Las cosas de su tío. —Soltó el aire. Se refería, obviamente, a lo del pecado, ya que era impensable que una niña dijera ese tipo de comentarios.

Nos levantamos y fuimos al baño a lavarnos la cara, pero lo que realmente marcó el momento fue cuando él me tomó por las caderas, presionándome contra el mueble del lavabo mientras sus labios buscaban los míos, como en aquellos días en el Caribe. La tensión en el aire era palpable, y era evidente que estábamos a nada de saltarnos las reglas del médico, preparados para entregarnos a la pasión sin reservas.

—Te deseo demasiado.

—Yo también, Sloan, yo también, pero la niña va a entrar de un momento a otro y sabes que al menos un par de días más debemos esperar, como poco.

—Te vas a librar por eso. —Mordisqueó mi labio.

Cuando llegamos a la cocina, la pequeña ya se había servido un vaso de leche fría y estaba comiéndose un cruasán acompañado de jamón de pavo.

—Mira, ya soy grande, cogí una silla y pude alcanzar a coger las cosas para prepararme el desayuno.

—Si te llegas a caer, no quiero ni imaginar lo que hubieras chillado.

—Ya soy grande papá, no puedo estar llorando por tonterías. —Volteó los ojos y nos quedamos a cuadros sin poder reprimir la risa.

Se pasó todo el desayuno sin parar de presumir que ya sabía decir unas cuantas palabras en español, como agua, pan, leche, hola y casa. La verdad es que se le quedaban las cosas muy rápidamente.

Nos dirigimos en mi coche a una licorería en la que Sloan compró una caja de seis vinos en la que se gastó trescientos euros. Le advertí que era una locura, considerando que mis abuelos solían comprar botellas de tres euros, pero a él eso le dio igual porque tenía claro cuáles quería.

Abrí la verja de entrada y nos dirigimos por el sendero que conducía a la casa hasta la misma puerta, donde estaban mis abuelos sentados charlando y se levantaron para saludarnos. No me equivoqué cuando, sin dudarlo, se dirigieron a la pequeña a la que le dieron todas las atenciones. Lo que me pude reír, ya que ellos no hablaban inglés y la pequeña no entendía español. En cambio, Sloan se manejaba con soltura en nuestro idioma y además tenía nociones de francés y portugués.

Yo sabía que mis abuelos no iban a pedir explicaciones de nada, pero les conté que conocí a Sloan durante nuestro viaje al Caribe y que por eso decidimos ir a Escocia a visitarlos. También les conté que Julieta se había quedado un tiempo más en su castillo. Mis abuelos alucinaban con la idea de un castillo, ya que les recordaba a las películas que tanto les gustaban.

Sloan y mi abuelo se quedaron todo el tiempo en el porche tomando uno de esos vinos que había traído, mientras mi abuela, la niña y yo terminábamos de preparar la comida. Me pasé todo el tiempo traduciendo a ambas, a la vez que enseñaba a Olivia nuevas palabras que ella repetía felizmente.

Mi abuela no era tonta y con pocas palabras me daba a entender que había elegido una familia muy bonita. A m me sacaba una sonrisa y eso que no sabía todo lo que había sucedido en estos días.

Estaba comentándome una cosa mi abuela cuando nos giramos y vimos en la mesa a la niña con un puchero de lo más grande y aguantando de llorar hasta que reventó.

—¿Qué te pasa? —pregunté cuando me di cuenta de que se le había roto un cuchillo sin filo con el que estaba cortando unos pimientos, ya que quería ayudar.

—Ay, mi niña, no llores que ese estaba viejo, y hay muchos —le dijo mi abuela y la pequeña la miró sin entender nada, pero percibiendo que ese tono no era de reprimenda. Le traduje para que supiera lo que le había dicho.

Mi abuela se sentó en la silla de al lado y la hizo sentar sobre su regazo. Se la comió a besos y Olivia comenzó a reír feliz. Parecía que le afectaba el romper algo de la abuela, como si la admirara mucho, y es que no dejaba de sonreírle todo el tiempo y mirarla con ternura.

Preparamos la mesa en el salón mientras los hombres seguían charlando en el porche, plácidamente sentados en dos sillones antiguos que mis abuelos mantenían de lo más cuidados. Olivia fue a decirles que la mesa ya estaba lista.

La pequeña estaba pendiente en todo momento a mis abuelos para que no se tuvieran que mover mucho y les acercaba de la mesa el pan, las servilletas o lo que viera que necesitaban. Era como si entendiera perfectamente que ellos ya tenían una edad y debían ser cuidados. Los miraba con un amor tan puro que resultaba difícil de explicar.

Mi abuelo y Sloan no dejaban de hablar de un montón de temas y se les veía de lo más cómodos, como si se conocieran de toda la vida.

Hubo un momento que la pequeña se llevó la mano a la boca y su padre la reprendió en tono bajo, pero mi abuela no se pudo contener.

—Déjala, es una niña, mira que Noa se comía hasta la tierra del terreno a esa edad.

—De ahí que tuviera una vez arenilla en el riñón y me diera un cólico —dije bromeando.

Sloan sonrió, comprendiendo que su hija en esta casa ya era el ojito derecho de mi abuela, y que lo mejor sería que no la riñera mucho porque iba a salir siempre en su defensa.

Olivia comenzó a recoger la mesa cuando terminamos de comer, ayudando a mi abuelo y a Sloan, que fueron los que se encargaron de ello mientras nosotras preparábamos el café.

La pequeña cuando vio que todo estaba listo se fue al sofá, se tumbó tan pancha y se quedó dormida. Mi abuela, al verla, fue a buscar una mantita para cubrirla y le puso una almohada bajo la cabeza.

Estuvimos con ellos hasta después de cenar, ya que quería que probasen el puchero que mi abuela había preparado por la mañana. Sloan no dudó en aceptar; se le notaba tan cómodo que comenzaba a revelar una parte muy familiar a la que le daba mucho valor.

La pequeña le prometió a mi abuela que volvería a verla muy pronto en estos días. Todo esto era con mi traducción en todo momento. Se fundieron en un precioso abrazo, el mismo que luego tuvo con mi abuelo que, aunque no había pasado tanto tiempo con la niña, se le veía a baba caída. Olivia se ganaba a la gente con esa cara tan dulce que tenía.

Me senté en el asiento de atrás con la pequeña, a la que acomodamos en la sillita que habíamos comprado en el súper el día anterior cuando fuimos a la gran compra.

La pequeña estaba rendida y es que había correteado por toda la casa, las tierras y había disfrutado de un día que para ella se notó que fue especial. Debía haber visto en ellos, los abuelos que no tuvo en los padres de Sloan, con los que apenas tenían contacto.

Sloan conducía muy bien, a pesar de estar acostumbrado a conducir por el lado contrario en su país. Confié plenamente en él y me sentí de lo más segura. De todas maneras, no era la primera vez que conducía así porque ya lo había hecho con anterioridad en otros países, incluido este en el que había estado en más de una ocasión.

No dejaba de pensar en que llevaba unos días que no había subido nada de contenido, aunque las colaboraciones las llevaba al día y bien, dado que yo trabajaba en bloques de tres meses y las de este trimestre estaban todas casi subidas, y las que me faltaban las tenía grabadas desde antes de irme a Escocia para subirlas los días pactados, pero a mi contenido personal le faltaba algún vídeo que haría en los próximos días.

Olivia comenzó a recoger la mesa cuando terminamos de comer, ayudando a mi abuelo y a Sloan, que fueron los que se encargaron de ello mientras nosotras preparábamos el café.

La pequeña cuando vio que todo estaba listo se fue al sofá, se tumbó tan pancha y se quedó dormida. Mi abuela, al verla, fue a buscar una mantita para cubrirla y le puso una almohada bajo la cabeza.

Estuvimos con ellos hasta después de cenar, ya que quería que probasen el puchero que mi abuela había preparado por la mañana. Sloan no dudó en aceptar; se le notaba tan cómodo que comenzaba a revelar una parte muy familiar a la que le daba mucho valor.

La pequeña le prometió a mi abuela que volvería a verla muy pronto en estos días. Todo esto era con mi traducción en todo momento. Se fundieron en un precioso abrazo, el mismo que luego tuvo con mi abuelo que, aunque no había pasado tanto tiempo con la niña, se le veía a baba caída. Olivia se ganaba a la gente con esa cara tan dulce que tenía.

Me senté en el asiento de atrás con la pequeña, a la que acomodamos en la sillita que habíamos comprado en el súper el día anterior cuando fuimos a la gran compra.

La pequeña estaba rendida y es que había correteado por toda la casa, las tierras y había disfrutado de un día que para ella se notó que fue especial. Debía haber visto en ellos, los abuelos que no tuvo en los padres de Sloan, con los que apenas tenían contacto.

Sloan conducía muy bien, a pesar de estar acostumbrado a conducir por el lado contrario en su país. Confié plenamente en él y me sentí de lo más segura. De todas maneras, no era la primera vez que conducía así porque ya lo había hecho con anterioridad en otros países, incluido este en el que había estado en más de una ocasión.

No dejaba de pensar en que llevaba unos días que no había subido nada de contenido, aunque las colaboraciones las llevaba al día y bien, dado que yo trabajaba en bloques de tres meses y las de este trimestre estaban todas casi subidas, y las que me faltaban las tenía grabadas desde antes de irme a Escocia para subirlas los días pactados, pero a mi contenido personal le faltaba algún vídeo que haría en los próximos días.

Capítulo 17



Llevábamos una semana instalados en mi casa y todo iba viento en popa. Sloan tenía sus rutinas pilladas y es que se levantaba el primero, salía a correr, regresaba con el pan recién hecho, desayunábamos, se ponía a revisar sus cosas en su portátil, jugaba con la niña y le enseñaba a escribir y leer, y conjuntamente hacíamos la comida y las cosas de la casa.

Sloan me confesó que el castillo lo adquirieron por cabezonería de ambos, con la intención de renovar su interior por completo, eliminando cualquier rastro de un pasado manchado de infidelidades, especialmente las de su madre en la misma casa que vivía con la suya. Tenían muchos momentos de sus vidas y de sus familias muy presentes, ya que eran inseparables, por eso crecieron juntos.

He de decir que cuando su padre tuvo el romance con la madre de Edwin y la dejó embarazada, era un secreto total, incluso para su madre. La madre de Edwin nunca le contó a su marido que su hijo no era fruto del matrimonio, como ya me había contado anteriormente, y se murió sin saber la verdad. Además, se descubrieron muchas otras cosas que ellos no estaban dispuestos a perdonar. Sloan no sentía ningún apego por el castillo, pero, por ahora, les resultaba útil por la producción de *whisky* que allí tenían; sin embargo, las intenciones de ambos eran irse a vivir al pueblo más adelante y por separado.

Me hizo reír a carcajadas cuando me contó cómo les surgió la idea de montar la última planta en plan Caribe, ya que eso era lo que más podría incomodar a sus padres, que eran de lo más tradicionales.

Para entender bien la situación, es fundamental saber que sus padres habían heredado el castillo, al igual que muchos de sus antepasados. Sin embargo, ellos tenían un cariño especial por otro castillo del que siempre hablaban. Cuando este último salió a subasta, no lo dudaron dos veces, lo compraron y se mudaron a vivir allí, decidiendo poner el otro a la venta.

Fue justo en ese momento, cuando Edwin y Sloan comenzaron a poner entre las cuerdas a su padre, logrando hacerse con él a cambio de una cantidad insignificante de dinero para justificar la compra notarialmente. Y no solo eso, le exigieron una considerable parte económica de la herencia de sus abuelos, y eso que, en el caso de Sloan, ya había recibido un anticipo millonario. Yo le decía que eran dos descarados muy listos, y él solo se reía.

Sloan era un hombre íntegro, pero claro, no tonto; y si habían jugado con él en muchas cosas que le taparon y que le afectaban directamente, optó por mirar por su propio bienestar, ya que, como dije, lo de Edwin no fue un caso aislado, sino solo una de las muchas decepciones que enfrentó.

El caso es que Sloan tenía dinero para vivir cuatro vidas a cuerpo de rey, pero amaba lo de su producción, porque encima era de las más reconocidas y codiciadas del país. Ambos estaban muy orgullosos de sus licores, como tantas veces repetían.

Con tantas confesiones me daba a entender que le daba igual vivir donde fuese, que aquello tampoco lo consideraba su casa, que lo único que quería era estar conmigo. A mí me estaba demostrando con hechos lo que sus palabras decían y eso lo valoraba enormemente.

Aún no habíamos tenido nuestro primer encuentro sexual desde que nos volvimos a ver, pero él quería ser muy prudente debido al legrado, tomándose su tiempo para asegurarse de que estaba completamente recuperada. Aunque, estaba convencida de que esta noche sería la noche, porque no dejaba de insinuarse de mil maneras durante todo el día, lo que a mí me provocaba sonreír de mil formas diferentes.

Olivia cada día aprendía más español y ya decía alguna que otra fase de dos o tres palabras que yo celebraba con entusiasmo para motivarla a seguir aprendiendo. Era un adorable lorito, al que cada día estaba más unida.

Julieta me llamaba a diario, y siempre terminaba diciéndome que su vida estaba en las *Highlands*. Era evidente que, por ahora, no tenía ni el más mínimo interés en regresar, pero si allí era feliz, bien que hacía en quedarse.

—¿En qué piensas? —dijo apareciendo por la cocina y poniéndose detrás de mí mientras yo fregaba los platos. Él venía de acostar a la niña.

—En todos, en ti, en la niña…

—¿Y qué conclusión sacas? —Metió su mano por dentro de mi pantalón de pijama y di un respingo que el fren con su cuerpo.

—La niña —dije cuando noté sus dedos entrando en mi vagina.

—La niña está dormida… —murmuró en mi oído mientras su otra mano se iba a mis pechos.

—Esto es una encerrona —dije con la voz entrecortada, ya que comenzaba a excitarme de una manera descomunal. Mi piel estaba erizada por completo y mis pechos con los pezones tan duros que los podía pellizcar fácilmente.

—Lo es, pero tú lo estabas deseando. —Sentía su pene erecto presionando contra mis nalgas.

Comenzó a mover sus dedos en círculos, provocando un placer intenso que se volvía insoportable; necesitaba correrme o iba a estallar. La tensión acumulada durante tanto tiempo me llevó a alcanzar el clímax rápidamente.

Me bajó por completo el pantalón y alzó mis caderas, penetrándome desde atrás. Una mezcla entre romántico y salvaje a la vez así era Sloan, y así lo conocí en el Caribe.

Las estocadas eran fuertes y precisas, a un ritmo constante que no interrumpía. Su forma de poseerme me volvía completamente loca.

—¿Os habéis quedado pegados? —Esa pregunta, en tono dulce, nos hizo girar el cuello de inmediato.

—Ahora explícale a tu hija cómo me has tenido que hacer la reanimación —dije a la vez que nos girábamos para quedar de espaldas a ella y subirnos el pantalón, aunque era yo la que lo tenía en el suelo, ya que él solo se lo había bajado un poco por delante. Lo peor fue la tienda de campaña de su padre, que tuvo que cubrirse con las manos cruzadas. Eso sí, el polvo nos lo había cortado en seco.

—Papá, ¿qué es reanimar?

—Hija, se le ha caído el pantalón y para que no la viera ningún vecino por la ventana la he tapado corriendo, poniéndome detrás.

—Papá, hay un muro rodeando la casa y no nos ven los vecinos.

—¿Qué no? Ahora tienen unos prismáticos que doblan las esquinas y ven a través de los muros. ¿Por qué te has desvelado?

—Porque escuche a Noa ahogarse y parecía que agonizaba.

—Sí, de la vergüenza que pasó por habérsele caído el pantalón.

—Me voy a la cama —dijo girándose y corriendo de nuevo hacia la habitación.

—Acabo de traumar a la niña por partida doble, por los gritos y por la escena en la que nos encontró —negué soltando el aire con fuerza.

—El que está traumatizado soy yo, que me he quedado sin rematar lo que empecé. —Me echó la mano por el hombro riendo—. ¿He sido convincente?

—No, pero dado que tu hija se entera de lo que le da la gana, puede que lo haya aceptado como excusa por no haberle producido interés alguno. —Aguanté la risa.

—Si es que me pierdes y no pienso en las consecuencias. —Se pegó a mí por detrás otra vez.

—Ni se te ocurra, nos vamos a la habitación y si pasa algo, al menos que nos pille debajo de las sábanas.

—Tienes razón. —Me dio un pellizco en la mejilla y terminé de recoger lo que había fregado.

En la habitación, nos dimos la del pulpo, liberando toda la tensión acumulada y acabamos disfrutando de un emocionante triplete.

Me encantaba el modo en que me elevaba Sloan, y perderme en ese perfecto cuerpo desataba una locura indescriptible en mi interior.

Estaba feliz, solo esperaba que la vida nos permitiera continuar juntos y no nos cortase las alas. Me daba mucho miedo la idea de pasar un solo día sin ellos, ya que la niña se había convertido en una parte esencial de mi

—No, pero dado que tu hija se entera de lo que le da la gana, puede que lo haya aceptado como excusa por no haberle producido interés alguno. —Aguanté la risa.

—Si es que me pierdes y no pienso en las consecuencias. —Se pegó a mí por detrás otra vez.

—Ni se te ocurra, nos vamos a la habitación y si pasa algo, al menos que nos pille debajo de las sábanas.

—Tienes razón. —Me dio un pellizco en la mejilla y terminé de recoger lo que había fregado.

En la habitación, nos dimos la del pulpo, liberando toda la tensión acumulada y acabamos disfrutando de un emocionante triplete.

Me encantaba el modo en que me elevaba Sloan, y perderme en ese perfecto cuerpo desataba una locura indescriptible en mi interior.

Estaba feliz, solo esperaba que la vida nos permitiera continuar juntos y no nos cortase las alas. Me daba mucho miedo la idea de pasar un solo día sin ellos, ya que la niña se había convertido en una parte esencial de mi

Capítulo 18



Esa mañana, al despertar, tenía a la niña acurrucada a mi lado en la cama. Sloan ya había salido a correr, y Olivia había cogido la costumbre de ocupar su lugar y venirse conmigo el primer ratito de la mañana.

Era primero de noviembre y ya llevaban instalados aquí más de un mes, un tiempo en el que todo había dado un giro inesperado. ¿Quién me iba a decir a mí que tras ese viaje al Caribe cambiaría tanto mi vida?

Me sentía feliz, pero bien es cierto, que tenía una inquietud por dentro al haber ocasionado que nos viniéramos de esa manera tan repentina. Y, aunque Sloan jamás me hizo el más mínimo comentario de reproche al respecto, sabía que habían dejado toda su vida atrás de manera precipitada al venirse conmigo, y eso me hacía sentir de algún modo culpable.

Julieta seguía en el castillo, disfrutando de la compañía de Edwin, desde allí grababa su contenido y, la verdad, es que le funcionaba de maravilla. Yo, por mi parte, tampoco tenía motivos para quejarme, ya que había subido mucho en este tiempo, y Sloan me había servido de gran ayuda aportándome ideas que habían sido buenísimas para sorprender a mis seguidores.

—Hola, mi preciosa niña —murmuré cuando se giró desvelándose mientras se abrazaba a mí.

—Estoy triste…

—Pero ¿qué te pasa? —me preocupé rodeándola con mis brazos y besándole la frente.

—Echo de menos al tío Edwin y a las chicas del castillo —dijo con un nudo en la garganta.

—Pero no llores.

—Es que no quiero poner triste a mi papá, yo sé que él quiere estar aquí.

—Te prometo que vamos a ver al tío muy pronto, ¿me crees?

—¿De verdad? —Una sonrisa se le escapó por completo.

—Te lo he prometido y yo jamás te mentiría en algo así.

—Pero si vuelvo al castillo a ver al tito y a las chicas, tú tienes que venir con nosotros porque yo no me quiero separar de ti —me confesó abrazada a mí—. Y tampoco quiero dejar de ver a los abuelos. Nunca tuve una familia así tan grande —dijo derramando unas lágrimas—. A pesar de que Rose me quiere mucho y se preocupa por mí, no duerme conmigo ni me cuida como tú lo haces. Ella solo quiere estar con papá.

—¿Cómo que solo quiere estar con papá?

—La escuché decirle a Hanna muchas veces, sin que ella se diera cuenta, que Sloan sería para ella y que aceptaba cuidarme solo para estar cerca de él.

—¿Nunca se lo has dicho a papá?

—No, porque si no, me habría quedado solita sin nadie que me cuidara. —Se secó las lágrimas.

—Escúchame, mi vida. Jamás dudes en contarle las cosas a tu papá, él te va a proteger como nadie. Que no se te olvide nunca.

—Yo quiero a las chicas, pero a Rose y a Hanna, no. Las escuché decir cosas horribles. —Lloraba más aún.

En ese momento, sentí que entraba Sloan y las dos nos miramos. Vino directo hacia la habitación después de dejar el pan en la cocina.

—Buenos días. —Entró sonriente, pero pronto se le cambió la cara al ver a la niña abrazada a mí y con los ojos llorosos.

—Buenos días, amor, se levantó un poco susceptible —dije haciéndole un gesto y un guiño como que luego le comentaba.

—¿Mi pequeñaja triste con lo que la queremos? —Se acercó y le echó los brazos para cogerla—. Ahora cuando me duche os voy a preparar un desayuno de lo más rico. ¿Os apetece?

—Sí, papi —dijo con un nudo en la garganta, y le hice otro gesto al padre que la sujetaba de espalda para que se duchase y me dejara con ella.

Me la llevé a la cocina y le preparé su vaso de leche con cacao para sentarme junto a ella.

—Mi vida, vamos a ir a visitar al tito, pero necesito que me cuentes qué cosas horribles las has escuchado decir

—Cuando tú llegaste, creo que fue al día siguiente, escuché a Rose decirle a Hanna que tenía que echar en tu plato unas gotas para interrumpir el embarazo, creo que no querían que tuvieras un bebé —dijo sin saber si yo había estado embarazada, y dejándome en *shock.*

»Le decía que no te ibas a salir con la tuya, y que había escuchado conversaciones que habías tenido con Julieta. Cuando fuiste al hospital porque estabas malita, le dijo a Hanna que todo había salido bien con lo que te habían echado, pero yo pensé que te ibas a morir si seguías allí. Por eso quise venirme contigo y con papá, para ponerte a salvo cuando me lo dijisteis.

En ese instante, me vinieron a la mente la de veces que me había advertido Julieta sobre que veía muy turbias y oscuras a Hanna y Rose, que no se fiaba ni un pelo de ellas. Que delante de Edwin ponían una cara, pero cuando ella estaba a solas, le ponían otra. Todo cobraba sentido, pero ¿de verdad habían conspirado en mi contra llevándose por delante la vida de mi bebé? Me iba a volver loca…

Una profunda tristeza me invadió y me di cuenta de que en ese castillo habían pasado cosas extrañas, como cuando Julieta me confesó haber visto a Hanna y a Rose realizando un extraño ritual en la cocina, y que yo, en ese momento, me tomé a broma. ¿Acaso habían logrado con eso hacerme sentir tan mal en ese lugar?

Sloan salió de la ducha y nos miró para ver cómo estaba la cosa, a la vez que se ponía a preparar el desayuno. Le hice un gesto para que no preguntase nada, que ya hablaríamos a solas.

—¿Qué os parece si nos tomamos el café en el bar del parque y así mientras mi niña puede jugar? —pregunté dirigiéndome a ella.

—¡Sí! —gritó feliz y al padre le salió una sonrisa.

—Claro, desayunamos y nos vamos —me respondió entendiendo que era la oportunidad de que pudiéramos hablar relajadamente mientras Olivia jugaba.

Y eso hicimos, desayunamos hablando con mi abuela por altavoz y quedando en que iríamos a verla para comer después de ir al parque.

La pequeña corrió hacia el tobogán donde había un par de niñas y varios niños jugando, dado que era sábado y el día estaba buenísimo, a pesar de estar en pleno otoño.

—¿Qué pasó, mi vida? —me preguntó Sloan y rompí a llorar.

Le pedí que no me interrumpiera hasta que terminara, y le conté lo que Julieta pensaba de Hanna y Rose, cosa que yo no le había echado cuenta porque pensé que eran cosas de ella. Sin embargo, hoy la pequeña me sorprendió diciendo que echaba de menos a Edwin y al contarme esos comentarios que me dejaron destrozada.

—Tengo que regresar al castillo mañana mismo. —Fueron sus primeras palabras cuando di por finalizado lo que le quería contar.

—¿Tienes o tenemos? —pregunté nerviosa por no incluirme en sus planes, y es que yo quería estar a su lado en las buenas y en las malas.

—Tenemos, quería escucharlo de tu boca…

—Yo voy contigo al fin del mundo, Sloan.

—Lo sé. Hace menos de dos meses que te hicieron el legrado, estamos a tiempo de muchas cosas.

—No te entiendo.

—Lo entenderás todo. —Sus ojos estaban húmedos.

Se puso en pie, cogió su teléfono y comenzó a hablar, pero estaba a tanta distancia que no lo podía escuchar. Su expresión era seria y de enfado, aunque realmente lo que transmitía era rabia y dolor.

—Mañana salimos en el primer vuelo, ahora compraré los pasajes. Tengo todo preparado, solo te pido que ni con Julieta ni con nadie hables de esto, ni siquiera que vamos a viajar, no sabemos quién nos puede estar escuchando. Solo quiero pedirte un favor muy grande…

—Sí, dime.

—Necesito que Olivia se quede en casa de los abuelos unos días. Vendremos a por ella cuando todo se solucione, pero no quiero que vea las cosas que van a pasar.

—Sloan me estás asustando, no quiero que hagas ninguna locura.

—No voy a arruinar mi vida, ni la de vosotras haciendo nada que pueda causarnos problemas. Sé hacer las cosa bien. Confía en mí. —Me dio un beso en la mejilla.

Olivia venía hacia nosotros, y Sloan me dijo que le siguiera la corriente. Entendí que le iba a decir a la niña lo de los abuelos.

—No te vas a creer lo que me ha pasado —le dijo a su hija poniendo cara de estar alucinado.

—Dime, papá —preguntó ella curiosa.

—¿Te acuerdas del castillo que viste en la tele y que te dije que se lo pidieras a Santa Claus?

—Sí. ¡Lo quiero!

—Pues me acaban de contar que solo queda uno y que si lo venden no se lo podrá llevar Santa Claus.

—¿Y me voy a quedar sin él? —preguntó apenada.

—No, me tienen que matar, hija —dijo él haciéndose el chulillo—. Mañana mismo Noa y yo, vamos a ir a ese país donde está el castillo y nos vamos a hacer con él cueste lo que cueste. Lo vamos a pagar a medias y ya le pides a Santa Claus otra cosa, ya que el castillo te lo regalaremos nosotros.

—¿Y me vais a dejar sola? —preguntó transformando su cara en terror.

—Por favor, eso los abuelos no lo permitirían —le dije yo sabiendo por dónde iba todo.

—¡Sí! Yo cuido a los abuelos y vosotros vais a rescatar mi castillo.

—Dirás que te van a cuidar ellos, porque esos dos están mejor que nosotros tres juntos —dije entre carcajadas porque era la verdad. Mis abuelos tenían una salud y fuerza que era impresionante. Además, que tenían muy buen aspecto.

Y así lo hicimos. Regresamos a casa para prepararle la ropita, los juegos, los libros y la tableta antes de ir a contarles a mis abuelos que necesitábamos que la cuidaran por unos días.

—Como si me la tengo que quedar hasta que cumpla la mayoría de edad y sea toda una mujercita —dijo mi abuela feliz.

Yo sabía que a estas alturas Olivia ya era la dueña de esa casa, se los había metido por completo en el bolsillo.

Comimos y merendamos con ellos antes de regresar para preparar nuestras cosas, al menos las mías, dado que é tenía de todo en su planta del castillo.

Se le notaba a Sloan un tanto triste, ya que nunca se había separado de su hija, pero si la dejaba apartada, entre otras cosas, sabía que era para protegerla de algún modo y mantenerla al margen. Ni yo sabía cuáles eran sus intenciones, solo que estaba de lo más nervioso y no dejaba de tener la mente en blanco.

Comimos y merendamos con ellos antes de regresar para preparar nuestras cosas, al menos las mías, dado que él tenía de todo en su planta del castillo.

Se le notaba a Sloan un tanto triste, ya que nunca se había separado de su hija, pero si la dejaba apartada, entre otras cosas, sabía que era para protegerla de algún modo y mantenerla al margen. Ni yo sabía cuáles eran sus intenciones, solo que estaba de lo más nervioso y no dejaba de tener la mente en blanco.

Capítulo 19



Nos levantamos muy temprano, ya que el vuelo despegó a las siete de la mañana, así que llegamos temprano y cogimos un taxi hacia Inverness. Sin embargo, le había dado una dirección que no era la del castillo.

Hizo un par de llamadas; una, para decir solamente que habíamos aterrizado y otra, para confirmar que estábamos llegando al lugar. Yo no quería preguntar nada porque ya me dejó claro el día anterior que dejara todo en sus manos, vamos, una forma educada de decirme que no me metiera. La realidad es que yo confiaba en él.

Lo sorprendente es que terminamos en un laboratorio en el que ya me esperaban para sacarme sangre.

Una vez me tomaron la muestra, nos fuimos a una cafetería mientras analizaban los resultados.

—Edwin y Julieta ya saben que estamos aquí, por eso salí a hacer la llamada cuando recibí otra —se refirió cuando estábamos en el laboratorio—. En estos momentos acaba de entrar la policía científica en el castillo y tienen a todos los empleados fuera mientras registran las habitaciones de Hanna y Rose, además de la cocina.

»Creo que te suministraron algo que les damos a los caballos cuando el embarazo viene mal, si es así, saldrá en los resultados de la analítica que están buscando concretamente esto. Ayer, desde las tierras de tus abuelos hablé con un amigo que es el jefe de la policía científica aquí, le comenté esto y acordamos, con mi autorización, que hoy registrarían por si encontraban alguna muestra de eso en su poder, así podemos apoyar la denuncia que interpondré contra ellas si la analítica sale positiva.

—¿Y cómo no se dieron cuenta en la clínica cuando fuimos y me hicieron el legrado?

—Porque creyeron que fue algo espontáneo, en ningún caso sospecharon que pudiera haber sido intencionado.

—Si esa hija de puta se llevó a mi bebé por delante, te puedo jurar que antes de que la juzguen intente desaparecer de mi vista y que no la encuentre, porque si no, la juzgada seré yo.

—Noa, confía en mí. No les vamos a dar el poder de meternos en problemas, las únicas que los tienen son ella y la otra, que es lo que se intentará demostrar si las pruebas determinan que sí hay restos en tu cuerpo. Si nos arrebataron algo que nos pertenecía, eso no quedará impune.

Veinte minutos más tarde, mientras seguíamos esperando los resultados, lo llamó el jefe de policía confirmando que en la habitación de Rose había una dosis por la mitad y que, además, cuando se les comunicó a ambas que iban a ser acusadas, Hanna contó que Rose la amenazaba con que hiciera lo que le ordenaba o haría que perdiera su empleo.

Obviamente, los resultados fueron positivos y claros, es más, nos confirmaron que debía tomar un tratamiento para ayudar a que desapareciese en su totalidad de mi organismo. Claramente también nos dijeron que mientras hubiera restos, yo no debería quedarme embarazada porque eso actuaría inmediatamente, no permitiendo el proceso natural. La cara de odio de Sloan era tan fuerte que no lo reconocía.

Tanto Hanna como Rose fueron detenidas y pasaron a disposición judicial para que un juez las mandara de manera inminente a prisión preventiva hasta juicio, dado que había pruebas suficientes y estaban interrogando aún en el castillo a todos los trabajadores para sacar alguna información más.

Fuimos a las dependencias policiales donde ya le esperaba allí al que me presentó como su abogado y que nos ayudó, aconsejó y recomendó para interponer la denuncia.

A la salida, estaban esperándonos Julieta y Edwin. Nos abrazamos las dos rompiendo a llorar. Los hermanos también se dieron un emotivo abrazo. Nos saludamos todos de esa forma y nos dirigimos hacia el castillo. Esta vez, por Sloan, me iba a mantener firme, dura y no dejar que ese lugar ni su gente me consumiera, porque eso es lo que me pasó.

Margot estaba destrozada, con lágrimas en los ojos y sin poder creer lo que sucedía. Se notaba que nunca había estado al tanto de nada y, es más, según me comentó Sloan, de un tiempo a esta parte, le había transmitido que no le gustaba la amistad que estaban teniendo Hanna y Rose, que siempre andaban con miraditas y cuchicheando.

Sobre las siete de la tarde el inspector de policía se tomó un té con nosotros, y nos contó que había descubierto que Rose tenía amedrentados a muchos trabajadores a los que les hacía creer que era la novia de Sloan y que pronto él lo anunciaría. Habían descubierto, además, que tanto Hanna como Rose tenían en sus habitaciones objetos dispuestos de tal manera que evidenciaban la realización de algún tipo de ritual.

Julieta estaba más descompuesta que yo, y no paraba de murmurar que este lugar le estaba dando un asco increíble. No se cortó ni un pelo en repetirlo varias veces, sin importarle que los chicos la escucharan.

Las dos nos fuimos a la planta de Edwin para preparar la cena, dejando a los chicos conversando a solas, conscientes de que era lo que necesitaban. Fue evidente, ya que nos invitaron a ir preparándola mientras ellos se tomaban juntos una copa de vino. El inspector ya se había marchado hacía un buen rato.

—Me quiero ir de aquí, pero a la de ya, no me fio de nadie. Si Edwin me quiere tanto como dice, que haga lo

mismo que Sloan, que no dudó en coger carreta y manta —decía decidida—. Me voy con vosotros tal y como regreséis. Lo que te han hecho es inaceptable y, sinceramente, no confío en nada de aquí, además, al final hacemos vida en la planta y el porche, ¿para qué quiero vivir en un castillo cuando en mi casa tengo todo esto con mucha más privacidad?

»Este maldito castillo no lo quieren ni ellos, todo fue para ir en contra del padre de ambos, el biológico. Que trasladen la producción a otro lado o hagan lo que quieran, pero yo me largo de aquí, y más le vale al escocés que le dé por seguirme, porque de lo contrario, le cierro las puertas para siempre.

—Relájate, ¿vale? Yo pienso igual que tú, pero ahora estás muy alterada.

—A saber, qué me dieron a mí el mes pasado porque, te recuerdo, que estuve con gastroenteritis una semana.

—Sí, lo recuerdo. Espero que no tenga nada que ver, pero creo que iban a por mí, ya que nos escucharon hablar del embarazo. Rose, al estar obsesionada con Sloan, pudo haber provocado todo esto, aunque no creo que hayan ido a por ti.

Preparamos la cena con calma, pero una hora después, ni rastro de los chicos, por lo que les enviamos un mensaje pidiéndoles que subieran a cenar.

Por la cara de Sloan, presagié que algo nos iban a anunciar y vaya si lo hicieron…

—Por la salud mental de todos, y para que tanto Edwin como yo, nos liberemos de ese odio que nos mantiene atados a estas tierras, hemos decido que se pondrá el castillo a la venta desde este momento, con el personal incluido. Tenemos varias propuestas desde hace mucho tiempo ofreciéndonos un dinero considerable por esto y la producción.

—¿¡Vais a dejar la producción!? —preguntamos al unísono.

—Siempre constaremos como sus fundadores —dijo Edwin sonriendo y arqueando la ceja—. Queremos estar con vosotras, y lo hemos demostrado. Ambos soñamos con una vida normal, obviamente, si es en Escocia mejor, pero si el poder estar a vuestro lado depende de hacer nuestra vida en España, lo haremos con una sonrisa de oreja a oreja.

—Te como entero, mi niño —le dijo Julieta tirándose a sus brazos—. Por cierto, os recuerdo a vosotros que habéis dejado a una niña en España y esto os llevará tiempo.

—Lo tengo en cuenta —murmuró Sloan—. Mañana tenemos programada una reunión por la mañana en Inverness con uno de los inversores que conocen el estado del castillo tal cual está ahora, después de las obras. Es uno de los más interesados. Si se cierra acuerdo, no daremos muchas más vueltas al asunto, queremos hacer todo lo antes posible. Sobre la marcha iré viendo los tiempos y determinando lo de la niña.

Capítulo 20



En los siguientes días, se podía notar la tensión en el castillo; la inquietud era evidente en las caras de los trabajadores, quienes ya habían sido informados de que Edwin y Sloan habían cerrado un trato de venta de las tierras, que hoy, precisamente, iban a firmar, cinco días después.

Julieta iba con una sonrisa de oreja a oreja todo el tiempo, queriendo hacer ver que estaba contenta con la decisión. Seguía sin fiarse en nadie.

Olivia se sentía feliz con los abuelos y se emocionó muchísimo cuando le contamos que su tito se mudaría a España y que ya no tendría que ver más a Rose ni Hanna. Estaba completamente emocionada y contando los días para vernos. Aunque disfrutaba de su tiempo en el pueblo, donde iba a dar muchos paseos con la abuela para ir a comprar, nos echaba mucho de menos.

La gracia fue que desde que se desmontó todo, no comíamos nada de la cocina. Nosotras mismas íbamos a hacer la compra y cocinábamos para los cuatro.

El día anterior, el inspector nos había informado que los padres de Sloan estaban involucrados en todo, utilizando a Rose como su marioneta para manipular la situación desde la distancia.

Estos días habíamos paseado mucho las dos por la ciudad, ya que ellos tuvieron mucho jaleo de asesores y movimientos para poder irse dejando todo lo más resuelto posible.

Julieta ya tenía muchas ganas de regresar a su casa y, aunque las *Highlands* eran preciosas, para nosotras había sido el lugar donde habíamos tenido que vivir las cosas más feas. Queríamos regresar a nuestra vida, donde el poder, la avaricia y la maldad no cabían en nuestro día a día.

Los chicos ya tenían todas sus pertenencias embaladas y, tal como regresaran de la firma, abandonaríamos la finca para entregársela al nuevo propietario, quien se presentaría ante los trabajadores. Ellos ya se habían despedido del personal para no hacer ningún circo cuando saliésemos de allí.

Cuando regresaron, lo primero que vimos fueron sus caras de felicidad al haberse despojado de todo su pasado,

y sintiéndose libres para poder hacer lo que les diera la gana.

Yo sabía que lo que más deseaba Sloan era reunirse con su hija, que a pesar de adorar y respetar a mis abuelos de manera infinita y ser consciente de que la estaban cuidando, mejor incluso que nosotros, la echaba mucho de menos.

Nos fuimos, dejando atrás hasta sus coches que habían vendido al mismo inversor y dentro del lote. Un taxi nos recogió, ya que íbamos sin equipaje dado que todo lo que tenían lo habían enviado el día anterior por paquetería hacia España y que llegaría al día siguiente.

El vuelo se sintió como un alivio para los cuatro, liberándonos de la tensión acumulada en los últimos días, donde todo había parecido de lo más irreal, pero fue cierto. Atrás solo quedaba un juicio pendiente al que asistiríamos cuando llegara el momento y nos notificaran, nada más.

Llegamos tarde, por lo que decidimos ir a la mañana siguiente a casa de mis abuelos dado que no queríamos dejarlos desvelados esperándonos, pero Sloan se moría por abrazar a su pequeña.

Sloan buscó mi cuerpo y se mostró de una manera completamente diferente, menos fogoso y más sentimental. En su mirada podía interpretar que la paz, de algún modo, estaba llegando a su vida y es que, poco a poco, fui descubriendo la cantidad de demonios con los que había vivido.

Por la mañana salimos hacia el pueblo nada más tomar el café, junto a nosotros venían Edwin y Julieta, cosa que sorprendería mucho a la niña; al menos por parte de su tía, porque fue verla y soltar que la asesina estaba en este país. Mis abuelos se morían de la risa cuando se lo tradujimos porque eso lo dijo en un perfecto inglés, aunque ya chapurreaba demasiado el español, que iba dominando a pasos agigantados.

Nos comió a besos a todos, incluso a Julieta, quien haciéndose la triste consiguió que la pequeña se lanzara a sus brazos diciendo que le iba a perdonar por pegarle a su tío. El asunto de las collejas había dado mucho de sí.

Mis abuelos se pusieron muy contentos con el regreso de Julieta, porque sabían que siempre había sido mi mayor apoyo, además que Edwin les cayó muy bien y se rieron mucho con sus cosas.

Mi abuela les prometió que aprendería a cocinar los platos de su país viendo vídeos en TikTok para que no los echaran de menos. Lo cierto es que ellos sabían cocinarla, pero obviamente agradecían esos gestos de mi abuela.

Comimos con ellos y estuvimos hasta las cuatro, momento en que nos despedimos y nos fuimos hacia casa, ya que a las seis llegaba el castillo que le había comprado su padre como le prometió. Obviamente, no solo había una unidad, como le dijo, lo vendían en Amazon y fue ahí donde lo pidió.

Olivia miró al jardín y su cara se fue entristeciendo conforme se bajaba del coche y no veía su castillo.

—Papá, ¿no lo conseguiste?

—Hija, ¿crees en la magia?

—Sí —dijo ella con tristeza.

—Pues ve a ducharte, que estoy seguro de que te llevarás una gran sorpresa.

Me fui al baño con ella y la entretuve hasta que Sloan me mandó un mensaje diciendo que ya podíamos salir. La cara de la pequeña al ver el castillo fue la emoción más grande que se podía ver, una ilusión que la envolvió por completo.

Era precioso y de madera, lo habían traído completamente montado tal y cómo se describía. Eso sí, le había costado un pastón el transporte dado que las dimensiones eran considerables. Se lo había colocado a un lado del muro de la entrada mirando hacia el porche.

Edwin y Julieta vinieron con dulces que habían ido a comprar. Comenzaron a hacerse los impresionados por el castillo y ella les dejó claro que era suyo, y que la asesina solo entraría si se portaba bien.

—Pues no te doy dulces —dijo Julieta que sostenía la bandeja en las manos.

—Sí me vas a dar, porque si no lloraré y mi tito se fijará en mí, pasando de ti.

—Pues sí que me ha salido lista la jodida —dijo Julieta provocándonos una risa.

Nos pusimos en el salón, ya que fuera las temperaturas estaban bajas y comenzaba a notarse ese frío que traspasaba hasta los huesos.

La pequeña miró de reojo a Julieta que disimulaba a sabiendas de las intenciones de la niña de coger un dulce, y lo cogió a toda velocidad pensando que la otra estaba distraída.

—¡Te pillé! —le gritó Julieta, cogiendo a la niña tan de sorpresa que lanzó el dulce contra la televisión de los nervios que le había entrado.

La cara de los cuatro fue un poema, y Edwin se levantó corriendo a recogerlo antes de que su padre le riñera, pero por la cara que le puse entendió que no debía, ya que se le había dado un susto y fue una reacción nerviosa.

Olivia se puso a llorar antes de que alguien pudiera decirle una palabra, y es que se había asustado de verdad, y encima sabía que lo que había hecho no le había gustado a su padre, por mucho que no se lo hubiese reprochado.

La abracé fuerte y la senté en mi regazo mientras le daba un beso en la mejilla.

—Vamos a hacer una cosa —dije cogiendo la bandeja y poniéndola delante de ella—, como Julieta es muy graciosa y tú te has asustado, pues ahora vas a elegir el que quieras y te lo vas a comer con mi permiso, porque estamos en mi casa y se hace lo que yo quiera.

—Eso, malcríala —dijo bromeando Julieta.

—Lo mismo que a ti te han malcriado tus padres y no por eso te hago daño —le contesté causando una risita a la pequeña.

—Te quiero mucho, Noa —me dijo ella con esa vocecita que hizo que se me cayese toda la baba.

—Yo a ti sí que te amo, mi pequeña. —Le di un fuerte beso en su mejilla.

—Vaya dos pelotas —murmuró Julieta.

—Papá, la bruja me ha insultado —dijo esta también buscando el apoyo de su padre. Y este negó, volteando los ojos.

—Podrías reírte, estamos bromeando —le dijo a Sloan reprochando su actitud.

—Hay cosas en las que no se le deberían seguir las bromas.

—No estoy de acuerdo, pero te respeto como su padre que eres, pero si a ella la buscamos, también tiene derecho a defenderse.

—Dice que la insultó, pero a su vez la llama bruja. ¿Se puede defender algo actuando de la misma manera que se condena?

—Estamos bromeando…

—Pues por eso no le respondo. —Carraspeó mirándola y aguantando la sonrisilla.

—Papi, pero le pega al tío, me da sustos, me llamó pelota como si yo fuera un balón de fútbol. Es mala, muy mala y va a quitarnos a tito.

—Nadie puede alejarme de ti, ni esa, ni esta, ni siquiera tu padre —dijo acercándose y bajándola de mi regazo para cogerla en brazos.

—Papi, pero le pega al tío, me da sustos, me llamó pelota como si yo fuera un balón de fútbol. Es mala, muy mala y va a quitarnos a tito.

—Nadie puede alejarme de ti, ni esa, ni esta, ni siquiera tu padre —dijo acercándose y bajándola de mi regazo para cogerla en brazos.

Capítulo 21



Habían pasado varias semanas desde que los cuatro regresamos de Escocia, y Edwin estaba más que habituado a España y feliz de estar aquí. Cada mañana se iba con Sloan a correr a primera hora y todos habíamos pillado la rutina diaria, incluso la niña que cada mañana durante una horita se dedicaba a seguir aprendiendo a escribir y leer, además en los dos idiomas. Tenía una capacidad grandísima. Y muchas veces se pasaba la mañana entera distraída escribiendo las letras y formando palabras.

Hoy habíamos quedado para poner la decoración navideña en mi casa, ya que a la pequeña le hacía una ilusión tremenda y yo quería aprovechar para dejarme la piel en ello y conseguir dejarla tan bonita que sirviese también para subir vídeos a las redes y llamar la atención con el contenido.

Sloan me sonreía mientras me besaba, aún tumbados en la cama. Esta mañana decidió no salir correr, ya que prefería dedicar el día entero a preparar la decoración. Era el puente de diciembre y, como cada año, era el punto de partida para muchas familias para poner el árbol y los adornos.

—¡Feliz Navidad! —Entró gritando la niña que se enteraba de lo que le daba la gana.

—Hija, aún no es Navidad —le dijo su padre riendo.

—Papá, que tenemos ya todo en las cajas que han ido llegando y hoy es el día para decorar.

—Claro, para decorar, pero para las navidades faltan aún bastantes días.

—Entonces, ¿lo ponemos hoy y lo dejamos muchos días?

—Hasta después de Reyes, porque aquí en España ese día es imperdonable si no se llenan los sofás de regalos.

—¿Eso es antes de Santa Claus?

—No —me reí—, eso es después, a principios de enero.

—¡Bien, vamos a tener muchos días los adornos! —dijo tirándose en plancha sobre la cama.

Nos levantamos después de hacerle un montón de cosquillas mientras pedía clemencia y justo entonces, aparecieron Edwin y Julieta con churros y chocolate.

—¿Llevabas el pijama debajo? —le pregunté cuando se quitó el chaquetón.

—No, a por churros fue él, yo solo me puse el chaquetón para venir de mi casa a la tuya. ¿Cómo voy a ir a por churros en pijama? Por favor… —negó volteando los ojos.

—Vamos, como si nunca hubieras salido con el abrigo sobre el pijama solo para ir a comprar churros.

—¿Por qué eres tan chivata?

—El día que te pillen tus seguidores, te vas a hacer viral por ir de choni por la vida.

—Calla, que yo tengo un glamur que más quisieras tú —dijo cogiendo un churro de la mesa y mojándolo en el chocolate.

—Tita, Julieta; está muy rico.

—¿Tita? ¿Julieta? ¿He oído bien? Esta niña me la han cambiado, esas cosas tan bonitas no me las decía la Olivia repelente —dijo acercándose a ella y comiéndosela a besos.

—Tito, me tienes que dar dos euros para que me pueda comprar un iPhone como regalito por las fiestas navideñas.

—Mejor te doy veinte y compras diez, así todos estrenamos móviles, porque veo que tienes un talento especial para comprar —dijo mientras todos reíamos a carcajadas.

—Olivia, cuando cumplas quince años te regalaré un móvil, pero no será un iPhone, esa es la moda de la clase media para aparentar ser pudiente, pero como calidad deja mucho que desear. De todos modos, de aquí a que tengas uno, seguro que ya no existirán los móviles tal y como los conocemos, seguro que los llevaremos implantados en nuestra piel.

—¿Hasta los quince años? Renuncio a esta familia —dijo cruzándose de brazos.

—Pues mucha suerte —le contestó su padre, al que se le escapó una risilla.

—Es injusto, todos tenéis móviles.

—Tú tienes una tableta.

—Pero no puedo ver lo que quiero, ni siquiera puedo ver los vídeos de ellas.

—Sabes que te los enseñan, pero de todas maneras tienes una tableta adecuada a tu edad, en la que yo te descargo todas las películas y canciones que te gustan.

—Es injusto —repitió poniendo más cara de enfadada.

—Pues debes aceptarlo.

—¿Y si no quiero?

—Pues te das dos *chocazos* contra la pared —dijo Julieta y la niña no se lo pensó y se dispuso a hacerlo.

—¡Olivia! —La agarró su padre mientras yo no podía dejar de reír.

—Si sabes cómo es, ¿cómo se te ocurre incitarla? —le reprochó Edwin a Julieta.

—Yo que sabía que iba a ser más lanzada que los toreros. —Se encogió de hombros.

Sloan negaba riendo mientras sentaba a su hija en sus piernas y le daba un churro con chocolate.

—Papi, acepto lo de no tener móvil y que mi tableta sea como tú quieras, pero, al menos, déjame salir en fotos y vídeos con Noa para que me vaya haciendo famosa.

—Jamás puse objeción a eso, nadie me lo pidió.

—Ay, Dios, que veo a la niña en menos de un mes siendo *influencer* —dijo Julieta, y nos dio un ataque de risa a las dos increíble.

—Noa, ¿puedo salir en tu vídeo montando la decoración navideña?

—Vamos que, si puedes; si lo llego a saber antes, te hubiera subido desde el primer momento. Anda que no

venden nada los niños en las redes y más si se hace de manera cuidada como hacemos con todo el contenido.

—Papi, voy a ser *influencer* y las marcas me van a mandar regalos como a Noa, que le llegó una caja entera de maquillaje y otra con un bolso.

—Claro que sí, hija —le respondió sin darle la menor importancia. Creo que Sloan no nos conocía bien en ese sentido, pero yo ya me imaginaba a la niña bailando conmigo las canciones que se volvían tendencia.

Después de desayunar nos pusimos a adornar el exterior porque el jardín lo teníamos que dejar también de película.

La casa de madera de Olivia, la decoramos con unas preciosas y elegantes lucecitas transparentes de LED, que le dieron una clase increíble, además, al tener la forma de castillo de princesa, llamaba mucho más la atención.

Con esas mismas luces, adornamos en espiral un gran árbol que tenía en la esquina opuesta a la casa, quedando frente al porche las dos cosas y luciendo de lo más bonitas, aunque no se podía apreciar aún la magnitud porque no era de noche y no estaban encendidas, pero, aun así, era un verdadero espectáculo.

Debajo del árbol colocamos tres ciervos de aluminio revestidos con esas mismas luces y que daban una elegancia impresionante.

El porche estaba impecable, adornado con un Papá Noel de tamaño real que sostenía un saco lleno de chocolatinas para disfrutarlas en estos días. Sloan tenía unas ideas buenísimas y el resultado quedó de lo más bonito.

Las delicadas luces que colocamos a lo largo del camino de entrada fueron lo más destacado. Con esto, daba po finalizada la decoración en el exterior de la casa, y no podía estar más contenta con el resultado, que fui grabando a trozos para luego montar y en el que, por supuesto, salía Olivia.

Lo habíamos pasado pipa y es que la niña y Julieta nos daban cada momento que no podíamos parar de reír. Eran las dos ideales para meterlas en una comedia, porque las cosas que se decían no eran normales.

Mientras los chicos y Olivia iban sacando las cosas de las cajas, nosotras nos pusimos a preparar la comida, ya que íbamos a hacer una paella que tanto disfrutábamos. Además, teníamos marisco fresco, porque los chicos se habían acercado en un momento al mercado, que estaba cerca, y lo habían comprado.

Quedó espectacular y la devoramos antes de adornar el salón. La pequeña, después de comer, se quedó dormida en el sofá, no sin antes decirnos que cuando se levantara lo quería todo adornado. Hacía con nosotros lo que le daba la gana, bueno, con su padre le costaba un poco más, porque era el que ponía los dos dedos de frente y

frenaba a muchas cosas que los demás le hubiéramos consentido.

Mientras disfrutábamos de un café, colocamos el árbol blanco del salón, que era la cucada más grande del mundo, adornándolo con detalles plateados que combinaban perfectamente con la bandeja que habíamos decorado en la mesa principal.

—Pero se supone que en Navidad prevalece el rojo —dijo Edwin para buscarnos la lengua.

—Pues aquí todo blanco, símbolo de pureza, elegancia, estilo y todo lo relacionado con el glamur que mi amiga y yo tenemos —dijo Julieta, a la vez que le daba una nalgada que por poco le hace derramar el café que sostenía Edwin en sus manos.

—A mi castillo le han puesto unos lazos rosas con brillito —dijo la pequeña cuando despertó.

—Ay, mi princesa, que no se le va ni una —dijo Julieta apretando los dientes para ver si se había levantado en su contra.

Pasamos un día muy divertido y grabamos un vídeo en colaboración, así que sería compartido en las dos cuentas. Salía Olivia de lo más dulce con su pijama blanco, al igual que nosotras, ya que lo llevábamos las tres iguales. Quedó tan bonito y divertido que desde el primer minuto eso se llenó de comentarios y *likes*. A la hora se había viralizado…

r

frenaba a muchas cosas que los demás le hubiéramos consentido.

Mientras disfrutábamos de un café, colocamos el árbol blanco del salón, que era la cucada más grande del mundo, adornándolo con detalles plateados que combinaban perfectamente con la bandeja que habíamos decorado en la mesa principal.

—Pero se supone que en Navidad prevalece el rojo —dijo Edwin para buscarnos la lengua.

—Pues aquí todo blanco, símbolo de pureza, elegancia, estilo y todo lo relacionado con el glamur que mi amiga y yo tenemos —dijo Julieta, a la vez que le daba una nalgada que por poco le hace derramar el café que sostenía Edwin en sus manos.

—A mi castillo le han puesto unos lazos rosas con brillito —dijo la pequeña cuando despertó.

—Ay, mi princesa, que no se le va ni una —dijo Julieta apretando los dientes para ver si se había levantado en su contra.

Pasamos un día muy divertido y grabamos un vídeo en colaboración, así que sería compartido en las dos cuentas. Salía Olivia de lo más dulce con su pijama blanco, al igual que nosotras, ya que lo llevábamos las tres iguales. Quedó tan bonito y divertido que desde el primer minuto eso se llenó de comentarios y *likes*. A la hora se había viralizado…

Capítulo 22



Desperté emocionada y feliz, ya que había llegado el día en que se celebraba la Nochebuena. Abracé a Sloan y me miró sonriendo. Suponía mucho para mí pasar estas fiestas con todos ellos, ya que se afrontaban de una manera muy especial.

—Buenos días, preciosa —dijo en un perfecto español con el que me sacó la primera sonrisa.

—Buenos días, mi vida. ¿Qué tal has dormido? —Agarré su miembro encerrándolo en mi mano, causando que soltase un suspiro acompañado de una sonrisa traviesa.

—No tan bien como me he despertado. —Se giró para quedar frente a mí pegándose por completo. Comenzó a besarme con una intensidad que me recordaba al Caribe, realmente nunca lo había dejado de hacer, pero bien es cierto, que de vez en cuando, sacaba su registro más romántico y seductor, no tan salvaje, aunque a mí me gustaban ambos extremos.

Continuó quitándome la ropa y se deslizó hasta mis pechos, perdiéndose en ellos entre besos, lamidas y pequeños mordiscos, mientras una de sus manos se dirigía hacia abajo y metía dos dedos en mi vagina, haciendo que me inclinase más hacia atrás. Sabía exactamente cómo hacerlo para llevarme al límite.

Siguió deslizándose hacia abajo y sus labios encontraron mi zona más íntima. En ese preciso instante, comencé a volverme loca. Me puse la almohada en la cara para que, en caso de que se me escapase algún grito, no me pudieran escuchar. Cuando de repente…

—¡Papá, sal de ahí, que se está ahogando con la almohada! —dijo la pequeña que había abierto la puerta y nos había encontrado en esa tesitura.

Me quedé sin saber reaccionar, quité la almohada de mi cara y vi cómo Sloan sacaba su cabeza de entre las sábanas una vez se puso a mi altura. La miro…

—Hija, que a Noa se le había perdido un anillo y lo estaba buscando.

—Os ayudó a buscarlo.

—¡No! —gritamos al unísono, viendo las intenciones de la niña de levantar las sábanas.

—No —repetí, pero en tono bajo viendo que la habíamos asustado—, porque lo acabo de encontrar yo —dije quitándomelo debajo de las sábanas y enseñándolo.

—Ah —dijo ella riendo—. Voy a servirme un vasito de leche y os espero en la cocina. Esto de ser *influencer* me tiene agotada.

—Muy buena idea —dijo su padre que no se quería ni mover.

—Me ha cortado todo el rollo, dejándome sin mi orgasmo. —Me volví a poner la almohada en la cabeza y noté sus dedos entre mis piernas—. ¡Quita! —Le di con la almohada—. Que esta es capaz de venir para decir que lleva una hora esperando. —Me levanté riendo.

—Mañana cuando vengan tus abuelos a comer, que se lleven a la niña, necesito una pausa y ya ellos están entrenados.

—Apoyo tu propuesta —dije antes de meterme en el baño riendo.

Estos días habían sido muy bonitos con todo adornado y preparando lo que se venía. La pequeña era ya muy adorada en las redes, y muchos pedían más y más vídeos de ella. Los comentarios eran buenísimos, ya que unos decían que era mi hija, otros mi hermana y cosas así, que no contesté para dejarlos con la duda.

Esta noche cenaríamos los cinco, y mañana mis abuelos llegarían para celebrar con nosotros la comida de Navidad. Les habíamos propuesto que esta noche la pasasen con nosotros, y se quedasen aquí a dormir, pero nos dijeron que iban a asistir a la fiesta del pueblo, donde habían organizado un guateque. Me moría con ellos y me encantaba que hicieran ese tipo de planes.

Llegué a la cocina y Sloan me preparó el café, ya tenía las tostadas con huevos a la plancha y guacamole, cosa que a mí me encantaba.

—Noa, mi papá dice siempre que los iPhone son de gente pobre que quiere aparentar ser rico, y que la mayoría de los ricos llevan Samsung.

—Olivia, eres muy pesadita con el tema y para la edad que tienes en lo último que deberías pensar es en móviles.

—Papá, soy *influencer*, el mundo me reclama. Necesitan de mis vídeos para ser felices. Hasta la bruja tiene móvil —se refirió a Julieta como siempre, y eso que no estaba presente.

—Tú lo que necesitas es ir a la escuela urgentemente. Aquí hay prescolar y voy a hablar en la escuela privada de la ciudad para que te cojan en enero.

—No, no, no, no —dijo repetidamente y moviendo su dedo en negativa—. No puede ser, hasta el próximo curso no, yo quiero llegar controlando el español perfectamente y cada día avanzo mucho.

—Ese colegio privado es bilingüe y se hablan los dos idiomas. Avanzarás mucho más.

—Antes me escapo y me voy con los abuelos a vivir.

—Pues mira, empieza mañana cuando vengan. Te vas con ellos y ya cuando me eches de menos me avisas.

—¿Me puedo ir mañana con los abuelos al pueblo? ¿Y llevarme los regalos que me traerá Papá Noel?

—Por supuesto que te puedes ir —dijo riéndose.

—Quiero hablar urgentemente con mis abuelitos —exigió cruzándose de brazos, y yo no dudé en marcar y hacerles una videollamada poniendo a la niña.

—Buenos días. Tenemos a la nieta más bonita del mundo —dijo mi abuelo que fue el que cogió la llamada y ya se puso al lado mi abuela.

—Abuelos, necesito irme de esta casa y mañana me iré con vosotros.

—¿Qué te han hecho esos dos granujas? —preguntó mi abuelo poniendo cara de circunstancias.

—No me quieren regalar un iPhone y me quieren meter ya en el cole, no saben cómo quitarme de en medio. Lo está abduciendo la bruja de Julieta.

—No llames así a la pobrecita —dijo mi abuela riendo.

—Entonces el plan es que mañana me liberéis.

—Diles que te vayan preparando la maletita que te vienes mañana con nosotros.

—¿Os habéis enterado? —nos preguntó la niña a los dos— Que me voy con mis abuelitos y no me vais a poder frenar.

—Abuela —dije asomándome a la pantalla—. Os tomo la palabra, le preparo la maletita y que se vaya dos o tres días con vosotros.

—Claro, cariño, nos la traemos para que esté aquí unos días, así estamos distraídos.

—Unos días no, abuela —dijo la pequeña—. Muchos días, que estos me quieren meter en el cole y deshacerse de mí.

Todo esto yo lo iba traduciendo por detrás todo el tiempo, ya que la niña mezclaba los dos idiomas, si bien es cierto es que había cogido una fluidez con el español que era asombrosa.

Los padres de Julieta vivían en otra ciudad, pero este año se habían ido de viaje durante todas las fiestas, ya que desde hacía años tenían la ilusión por hacerlo y viendo que su hija estaba con Edwin y no las pasaría sola, aprovecharon para hacerlo en este momento. Así que iba a tener a todos durante los días señalados.

Julieta y Edwin aparecieron por casa, ya que los chicos se iban a ir al mercado a comprar marisco fresco para cocerlo.

—Mañana me voy a casa de mis abuelitos a vivir —dijo la pequeña a Julieta cuando nos quedamos las tres solas.

—¿Y eso? ¿Te han echado de casa?

—Mi papá me quiere meter en un cole y se niega a comprarme un iPhone. Esta situación se está volviendo insostenible —dijo ella como si tuviera un trauma por ello.

—Qué fuerte me parece, y luego me llamas bruja a mí cuando tienes a estos dos que te están tratando de esta manera tan inhumana.

—Julieta, vete a tomar por culo —le dije riendo a carcajadas.

—Te ha insultado claramente —dijo Olivia poniéndose las manos en la boca.

—Ya te digo, pero a ella no la llamas ni bruja ni asesina.

—Te recuerdo que ella está con mi padre, y si la ataco tengo a dos en mi contra. Es cuestión de lógica —dijo ella, que era la niña más avispada e inteligente que me había echado a la cara en mi vida.

—Yo a esta niña la meto hoy en la olla con el marisco cuando lo traigan —dijo Julieta.

—No, no, no, no —decía ella negando de manera tajante y buscando mi complicidad.

—¿Entonces no te metes conmigo por estar con tu papá? —pregunté carraspeando y mirándola intimidatoriamente.

—Claro, pero de todas maneras debo admitir que a ti te tengo mucho cariño porque eres muy buena conmigo y siempre estás pendiente de mí.

—Menos mal. —Me puse la mano en el pecho.

—Vaya, ¿qué pasa, que yo no te consiento?

—Julieta, tú le pegas a mi tío.

—Dicho así, no tiene nada que ver con la realidad.

—Mi tío es Dios y a Dios no se le toca.

—Niña —dije en tono un tanto ofendida—. Si tu tío es Dios, ¿qué es tu padre?

—Mi padre es mi ángel de la guarda, el amor de mi vida.

—El amor de su vida dice —soltó Julieta a carcajadas y yo negué incrédula.

—No entendéis nada de la vida —murmuró la pequeña volteando los ojos.

—Eso debe ser —respondí riendo

Sloan y Edwin regresaron cargados de marisco, verdura, más carne de solomillo, dos cajas de vino y también habían recogido una caja de *whisky* del que ellos fueron los fundadores.

Estuvimos toda la mañana cocinando los cuatro mientras tomábamos unos vinos y la pequeña nos ayudaba a su manera en todo el proceso, incluso dándonos recomendaciones.

Después de comer, decidimos echarnos una siesta; así que Julieta y Edwin se fueron a su casa, y ya regresarían para la cena que íbamos a preparar con todo el cariño y amor del mundo, para hacer que sus primeras Navidades en España fueran de lo más inolvidables.

Al final lo logramos. Edwin y Julieta regresaron a las ocho, deslumbrantes con sus vestidos de gala. Estaban guapísimos y nosotros también nos habíamos arreglado con gran elegancia.

Olivia estaba preciosa, con un vestido rosa que tenía una caída impresionante hasta el suelo y complementado por una coqueta cola que le salía, por no hablar de esa espalda al aire. ¡Estaba para comérsela!

Hicimos vídeos preciosos brindando y en pareja. ¡Por fin nuestros chicos nos daban vía libre para subirlos a las redes! Y estaba claro que íbamos a triunfar porque no teníamos una pareja cualquiera, teníamos unos bombones dignos de novela romántica y encima escoceses. ¿Podíamos pedir más? Pues claro que no, esto nos iba a dar mucho más movimiento en las redes.

La mesa quedó espectacular, repleta de una deliciosa variedad de mariscos, canapés y unos medallones de solomillo al roquefort que fueron el plato estrella. Por supuesto, todo acompañado de vinos, esos que comenzaron a achisparnos y, como guinda del pastel, los comentarios de la pequeña, convirtiendo la cena en una experiencia de lo más divertida.

Luego comenzamos con las copas y servimos los dulces navideños, acompañados de un pastel de dos chocolate con un merengue especial que hicieron los chicos, y que tenía una pinta increíble.

Nos dieron las cuatro de la mañana, momento en que ellos se marcharon a su casa y nosotros nos fuimos directos a la cama, donde caí rendida antes de siquiera tocar la almohada.

Después de comer, decidimos echarnos una siesta; así que Julieta y Edwin se fueron a su casa, y ya regresarían para la cena que íbamos a preparar con todo el cariño y amor del mundo, para hacer que sus primeras Navidades en España fueran de lo más inolvidables.

Al final lo logramos. Edwin y Julieta regresaron a las ocho, deslumbrantes con sus vestidos de gala. Estaban guapísimos y nosotros también nos habíamos arreglado con gran elegancia.

Olivia estaba preciosa, con un vestido rosa que tenía una caída impresionante hasta el suelo y complementado por una coqueta cola que le salía, por no hablar de esa espalda al aire. ¡Estaba para comérsela!

Hicimos vídeos preciosos brindando y en pareja. ¡Por fin nuestros chicos nos daban vía libre para subirlos a las redes! Y estaba claro que íbamos a triunfar porque no teníamos una pareja cualquiera, teníamos unos bombones dignos de novela romántica y encima escoceses. ¿Podíamos pedir más? Pues claro que no, esto nos iba a dar mucho más movimiento en las redes.

La mesa quedó espectacular, repleta de una deliciosa variedad de mariscos, canapés y unos medallones de solomillo al roquefort que fueron el plato estrella. Por supuesto, todo acompañado de vinos, esos que comenzaron a achisparnos y, como guinda del pastel, los comentarios de la pequeña, convirtiendo la cena en una experiencia de lo más divertida.

Luego comenzamos con las copas y servimos los dulces navideños, acompañados de un pastel de dos chocolates con un merengue especial que hicieron los chicos, y que tenía una pinta increíble.

Nos dieron las cuatro de la mañana, momento en que ellos se marcharon a su casa y nosotros nos fuimos directos a la cama, donde caí rendida antes de siquiera tocar la almohada.

Capítulo 23



Olivia apareció por la habitación gritando que era Navidad, y que los abuelos ya venían a su rescate. Estaba de lo más ilusionada por irse unos días con ellos, aunque nos pinchaba diciendo que ya tenía su ansiada libertad.

La noche anterior, ya habíamos colocado todos los regalos debajo del árbol del salón, cuando la niña se fue a dormir. Pusimos tanto los que había comprado Sloan, como los que había comprado yo y los que compramos conjuntamente. Había una montaña increíble.

Sloan le había hecho un cartel de madera con el nombre de Olivia, que colocó a un lado del árbol, marcando el lugar donde pusimos sus regalos para que los diferenciara de inmediato. Y vaya si los diferenció, cuando entramo al salón con el desayuno, ya que habíamos decidido no abrir la puerta antes. A pesar de que la niña estaba muy nerviosa, queríamos disfrutar del momento relajados.

—¡Mirad! ¡Soy millonaria en regalos! Pone mi nombre, en esta parte no podéis tocar.

En ese momento sonó el timbre y era el hermano de Sloan con Julieta. La pequeña se frenó en seco para no abrirlos hasta que ellos entrasen.

—Mira, sobrina, nos han dejado unos regalos para ti en la casa —dijo Edwin poniéndoselos a un lado de la mesa y Julieta también—. Estos tres son tuyos —se los dio—, este tuyo —le dio uno a Sloan— y estos dos tuyos. —Me los dieron a mí.

—¡Qué emoción! —dije con ellos en mis manos.

—La primera en abrirlos soy yo, así que todos quietos —ordenó Olivia—. Primero voy a empezar con los del tito y la bruja.

—*Jafruta* la niña, que ni trayéndole regalos se dirige a mí con cariño —dijo Julieta causándonos una risa, no tar grande en Sloan que era hablando muy correcto, pero también sonrió negando.

—¡¡¡Un iPhone!!! ¡¡¡Un iPhone!!! —gritaba con la caja en las manos del último modelo. Yo presagiaba la

bronca.

—Hermano, ¿en serio? —le preguntó con un tono de reproche.

—Que no cunda el pánico, que le he regalado el móvil con una tarjeta sin datos, solo puede llamar y grabar vídeos, pero no tiene internet.

—¿Y para eso hay que comprarle un iPhone? ¡No me lo puedo creer! Edwin, siempre tienes que terminar por encima de mí, no sé cómo te las apañas —protestó.

—Papá, ¡un iPhone! —gritaba emocionada sin importarle el cabreo que este tuviese.

—Además, ¿tarjeta para llamadas? ¿A quién tiene que llamar? ¿Sabes la de estafas y llamadas comerciales que le pueden entrar?

—Está todo programado. Solo le pueden entrar las llamadas de favoritos, o sea, de vosotros, de nosotros y de los abuelos, que ya los añadimos porque Julieta tenía su número. Hoy se va con sus abuelos, ¿y si te quiere llamar?

—Tiene el teléfono de ellos, ni que se lo prohibieran.

—No es lo mismo y ella quiere hacer fotos y grabar vídeos que no puede usar de ningún modo sin nuestra supervisión, ya que no tiene internet.

—Cuando te pida un Lamborghini, ¿también se lo comprarás?

—Soy más de Porsche, la convencería para que cambiara de opinión.

—¡Un iPhone, abuela, un iPhone! —dijo la niña cuando nos dimos cuenta de que la había llamado desde su teléfono. La cara del padre era un poema.

Viendo que la niña iba a su bola, comencé a abrir uno de los dos regalos que me habían entregado.

—Ohhh, voy a llorar —murmuré viendo una foto enmarcada en un precioso marco de madera blanca. Era una foto de los cuatro en el Caribe que hizo Edwin, y que nunca nos llegó a enviar. No la había recordado hasta ahora. Esa fotografía, donde los cuatro lucíamos radiantes, se convirtió en el más valioso recuerdo de aquellos días. Se me saltaron las lágrimas.

—¿Lo ves? Te dije que había que guardarla para sorprenderla cuando menos lo esperara y mira, emocionada la hemos dejado y nos ha salido de lo más barato el regalo —dijo Julieta consiguiendo que me echase a reír.

—De verdad, no sé qué me espera en el día de hoy, pero puedo garantizar que este será mi regalo favorito —murmuré convencida.

Me levanté y lo coloqué en una repisa del salón que tenía un hueco perfecto, ya que a mí no me gustaba recarga los muebles.

—Venga abre el otro —me animó Edwin.

—A ver, a ver —dije emocionada aún por el anterior regalo— Jo, qué bonito —comenté observando en mis manos un conjunto de pijama, bata, zapatillas, antifaz para dormir y unos calcetines. Eran de una firma muy reconocida que a mí me volvía loca, dado que tenía unas prendas de dormir que eran de lo más hermosas y dulces Dentro de ese mismo paquete, había otro envuelto que era mi perfume favorito, *Black Opium* de Yves Saint Laurent. Me levanté y les di un beso fuertísimo, me habían enamorado todos sus regalos y me sentí muy querida.

—Bueno, me toca a mí —dijo Sloan abriendo el suyo, al que no le tardó en salir una amplia sonrisa—. No dejáis de sorprender por lo que veo. —Miraba a sus deportivas que eran una pasada, además que era un modelo exclusivo de esa marca que tanto le gustaba a Sloan, y que él había estado intentando conseguir, pero no hubo forma. Se levantó y le dio un abrazo a cada uno.

—Bueno, viendo que mi hija sigue a lo suyo hablando con los abuelos desde su móvil, os damos el vuestro.

Se levantó y cogió un sobre precioso en el que le habíamos metido el regalo, que era en común para los dos.

—¡¡¡Me muero!!! —gritaba emocionada Julieta y Edwin sonreía leyendo todos los detalles— ¡Os quiero!

Era un viaje para irnos el día veintinueve los cinco, y así pasar el fin de año juntos en Laponia, en una cabaña en el parque de Papá Noel. Siempre habíamos fantaseado Julieta y yo con ir unas Navidades.

—Qué estresante es la vida del *influencer* —dijo Olivia apagando el móvil y tirándose a plomo en el sofá.

—Pues nosotras nos vamos el día veintinueve a pasar el fin de año a Laponia con Papá Noel, pero como tú te vas con los abuelos…

—Ahora mismo los llamo y reniego de irme con ellos —dijo dispuesta a volverlos a llamar, y eso que venían de camino, pero Sloan le frenó.

—Iremos a buscarte antes de irnos.

—Te amo, papá, eres el mejor —dijo la muy pelota, poniéndose la mano en el corazón.

—Por cierto, ¿qué pasa? ¿No te interesan los demás regalos?

—¡¡¡Tengo un iPhone!!! —gritó dando a entender que ya lo tenía todo.

—Pues muy bien, donaré todo lo demás a los niños que no hayan tenido iPhone.

—No, no, no, no. Solo te estoy diciendo que estoy intentando salir de los nervios de felicidad y que ahora los abriré todo. Paciencia, papi.

—Al final la meto interna, me la estáis transformando —dijo Sloan riendo y negando a la vez que se levantaba a servir una ronda de cafés.

La pequeña no tardó mucho en comenzar a abrir sus regalos y su cara de sorpresa se hacía evidente con cada uno. Le habíamos comprado un montón de cuentos de fácil lectura, adecuados para lo que ella ya estaba aprendiendo, le compramos tanto en español como en inglés. Le hicieron mucha ilusión, como la muñeca que ella había nombrado en muchas ocasiones y el baúl de maquillaje infantil que tanto pedía. Tampoco le faltó ropa, pijamas, colonia y unas deportivas nuevas, que la volvieron loca.

A todo esto, llegaron mis abuelos que también venían con regalos, a los cuatro nos traían nuestro perfume favorito, que con mucho arte fue averiguando y nos había metido cien euros a cada uno para que nos comprásemos lo que quisiéramos. Los chicos se emocionaron mucho con ese detalle tan bonito que había tenido con todos.

Pero claro, la beneficiada no podía ser otra que Olivia, a la que le regalaron un montón de juguetes, chuches, chocolatinas y un sinfín de complementos como collares, anillos, pulseras y demás, todo adecuado para su edad y en plata.

Los sorprendimos con dos regalos de los cuatro en común, y es que les habíamos comprado una televisión plana gigante y una placa de vitrocerámica, porque habían empezado a fallar y pensaban comprarlas en estos días, así que nos adelantamos. Luego les dimos a cada uno un reloj Festina que a ambos les encantó. Se merecían lo mejor del mundo porque estaban ahí para todos.

Les contamos lo del viaje, cosa que no me preocupaba por ellos porque se habían apuntado a una cena de fin de año en el pueblo, en un club social al que iban algún que otro fin de semana a comer.

Pasamos una comida increíble y mis abuelos se marcharon a las cinco de la tarde, antes de que oscureciera. Obviamente, se llevaron a la pequeña que no dejaba de repetir que el día veintiocho fuésemos a por ella, que contásemos tres días para que no se nos olvidara y la dejásemos en tierra.

Edwin y Julieta se habían quedado a cenar con nosotros después de que mis abuelos y la niña se marchasen. Justo acabábamos de despedirnos de ellos en la puerta.

Nos quedamos mirándonos en medio del salón y tras esa sonrisa pícara, me besó en varias ocasiones hasta entrelazar nuestras lenguas.

Hundí mis dedos en su cabello cuando me subió sobre su cintura y me puso pegada a la pared. Momento en que ya me había quedado casi sin aliento.

Comenzó a quitarme la ropa bajándome al suelo, pero sin dejar de besarme en ningún momento, y haciéndome seguir su ritmo, ese que marcaba sin apenas tener que gesticular la más mínima palabra.

Sus labios se apoderaron de uno de mis pechos al que comenzó a lamer y mordisquear de manera casi alternativa. La excitación me hizo arquear la espalda, entregándome a su dominio, ese que sabía manejar perfectamente para llevarme hasta donde él quería y yo deseaba.

El roce de nuestros sexos encendió mi deseo, llevándome a un estado de éxtasis total donde pedía a gritos llegar al clímax, pero él estaba decidido a torturarme mientras me mantenía inmersa en un placer difícil de controlar.

Cortó en seco y me subió al respaldo del sofá, que estaba pegado a la pared, y me sentó a la vez que abría mis piernas mientras él comenzaba a desnudarse, sin apartar la vista de mis ojos. Su confianza y dominio en ese momento me hacían sentir una timidez involuntaria.

Una vez desnudo, se fue directo a mi sexo, succionando con tanta intensidad que mis manos se aferraron a ambos lados. Grité de placer mientras su lengua, sus succiones y sus dedos me llevaban al borde de la locura, disfrutando sin temor a la llegada de Olivia.

Sonreí agotada tras un orgasmo que me había llevado a tocar el cielo. Me temblaban las piernas, esas que él intentaba mantener abiertas para verme en todo mi esplendor, como en innumerables ocasiones me había dicho.

Miré su miembro, que parecía a punto de explotar, viniendo directo hacia mi cavidad, y me penetró de una estocada ocasionando que me aferrara a sus brazos con fuerza.

La explosión de placer que sentí fue tan intensa que grité con todas mis fuerzas, ya que nunca había experimentado algo así. Era todo un espectáculo de sensaciones disfrutar de estos momentos bajo sus órdenes…

Capítulo 24



Olivia correteaba de un lado a otro de la casa metiendo prisa para no perder el avión, ya que eso, según ella, sería una catástrofe. Desde el día anterior que la habíamos recogido de casa de los abuelos, andaba de lo más inquieta, por no hablar de las innumerables llamadas que nos hizo durante estos tres días para recordarnos que teníamos que ir a por ella para el viaje y que no nos olvidásemos.

—Bruja, que ya tenéis que venir para irnos a Laponia. —La escuchamos decir cuando nos giramos, y es que estaba hablando por teléfono con Julieta.

—Eso del teléfono no se lo voy a perdonar a mi hermano. Ha sido un inconsciente.

—Bueno, tampoco es para tanto, no tiene acceso a nada. ¿Qué más da que nos haga llamadas?

—La estáis malcriando…

—¡Anda ya! —Me reí.

—Seguid así, que luego cuando vengan los problemas me dejaréis a mí solo.

—¿Qué problemas? Estás fatal. Anda, vamos sacando las maletas hacia fuera.

—Ya están en la puerta los titos con el taxi. —Ya metía en el saco a Julieta, a la que, de vez en cuando, llamaba así.

Desde ese momento todo fue rodado y llegamos al aeropuerto en el que después de facturar las maletas, nos tomamos un desayuno antes de subirnos al avión.

Durante el vuelo, la pequeña se hizo con el cariño de una de las azafatas que no dejaba de ofrecerle zumos, lápices para colorear y estaba muy pendiente de ella.

—Mi padre nos regaló el viaje a todos, y Santa Claus me está esperando para saludarme.

—El ego y afán de protagonismo de esta niña es asombroso —murmuró Julieta haciendo que la azafata se riera.

—Ella es mi tía la bruja y asesina, le pega a mi tío —soltó consiguiendo que la azafata levantase la ceja.

—Tranquila, la tiene tomada conmigo y lo de que le pego a este son solo unas collejas, por eso me llama asesina. Deja que tenga más edad, entonces dejaré de dárselas a su tío para que las reciba ella. Lo que no te va a contar es todo lo consentida que la tenemos.

—Lo que me merezco, soy la princesa del grupo.

—Olivia, siéntate bien —le dijo su padre mirándola fijamente, ya que se había puesto de pie encima del asiento

—Bueno, cualquier cosita que mi niña necesite, que me la pida —dijo la azafata y la miré con desdén, ¿su niña? ¡Qué valor!

—No te vuelvo a decir que te sientes bien, Olivia —le dijo su padre recriminándole su actitud—. Y no vuelvas a llamar ni bruja ni asesina a Julieta, y menos aún, se te ocurra decir que le pega a tu tío. La próxima vez tendrás consecuencias que no te van a gustar nada.

—Me da igual —le contestó y entonces este cogió el iPhone, y se lo quitó de las manos metiéndolo en su mochila. Comenzó a llorar sentada con los brazos cruzados.

—Si vas a llorar, que sea sin chillar, que eso solo lo hacen las personas que lloran de mentira para conseguir su objetivo y así conmigo, no vas a conseguir absolutamente nada. Que te quede claro.

—Ven, siéntate conmigo —le dijo el tío para calmarla.

—Edwin… —le advirtió en tono de enfado para que no interviniera.

Olivia se pasó todo el vuelo enfurruñada, ignorando incluso a la azafata, motivo que fue enfadando más a Sloan por esa actitud tan fea de su hija.

Al aterrizar, un coche nos esperaba para trasladarnos al parque donde se encontraba nuestro bungaló, un lugar que nos recibió con una magia indescriptible. La decoración se fusionaba a la perfección con la nieve que cubría el entorno, mientras que el personal, vestido y caracterizado como los personajes de la temporada, añadía un toque encantador a la experiencia.

La pequeña no hablaba ni decía nada, estaba muy enfadada porque le habían quitado el móvil, pero el padre no le hacía ni caso para demostrarle que de esa manera no iba a conseguir nada.

Nos llevaron a la cabaña con todas nuestras pertenencias en un trineo, fue un momento tan especial y bonito qu no dudamos en grabarlo a la vez que también inmortalizábamos con fotos. Incluso la niña con los hocicos salidos quedaba graciosa en algún que otro vídeo.

La cabaña era preciosa, situada en una urbanización repleta de casas similares, y en el centro, un parque de juegos al aire libre para los niños.

Había tres habitaciones, cocina, un baño grande común y un salón que tenía unas puertas acristaladas con los marcos de aluminio imitando a la madera que daban a un paisaje trasero de lo más invernal y bonito. No faltaba e ningún árbol la iluminación ni carteles de madera por el suelo que indicaban las direcciones por las que había que coger para ir a según qué lugar.

Sloan se encargó de hacer una compra *on-line* antes de llegar al súper del parque, asegurándose de que todo estuviera listo al momento de recibir la cabaña. Y así fue, al llegar, encontramos la compra perfectamente organizada en la nevera y en los muebles de cocina. Era un servicio que ofrecía el parque, al igual que podíamos apedir que nos trajesen comida de los diferentes restaurantes que había. Por supuesto, algunos días optaríamos por pedir, otros cocinaríamos y otros disfrutaríamos de las comidas directamente en los restaurantes, para disfrutar de sus decorados y especialidades.

Le coloqué a la pequeña su ropa en el armario de su habitación, y ella fue colocando los libros y juguetes que había traído, pero todo esto sin dirigirnos aún la palabra, y es que pretendía salirse con la suya de que su padre le devolviera el móvil.

Edwin se puso a preparar una pasta a la carbonara mientras deshacíamos las maletas. Julieta se encargó de colocar todo lo de él.

—Cariño —dije entrando en la habitación de la pequeña, ya que esta estaba sentada sobre la cama y cerré la puerta—. Sé que estás enfadada con el mundo por lo del móvil —me senté a su lado y le acaricié la espalda—, pero papá lo hace para educarte. Eres una niña muy buena que tiene infinidad de cosas bonitas, pero papá siempre será papá y es el que te guiará para corregirte algunas cosas que no están muy bien.

—Mamá, pero es injusto —dijo enfadada y yo de lo único que me asombraba y emocionaba es que me hubiera llamado así, pero podía haber sido un lapsus y lo dejé pasar.

—Lo sé cariño, desde tu punto de vista es injusto, hasta yo puedo verlo desmesurado, pero estoy segura de que cuando no te escuche decir esas cosas, y menos en público, te lo va a devolver.

—Pues ahora quiero hablar con mis abuelitos —dijo con tristeza.

—Toma —le di mi móvil después de marcar su número, le hice un guiño y se le escapó una sonrisa.

Me quedé a su lado mientras hablaba con ellos y les contaba que su papá le había quitado el móvil y que estaba de lo más triste. Escuché como mi abuela le decía que ahora le diera mimos a papá y que seguro que pronto se lo devolvería.

Terminó la llamada y me lo devolvió con una leve sonrisa, pero al menos ya algo había conseguido.

—¿Nos tomamos un refresco? —le pregunté a ver si la animaba.

—Papá no quiere que los tome.

—Sabes que en ocasiones especiales sí. —Le enseñé mi mano para que la agarrase.

—Vale, lo vamos a intentar —murmuró cogiendo mi mano y salimos de la habitación.

—Papá, ¿me puedo tomar un poquito de refresco? —le preguntó rodeándolo por sus caderas.

—Claro, mi vida. —Le acarició la cabecita—. Estos días puedes tomar un vasito, pero siempre y cuando sea la hora de la comida y no por la noche, porque eso desvela.

—Gracias, papi. —Le dio un beso en la mano de este y luego se fue hacia Julieta.

—Ya no te voy a llamar más bruja ni asesina —le dijo tirando de su mano.

—Pues qué rollo, yo no estoy para que siempre nos llevemos bien. Necesito vidilla —dijo esta, ocasionando una risa en la pequeña, y el padre volteó los ojos como pensando que no tenía remedio tampoco Julieta.

—No te preocupes, tita Julieta, ya busco otra forma de enfadarte sin decir palabras feas —soltó la pequeña, y a mí se me salió hasta el refresco del vaso que estaba rellenando. Casi me orino encima.

Después de comer nos fuimos en un trineo eléctrico hacia la casa de Santa Claus que estaba recibiendo a los niños. Tuvimos suerte, porque en ese momento no había mucha gente; generalmente, la casa se llenaba más por la mañana, cuando las temperaturas eran algo más agradables. Nosotros íbamos abrigados como muñecos de nieve y la niña solo tenía al aire los ojos que decía que se le estaban congelando.

—¡Santa Claus! —gritó ella cuando le tocó, y se lanzó a los brazos de este que no dudó en abrazarla y sentarla en una de sus piernas para que le pudiésemos tirar fotos y hablar con ella.

—He visto cómo has sido una niña muy buena este año.

—Bueno, bueno, a ver si nos vamos a tener que graduar las gafas —soltó Julieta en broma, lo que nos hizo reír a todos, incluso a la pequeña y al propio Santa Claus.

—Santa Claus, ella es mi tita Julieta, es medio buena, a veces parece un angelito y otras parece la señora de la escoba que no puedo nombrar porque me han quitado el iPhone y ahora me pueden quitar hasta mi apellido, capaz son de todo —dijo en modo clave, haciendo que Santa Claus llorase de la risa y votase de las carcajadas que tenía No la quiso llamar bruja ni nada que sonara mal, pero en un buen lugar no la dejaba, eso no lo podía permitir la renacuaja.

Lo que nos reímos los cinco minutos que estuvimos con ese señor fue para el recuerdo.

—Habéis sido la familia con la que más me he reído en lo que llevamos de fiestas. No cambiéis nunca —dijo poniendo en las manos de Olivia un regalito.

—Gracias, señor Santa Claus. ¿Puedo venir otro día a verte?

—Tantas veces como desees. —Le acarició la mejilla.

—¿Lo habéis escuchado? Soy bienvenida por el señor Santa Claus. —Abrazó su regalo contra su pecho poniendo cara de felicidad.

—Esta niña os dará muchas alegrías y momentos que recordaréis siempre.

a —Ni que lo jure, señor —dijo Edwin que no podía contener la risilla en todo momento.

Fuimos a merendar a una pastelería que era la más bonita que había visto en mi vida. Todos quedamos maravillados, con la boca abierta y deseando cada uno de los exquisitos dulces que adornaban la vitrina, atrayendo la mirada de cualquiera que se acercara.

Me decía a mí misma que esto de venir a Laponia en estas fechas había sido el mejor acierto que había tenido Sloan al proponerlo como regalo para todos. Sin duda, el primer día estaba siendo de lo más perfecto.

Capítulo 25



Era nuestro tercer amanecer en este lugar en el que habíamos pasado momentos de lo más divertidos y en los que a la pequeña ya la conocían muchos empleados y el mismísimo Santa Claus como la *influencer*.

Ella misma se encargó de ir contando a todos que hacía vídeos para nuestros perfiles en las redes porque éramos *influencers*. Compartía incluso nuestros nombres completos, y claro, eso llevó a que bichearan nuestras páginas y alucinaran con la cantidad de seguidores e interacciones que teníamos. Por no hablar de lo que querían todos a Olivia, a la que le dejaban en las publicaciones cantidad de comentarios preciosos, se había convertido en el centro de atención, y fueron muchos los que, con nuestro consentimiento, le pedían hacerse fotos para poder presumir en sus redes que habían estado con ella.

Santa Claus, al que iba a visitar más de una vez a diario, estaba con ella que no cagaba, y es que era verla y abrirle los brazos con la mayor de sus sonrisas.

Hoy era un día muy especial, se sentía la magia en el aire, ya que era el último día del año. Habíamos reservado una mesa en la cena especial con Santa Claus, donde se reunirían infinidad de huéspedes.

Sabíamos de esta cena desde antes de venir y dado que era acogedora y destinada a los niños, pedían que fuésemos con ropa informal y con algún motivo navideño. Por lo cual conseguimos cinco sudaderas iguales blancas con un Papá Noel en el pecho bordado en rojo, eran preciosas y quedábamos divinos para las fotos y vídeos.

Nos fuimos hacia la cena en el trineo eléctrico que teníamos alquilado. La música en vivo y todos los personajes que nos rodeaban creaban un ambiente mágico. La cara de Olivia era todo el rato de asombro, no podía ocultar su felicidad.

Nos acomodaron en una mesa redonda ya preparada con cinco cubiertos. Nos sirvieron la bebida a la vez que nos dejaban unos entrantes de crujiente de langostinos y una crema fría tipo salmorejo, llena de tropezones de marisco.

Todas las mesas iban a disfrutar del mismo menú, excepto las personas que tuviesen intolerancia a algunos

productos, a quienes se les ofrecerían alternativas.

La animación era brutal y nada ruidosa. Además, hubo momentos por parte de los personajes que fueron de lo más divertidos y que nos sacaron más de una carcajada.

Mientras disfrutábamos del postre, hicieron su entrada triunfal en el escenario Santa Claus y sus elfos, llevando todos ellos unos sacos repletos de regalos, desatando así la euforia entre los niños, quienes aplaudían y gritaban emocionados.

Santa Claus iba señalando a los niños para que fueran subiendo, de uno en uno, para darles su momento. Les preguntaba qué querían: un regalo o pedir un deseo en alto, obviamente todos pedían su regalo.

Y llegó el momento en qué señaló a Olivia y la llamó por su nombre, no solo eso, se dirigió a ella para llamarla como «la divertida Olivia».

Se fundieron en un abrazo y se sentó en su pierna, momento que aprovechamos Julieta y yo para grabarlo en vídeo y los chicos para hacer fotos.

—Olivia, ahora te toca a ti elegir tu premio. ¿Regalo o deseo? —le preguntó mirándola con una sonrisa de oreja a oreja.

—Deseo —dijo ella feliz dejándonos a todos fuera de juego.

—Eres la primera niña que pide deseo. Me sigues sorprendiendo, Olivia. ¿Y qué deseas pedir?

—Deseo con todo mi corazón que Noa sea mi mamá. La quiero mucho y ella me adora, pero no puedo pedirle eso, ya que ella no me llevó en su barriguita. Sin embargo, si se puede cumplir como un deseo, lo prefiero por encima de cualquier regalo —dijo causándome un nudo en la garganta y no pude contener las lágrimas, bueno, comprobé que ninguno de los cuatro las pudimos reprimir—. No quiero a una mamá, quiero a Noa como mamá — dijo quitándose las lágrimas que a ella también le salían.

La gente se había quedado impactada y hasta Santa Claus se limpió las lagrimillas.

—Es el deseo más bonito que me han pedido, jamás un niño me hizo llorar —dijo este riendo y llorando a partes iguales, ante un público que tampoco había podido esconder la emoción del momento.

—¿Crees que se podrá cumplir y ella me quiera como una hija?

—¡Deseo concedido, hija! —grité antes de romper a llorar por completo y de que Sloan me abrazara

emocionado de igual manera.

—¡Hemos concedido el deseo! —gritó Santa Claus emocionado y todo el público que no sabía la historia, comenzó a aplaudir entendiendo que algo bonito había pasado.

Me dirigí al escenario y cogí a la pequeña en brazos para abrazarla con todas mis fuerzas.

—Aunque tú no lo supieras, me moría de ganas porque me vieras como a una madre, porque yo te quiero con el corazón y, aunque en el cielo está esa persona que nunca dejará de serlo, aquí en la tierra me tendrás a mí para ver el reflejo de lo que ella te hubiera dado. Te quiero hija, estoy deseando que me llames siempre mamá.

La gente aplaudía emocionada y Olivia no dejaba de llorar de la emoción agarrada a mi cuerpo.

—Vamos a hacer una votación entre el público —dijo Santa Claus—. Que levante la mano quién piense que esta niña merece también bajar del escenario con su regalo.

Todos, absolutamente todos los que estaban en el salón del restaurante, levantaron la mano y la pequeña lloró más.

—Toma cariño, que sepas, que hoy has dado el mayor ejemplo de amor que puede dar alguien de tu edad.

—¿Puedo decir una cosa? —le preguntó Olivia a Santa Claus y todos rieron con su dulzura.

—Claro, preciosa.

—Quiero decirle a mi tía Julieta —la señaló— que, aunque me hayan quitado el móvil por llamarla bruja —el público se echó a reír—, siempre será mi bruja tía favorita.

—Ahora sí que te como —dijo viniendo hacia el escenario y subiendo a abrazarla fuertemente.

—A mí llámame bruja, pero que nunca se te olvide que yo también te amo con todo mi corazón y que, si tu padre no te devuelve el móvil, yo te compro otro y lo escondemos —dijo haciendo reír más aún a todos—. Por cierto, que suba el padre y el tío que son los que faltan —animó Julieta y todos lo pidieron a gritos.

Subieron, claro que subieron, y la pequeña estaba que no cabía en sí de gozo, la felicidad podía verse reflejada en su cara.

—Quiero decir —comenzó a hablar inesperadamente Edwin— que somos la familia más atípica del mundo,

pero que nos queremos un montón —dijo provocando un gran aplauso. Julieta y yo nos echamos a reír, Edwin era mucho Edwin.

—Bueno, aquí el padre y no voy a ser el único en no hablar. Pequeña —se dirigió a su hija—, no te voy a devolver el móvil, por ahora, por mucho que no tengas internet, pero que hoy me has dado la mayor lección de amor que un padre pueda recibir. —Le dio un beso y luego me miró a mí—. Yo sabía que tú serías la mamá de mi hija —dijo emocionado y sin poder contener las lágrimas—. Gracias por transformar nuestras vidas y hacernos sentir a Olivia y a mí, que tenemos una familia. —Nos abrazamos llorando mientras el público aplaudía.

Cuando bajamos la gente nos decía cosas bonitas y la verdad es que, sin saberlo, este viaje se había convertido en ese momento que todos en silencio deseábamos.

Nos quedamos para la fiesta, porque después de la cena pasamos a la zona de pista donde bailaron los personajes con los niños mientras los padres tomábamos una copa viendo lo que ellos estaban disfrutando.

Mi pequeña, esa era mi pequeña, quien había conquistado mi corazón con la complicidad que compartíamos, y que nos habíamos mostrado para decir verdad.

Sloan estaba de lo más emocionado y feliz, no dejaba de abrazarme, besarme, hacerme guiños y tener innumerables muestras de amor, ese que sentía por mí y del que yo no dudaba en ningún momento.

Por desgracia, perdí al que iba a ser mi hijo, pero había ganado una hija y un hombre que hacían que mis días se convirtieran en un verdadero caos de felicidad, del que yo disfrutaba de mil maneras.

Estuvimos hasta las dos de la mañana celebrando que por primera vez vivíamos un final y un principio de año juntos. La magia de estas fiestas me trajo momentos llenos de alegría, pero también de nostalgia, deseando que mi padre hubiera estado allí. Pero todos ellos estaban cubriendo un sinfín de sentimientos que perdí cuando mi padre marchó tan repentinamente.

Los amaba y amaba la vida que estaba construyendo juntos ellos. Y bendito viaje al Caribe, que marcó el camino de un futuro que jamás pude imaginar de esta manera, pero que estaba siendo de lo más perfecto a pesar de esos baches que tuvimos que pasar en aquellos momentos de Escocia.

pero que nos queremos un montón —dijo provocando un gran aplauso. Julieta y yo nos echamos a reír, Edwin era mucho Edwin.

—Bueno, aquí el padre y no voy a ser el único en no hablar. Pequeña —se dirigió a su hija—, no te voy a devolver el móvil, por ahora, por mucho que no tengas internet, pero que hoy me has dado la mayor lección de amor que un padre pueda recibir. —Le dio un beso y luego me miró a mí—. Yo sabía que tú serías la mamá de mi hija —dijo emocionado y sin poder contener las lágrimas—. Gracias por transformar nuestras vidas y hacernos sentir a Olivia y a mí, que tenemos una familia. —Nos abrazamos llorando mientras el público aplaudía.

Cuando bajamos la gente nos decía cosas bonitas y la verdad es que, sin saberlo, este viaje se había convertido en ese momento que todos en silencio deseábamos.

Nos quedamos para la fiesta, porque después de la cena pasamos a la zona de pista donde bailaron los personajes con los niños mientras los padres tomábamos una copa viendo lo que ellos estaban disfrutando.

Mi pequeña, esa era mi pequeña, quien había conquistado mi corazón con la complicidad que compartíamos, y que nos habíamos mostrado para decir verdad.

Sloan estaba de lo más emocionado y feliz, no dejaba de abrazarme, besarme, hacerme guiños y tener innumerables muestras de amor, ese que sentía por mí y del que yo no dudaba en ningún momento.

Por desgracia, perdí al que iba a ser mi hijo, pero había ganado una hija y un hombre que hacían que mis días se convirtieran en un verdadero caos de felicidad, del que yo disfrutaba de mil maneras.

Estuvimos hasta las dos de la mañana celebrando que por primera vez vivíamos un final y un principio de año juntos. La magia de estas fiestas me trajo momentos llenos de alegría, pero también de nostalgia, deseando que mi padre hubiera estado allí. Pero todos ellos estaban cubriendo un sinfín de sentimientos que perdí cuando mi padre marchó tan repentinamente.

Los amaba y amaba la vida que estaba construyendo juntos ellos. Y bendito viaje al Caribe, que marcó el camino de un futuro que jamás pude imaginar de esta manera, pero que estaba siendo de lo más perfecto a pesar de esos baches que tuvimos que pasar en aquellos momentos de Escocia.

Capítulo 26



Había pasado un tiempo desde que habíamos regresado de Laponia, siendo una verdadera familia en la que la niña comenzó a llamarme mamá. Yo me sentía de lo más feliz cuando escuchaba esa palabra, por mucho que la dijera constantemente, para mí, era como la melodía más hermosa que sus labios podían regalarme.

La pequeña iba por las mañanas a un centro privado, que no era un colegio, pero era educativo. Iba tres horas, la solía llevar yo y la recogía su padre. Estaba de lo más feliz porque había hecho una gran amiga llamada Violeta, a la que quería un montón y la trajo a jugar, más de una vez, a casa.

Sloan y Edwin solían pasar muchas mañanas en la playa surfeando, un deporte que les había enganchado y que les hacía muy felices.

Era principios de abril, así que estábamos en los inicios de la primavera. El tiempo era perfecto, ya que en esta zona teníamos una temperatura envidiable y disfrutábamos de más días de sol, que de frío.

La vida me sonreía y me sentía de lo más plena en mi relación con Sloan al que amaba con todo mi corazón.

Acabábamos de dejar a Olivia en el centro. Julieta me solía acompañar cada día y luego nos íbamos a desayunar. Lo hacíamos ya como rutina y así aprovechábamos para luego hacer compras o lo que fuese. Siempre dejábamos a la niña a las diez y a la una la recogían los chicos cuando regresaban de surfear.

No nos dio tiempo a montarnos en el coche cuando una chica desconocida para mí me llamó por mi nombre.

—Noa, perdona —dijo consiguiendo que me frenase en seco al igual que Julieta.

—Hola —sonreí—. ¿Nos conocemos?

—No sé por dónde empezar ni si hago bien en venir a contarte algo que sé que no te va a gustar, pero siento que debo informarte sobre lo que está pasando con Sloan, tu pareja.

—¿De qué nos conoces?

—Soy seguidora vuestra —se refirió a nosotras dos—. Desde Navidades que sacaste por primera vez a tu pareja, se nos hizo a todas una cara conocida por lo que, sin querer, me tope con algo.

—¿Con qué? —pregunté sin entender nada.

—Hago surf y una mañana vi a Sloan con alguien detrás del coche en la zona de los aparcamientos de la playa. Les hice una foto cuando me di cuenta de que esa chica no eras tú, pero por desgracia, no fue la primera vez y… —Me dio su móvil con una foto de Sloan besándose con otra que también llevaba un traje de surf, pensé que me iba a desmayar—. Puedes ir pasando —dijo para que viésemos todo el contenido.

—¿Me las puedes pasar por el chat de Instagram, por favor? —le pedí.

—Claro, siento mucho esto, pero creo que no te mereces que te la estén jugando. Eres muy luchadora.

—Gracias, ¿cómo te llamas?

—Ainara.

—Vale.

—Ya te las he pasado.

—Gracias —dije antes de marcharme, montándome en el coche al que entré temblando.

Arranqué y salí de allí rompiendo a llorar y cagándome en todo lo que tenía que ver con ese ser, menos la niña, esa no tenía culpa de nada.

—Vamos para tu casa.

—Sí, tranquila, no pienso ir a una terraza a tomarme un café con este ataque de nervios. ¡Es un hijo de puta! —Lloraba sin consuelo desgarrada por el dolor de saber que ese hombre, al que creía perfecto, era un maldito sinvergüenza que me la había jugado por completo mientras me hacía creer que era la mujer de su vida y él, el hombre perfecto. De risa…

Estuve toda la mañana llorando sin consuelo, me dolía el alma, sentía que ya no quería ni vivir, que ya no tenía ilusión por nada. Me habían defraudado por completo y lo peor de todo, es que no quería ni verlo en pintura.

Justo cuando sabíamos que iban a llegar, Julieta salió hacia fuera y le dijo a Sloan que se llevaban a su casa a la niña a comer. Obviamente este ya supo que pasaba algo.

Tal y como entró, no anduve con rodeos, ya que lo que más ganas tenía era perderlo de vista. No quería ni escucharlo hablar, pero por desgracia tenía que ponerlo en contexto.

—¿Quién es ella? —Le comencé a pasar las fotos de ellos en el móvil y su cara se transformó por completo.

—Ella no tiene culpa de nada, no sabía ni que tenía pareja, pero yo sí puedo decirte que por mi parte fue el mayor error de mi vida. Hace una semana le dije la verdad y que no quería seguir viéndola porque me había dado cuenta de que la había cagado a lo grande y que te amaba con todo mi corazón —me confesó sin negar absolutamente nada ni quitarse culpa de algún modo.

—Pues ese error, lo vas a pagar para toda tu vida. Quiero que salgas de mi casa hoy mismo, te vas a un hotel o dónde quieras; mientras te decides, puedes dejar a la niña aquí porque ella no tiene culpa de nada, aunque sí pagará todo gracias a ti, porque Olivia era feliz aquí y tú acabas de arruinar su vida y la de todos. No te quiero ni escuchar, Sloan, recoge las cosas y vete, no te mereces estar a mi lado ni un solo día.

—Noa…

—¡Qué te vayas! —le grité mirándolo con odio.

Se fue hacia el cuarto y yo me metí en la cocina a tomarme un café y esperar a que se marchara. Me daba igual dónde fuera, me importaba una mierda, pero esa deslealtad no se la iba a perdonar en la vida porque yo no me la merecía.

Edwin apareció y yo sabía que lo había llamado él. Lo ayudó a sacar maletas y bolsas con sus cosas, incluso se llevó las cosas de la niña, pero eso era decisión suya. Amaba a la pequeña, pero por desgracia no tenía ningún derecho sobre ella y eso me iba a terminar de matar. La realidad es que legalmente era su hija, mía solo lo era de corazón.

En menos de una hora, vaciaron todo y lo metieron en el coche de Sloan, se lo había comprado hacía dos meses y era un SUV, por lo que tenía mucho espacio. Cuando ya no le quedaba nada, se detuvo en la puerta de la cocina antes de irse.

—Espero que algún día podamos hablar desde la calma.

—Vete a la mierda, Sloan, vete a la mierda.

Se marchó y yo no quería saber ni a dónde ni nada, para mí ese hombre había muerto en vida. Lo que más me dolía era Olivia, eso es lo que más me desgarraba porque se iba a llevar el daño colateral de todo esto.

Media hora después, apareció Julieta. Me abrazó y volvimos a llorar juntas.

—Les he dejado mi casa dos días para que busquen a dónde ir. Dejé comiendo a la pequeña en el salón viendo dibujitos cuando llegaron y hablé con Edwin. Le he dejado, él tiene mucha culpa en esto, primero por taparlo y segundo por no habérmelo contado sabiendo lo importante que eres para mí.

—Pero esto no tiene que ver con vosotros.

—Quien te hace daño a ti, me lo hace a mí. ¿Qué puedo esperar de un hombre que tapa algo así cuando me están dañando indirectamente? Tú vas por delante de todo, amiga, que no se te olvide.

Nos abrazamos llorando como dos niñas pequeñas a las que nos habían arrebatado la vida. Así era, por muy fuerte que sonase, nos habían roto la felicidad en mil pedazos, habían destrozado todo lo bonito que habíamos formado en tan poco tiempo.

Jamás me hubiese esperado de Sloan esa lealtad y nunca vi ni lo más mínimo que me hiciera pensar que él estaba tonteando y jugando con otra, bueno con las dos, porque, aunque lo de la otra fuera un rollo, le había ocultado la verdad de lo que había detrás sin darle opción a decidir si quería estar con él o no en esa situación.

Al día siguiente le llegó un mensaje a Julieta:

Edwin: *Te he dejado la copia de las llaves en la mesa del salón. Ya hemos abandonado la casa después de que una empresa de paquetería viniera a por todo para llevárnoslo a Escocia. Regresamos a Inverness, ya que en tres horas cogemos un vuelo. Allí nos van a dejar una casa momentáneamente hasta que compremos cada uno la nuestra. Gracias por todos los momentos vividos, me voy con el corazón roto, pero entendiendo que no actué bien y que debo pagar por ello. Te merecías que te lo hubiera contado desde el principio. Sloan habló con la niña y le dijo que Noa había tenido que irse con sus abuelos urgente de viaje porque un familiar estaba malito. No quería meteros a ninguna de las tres en una triste despedida. Espero que algún día me perdones, porque reconozco que fallé, pero también te prometo que te he amado como jamás amé a nadie. Y te juro por mi vida que fui yo el que hice entrar en razón a Sloan, que pronto se dio cuenta del fallo que había cometido, pero ya no había marcha atrás.*

s

1

Capítulo 27



Habían pasado tres meses desde que desaparecieron de nuestras vidas, dejando un vacío y un dolor incalculable del que aún nos estábamos recuperando porque el duelo había sido de lo más duro.

Julieta se había sentido de lo más decepcionada con Edwin porque ella no perdonaba que él hubiera estado al tanto de lo de Sloan y que no le hubiera dicho nada para que ella hubiera podido protegerme de lo que me estaban haciendo.

Tuve la suerte de conseguir, gracias a un despacho de abogados en España que colaboraba con uno en Escocia, que para el juicio que se celebró un mes después de su partida, yo pudiera hacerlo por videollamada. Debido a la presión ejercida sobre el estado que me había ocasionado lo que me hicieron, el juez accedió a mi solicitud, y pude testificar sin tener que ir allí y encontrarme con ellos.

Solo estuve presente durante mi declaración, y yo solo veía al juez y a los abogados, en ningún momento a los demás, lo cual resultó ser un gran alivio.

La sentencia se emitió a los diez días, condenando a Hanna y a Rose a cinco años de cárcel y a pagarme, de manera solidaria, una compensación de cien mil libras esterlinas. Al cambio eran unos ciento dieciocho mil euros, que recibí unos días atrás.

En las redes no dejaban de preguntar por Olivia a la que echábamos mucho de menos, pero jamás nos pronunciamos sobre nada y muchos dieron por hecho que tanto ella como Sloan y Edwin ya no estaban en nuestras vidas.

Lo que más me partía el alma era la pequeña a la que echaba tanto de menos que a veces pensaba que me iba a volver loca.

Estábamos volando, ya que habíamos decidido que era hora de irnos de vacaciones, como el año anterior. Solo que esta vez, no queríamos hombres en nuestras vidas, solo disfrutar la una de la otra e intentar evadirnos un poco de toda la historia que queríamos dejar atrás.

Lo mejor de esta experiencia era que no nos había costado ni un euro, ya que habíamos firmado la mejor colaboración pagada que nos habían ofrecido en un nuevo resort de lujo que se había abierto a pie de playa en una isla caribeña. Nos habían pagado los vuelos y la estancia, que debíamos cumplir por quince días con todo incluido

El comandante nos indicó que estábamos a punto de aterrizar en San Juan de Puerto Rico y las dos nos abrazamos emocionadas porque nos hacía una ilusión tremenda este destino y lo que habíamos visto del resort por fotografías. Tremendo contenido el que íbamos a tener la posibilidad de grabar durante las dos semanas, tanto en el alojamiento como en los lugares a los que fuésemos a conocer.

Un chófer nos esperaba con un cartel con nuestros nombres y nos quitó el carrito en el que llevábamos las dos maletas grandes y las dos pequeñas para llevarlo él hasta el coche. Era muy amable y gracioso.

El viaje, que duró casi dos horas, nos llevó hasta un imponente hotel que nos dejó boquiabiertas. Si por fotos era bonito, verlo en directo era una experiencia sobrecogedora.

El coche nos dejó en la misma entrada del hotel, donde un botones, con una sonrisa tan amplia que parecía a punto de romperse, nos abrió la puerta dándonos la bienvenida. O era demasiado simpático, o estaba entrenado para recibir a los clientes. Obviamente, le devolvimos la sonrisa a la vez que le dábamos las gracias.

Cogió nuestras maletas para ponerlas en el carro mientras otro empleado nos guiaba con amabilidad hacia la recepción para realizar el registro y llevarnos a la habitación, donde ya nos esperarían nuestras maletas.

—No puedo con tanta simpatía —murmuró Julieta en un momento que no nos oían mientras nos dirigíamos al mostrador, que era impresionante, y en el que había cuatro chicas que nos recibían ya con otra sonrisa que se tocaban las orejas.

Fue entregar los pasaportes y llegar una camarera con una bandeja y dos granizados de coco y ron que estaban decorados de lo más caribeños. Ni falta hace decir que la otra también nos enseñaba su perfecta dentadura.

—Gracias —dijimos a unísono cogiéndolo para tomarlo mientras hacían el registro.

—Podéis acomodaros mientras os hago el registro —nos indicó señalándonos a unos sillones que tenían delante una pequeña mesa.

—¿Se puede fumar? —pregunté al ver que había ceniceros.

—Claro, estamos prácticamente al aire libre, se puede fumar en todos los sitios menos en el interior de los restaurantes, pero todos tienen mesas en la terraza y ahí sí que podéis fumar.

—Gracias.

Nos sentamos entre tanto ella preparaba todo y nosotras disfrutábamos del cóctel mientras nos fumábamos un cigarrillo.

—Creo que me estoy emparanoiando —murmuré viendo que con toda mirada que me encontraba del personal todos me sonreían demasiado.

—Mira, nos han pagado dos semanas de lujo y es un resort nuevo, yo me juego el pescuezo que les tienen a todos advertidos que sonrían a más no poder y que sean de lo más amables. Tienen que cuidar a los clientes para que luego hablen bien del lugar y comience a ser reconocido. Estos están más que entrenados.

—Pero mira, con esos clientes no son tan exagerados.

—Nos son *influencers*. —Se echó a reír provocando otra carcajada en mí.

—¿A qué va a ser eso?

—Pues seguro. Se nota que les sonríen y tratan bien, pero creo que con nosotras se están luciendo. Han debido de enseñarles nuestras fotos para que sean los mayores pelotas del mundo y hablemos virguerías de aquí, pero vamos ¿cómo no lo vamos a hacer con lo que nos han pagado? Por mí como si me llaman puta, que el dinerito ya lo tengo en mi cuenta.

—Eres muy bruta. —Reí—. Pero joder, ¿qué vamos a estar viéndoles las muelas a todos los trabajadores durante quince días? —resoplé agobiada.

—Tranquila, solo tenemos que descubrir el lugar y las zonas que más usaremos, que fijo que es la barra de la piscina —dijo riendo.

—Y el chiringuito de la playa —advertí.

—Así que a los que hay que controlar son a los empleados de esos sitios con los que nos toparemos más a menudo. A esos déjamelos a mí que los voy a mandar a todos al dentista, diciéndoles que se les ve una muela picada.

—Eres muy capulla, al final terminamos con más de uno mal.

—Pues a aguantarnos que el contrato dice que, si abandonamos antes de los quince días incumpliendo la estancia, tenemos que pagarle el doble de lo que nos han abonado, y yo paso de tener que vender la casa para irme

a un camping a vivir —decía a carcajadas.

—Por mí como si consiguen llevar la sonrisa detrás de las orejas. Los que están fingiendo son ellos.

Nos devolvieron el pasaporte, nos entregaron una llave de tarjeta a cada una y nos acompañó Vicente, el señor que nos recibió con el botones, ya que nos iba a explicar el funcionamiento de la villa. Ni que fuésemos gilipollas, pero bueno, así lo tendríamos enseñando las muelas un ratito.

Los jardines frente al mar eran lo más alucinante que habían visto mis ojos, además, el hotel tenía carteles de madera con señalizaciones por todos los lados, estaba todo tan perfectamente decorado que era una mezcla de modernidad por la de colores que había y de elegancia por la arquitectura y gusto del decorado de todo el resort.

Todas las habitaciones eran villas, unas con piscina privada, como en nuestro caso, y otras solo con una terracita de jardín más pequeñita que la nuestra.

Flipamos con el interior de la villa en la que el baño era una pasada en colores vivos de todo tipo y destacando lo colonial, rústico y elegante. Me quedaba sin palabras, además de que tenía una parte al aire libre, sin techar.

No faltaba detalle, contaba con televisión, un minibar repleto de bebidas gratuitas, al igual que todo lo que consumiéramos en el resort. Desde la piscina se podían apreciar las vistas a la playa y la terraza contaba con un acogedor rincón con sillones muy cómodos y mesa… ¡no faltaba detalle!

Nos despedimos de él después de intentarle dar una generosa propina, pero fue imposible que la aceptara, cosa que nos dejó a cuadros ¿Desde cuándo rechazaban en los hoteles la propina?

—Te lo juro por mi vida, que este es el resort más loco que he conocido en mi vida, no entiendo nada. ¿Tampoco la aceptó porque somos las *influencers* a las que tienen que pelotear? ¡Venga ya, es excesivo! —dijo Julieta rompiendo a reír y negando con gesto de incredulidad.

—Yo estoy en *shock*, jamás pensé que nos pudieran hacer tanto la pelota por el simple hecho de que vayamos a recomendar su resort en nuestras redes. Peloteo nivel Dios. —Volteé los ojos.

—¿Sabes que te digo? Que me voy a meter en el papel de Diosa y que me peloteen todo lo que quieran que yo de este lugar pienso disfrutar hasta exprimir todas mis penas.

—Pues muy bien dicho, me apunto.

,

a

Capítulo 28



Nos despertamos a las seis de la mañana, dado que con el cambio de horario estábamos de lo más desubicadas.

El día anterior llegamos al resort a las siete de la tarde y ya nos quedamos en el bungaló a descansar, ya que el viaje había sido largo y agotador. Pedimos unas hamburguesas para cenar al servicio de habitaciones y nos acostamos pronto porque estábamos rendidas.

—Qué bonito se ve todo —exclamé mientras abría las cortinas para mirar hacia afuera a través de las enormes puertas de cristal que llevaban a la terraza.

—Sí, joder, qué belleza de amanecer. —Se levantó rápidamente para asomarse.

—Voy a preparar dos cafés, que esto de que tengan máquina de café de cápsulas es todo un lujo y encima de nuestro sabor favorito.

Había azúcar en la zona del café y en la nevera unas botellitas pequeñas de leche, todo estaba cuidado al detalle incluso la marca de café era la que nosotras tomábamos en casa.

Nos sentamos, cada una con un café en la mano, mientras admirábamos la belleza de ese primer amanecer que disfrutábamos en la isla. Hice un vídeo de mi mano sujetando el café con la piscina y la playa de fondo. La subí como historia poniendo mención y ubicación del resort al que ya comenzábamos a hacer promoción desde este momento.

—¿Y que nos hayan pagado esa barbaridad para disfrutar de esto quince días? —murmuré en voz alta cuando me lo preguntaba a mí misma.

—Es una barbaridad, pero hay que reconocer que somos tendencia desde hace mucho tiempo en las redes, somos de las más seguidas. Para ellos esto les da una visibilidad increíble.

—Pero muchas hubieran venido gratis a cambio solo del viaje y que se lo pusieran todo por delante.

—Las de nuestro nivel habrían venido por mucho menos dinero, pero gratis, jamás. Eso significaría retroceder, y ninguna de las dos hubiésemos aceptado venir sin tener remuneración, porque en ese caso tendríamos infinidad de lugares para elegir nosotras el destino. Y eso es lo que ellos no quieren, que vayamos a donde nos dé la gana, nos quieren aquí y eso les ha costado una buena suma de dinero.

—Pero sesenta mil euros es mucho.

—Bueno, pero piensa que, por poner una publicación desde casa de algún producto, nos pagan hasta tres mil euros. No es tan desorbitado que nos hayan pagado ese dinero cuando aquí tenemos que estar forzosamente quinc días.

—También es verdad —suspiré y me sentí afortunada de ser la elegida junto a Julieta.

Nos pasamos una hora sentadas en la terracita antes de vestirnos para irnos a buscar el restaurante donde se servían los desayunos, y que ya habíamos localizado gracias al mapa que nos entregaron en la recepción al llegar.

Nos dirigimos por el caminito que nos indicaba el mapa y a partir de ahí, nos guiamos por los carteles que indicaban por dónde seguir para llegar hasta él.

Nos hicimos en los jardines por donde pasamos, mil fotos antes de llegar a la terraza del restaurante, que era precioso, todo en madera y piedra. Cogimos una mesa en el exterior que tenía su techo de paja, dejándonos a la sombrita.

’ Le pedimos un par de cafés a una camarera muy amable y nos dirigimos al bufé para coger nuestro desayuno. Las dos nos decantamos por coger unas rodajas de aguacate, huevos a la plancha, beicon crujiente y unas rebanadas de pan. Esa combinación era nuestro vicio, aunque había una gran variedad de todo y para todos los gustos.

—Tanta amabilidad y sonrisa fingida me incomoda. Fíjate como con los son amables y les sonríen, pero sin ser tan excesivos, es que está claro, desde ayer que lo comprobamos en el vestíbulo, es más que evidente que solo lo hacen con nosotras. Estoy por escribir al responsable del contrato y decirle que hagan el favor de ordenar que dejen de hacer el tonto —rebufé.

—Déjalos, ya lo hemos hablado, nosotras a lo nuestro en plan celebridades.

—Nosotras no somos así, hija, por mucho que lo intentemos.

Desayunamos con calma, disfrutando de una mañana tan radiante y llena de vida que enamoraba la vista. Estab

feliz de estar aquí, aunque obviamente yo seguía hecha polvo por todo el dolor que me había causado el maldito escocés.

Cuando nos cansamos de estar sentadas ahí, nos fuimos hacia la playa para dar un paseo por la orilla, donde aprovechamos para hacernos unas fotos de lo más bonitas. Parecía que todo se había alineado para conseguir un contenido increíble al comenzar ese día.

Eran las once de la mañana cuando decidimos irnos a la piscina que tenía una barra acuática en la que nos queríamos tomar nuestra primera cervecita.

e

—Buen día, señoritas —dijo el joven que, según el letrero que llevaba en su pecho, se llamaba Luis y nos sonreía hasta casi enseñarnos la muela de juicio. Tenía una preciosa dentadura, pero ya veía yo que Julieta le iba a dar el día y no me equivoqué.

—Buenos días —dijimos al unísono, sonriendo.

—Una cosita, ¿te has mirado las caries que se ven en tus muelas finales? —le dijo Julieta señalándole su boca.

—No, señorita. —Puso cara de horror y redujo la sonrisa, es más, no enseñaba ni los dientes.

—Pues te aconsejaría que te lo revises y que, mientras tanto, no sonrías tan ampliamente porque aparte de fingido, se ven esas caries que no están bonitas —mintió provocando que Luis se pusiera más nervioso.

Ni cinco minutos después llegó otro camarero y vimos como este se iba un poco hacia atrás para enseñarle la boca. Lo habíamos dejado tocado. El otro le decía que no le veía nada, pero Luis no se quedó muy convencido. Su sonrisa ya no era tan amplia porque evitaba enseñar las muelas. Tuve que aguantar la carcajada que me provocaba la situación.

La música que sonaba era toda latina, como buena isla caribeña. Me encantaba el repertorio tan variado que sonaba con las canciones que estaban más de moda y también las que más habían sonado a lo largo de estos últimos años. Me recordaban a la pandemia, cuando comenzamos a hacer nuestros pinitos en las redes y nos fuimos haciendo virales con esos bailes.

Nos íbamos animando al ritmo de música, de las cervezas y de lo bien que se estaba sentaditas con el agua por encima de las caderas. Me sentaba, me levantaba a mover el cuerpo, cantaba y hasta grabábamos vídeos con todos esos momentos en que intentábamos disfrutar de la vida y olvidarnos de las penas que ya nos habían consumido bastante. De ahí a que ahora luciera tipazo, con seis kilos menos, cinco en el caso de Julieta.

a A la una de la tarde éramos las reinas de la piscina y teníamos a nuestros pies a Luis, al que ya le habíamos

confesado que era broma lo de las caries y casi nos tira una botella, obviamente bromeando. Aprovechamos para decirle que sabíamos que les habían ordenado una sobredosis de amabilidad, pero que tan excesiva nos resultaba incómoda. Y aunque, obviamente, no nos lo confirmó, sí nos dio la razón y comenzó a comportarse más natural y oye, que era simpático a rabiar y estaba pillando una confianza que nos soltaba unas cosas que nos hacían partirnos de la risa.

Los puertorriqueños eran divertidos, de sangre caliente y de lo más caribeños en todos los sentidos ya que llevaban el son en las venas.

Con decir que salimos de la piscina a comer y luego regresamos, ya es suficiente aval para confirmar lo bien que nos sentíamos en ese rinconcito en el que también nos entraban nuestros bajones, pero que arreglábamos rápidamente cantando a ritmo de Karol G o de Maluma, entre otros.

Por la noche estuvimos tomando unas copas en la playa, donde disfrutamos un rato bailando con el equipo de animación, que hizo que todo el mundo se moviera al ritmo de reggaetón, salsa y otros bailes latinos que destacaban en todo el caribe.

Destrozadas, a la una de la madrugada íbamos descalzas hacia nuestro bungaló con un puntito descomunal. Tuve que pararme dos o tres veces porque me meaba de la risa y de lo que no era la risa, pero no dejábamos de da mil vueltas. Tenía la sensación de que siempre regresábamos al mismo lugar, como si estuviésemos andando en círculos, hasta que un empleado nos vio y, al preguntarnos a dónde íbamos, se ofreció a guiarnos para que pudiésemos llegar a nuestro destino.

Nos tiramos en la cama vestidas, literal, no teníamos fuerza ni para quitarnos la ropa, estábamos que nos sobraban los pies y medio cuerpo.

—Noa, ¿me desvistes?

—Sí hombre, desvísteme tú a mí —dije riendo.

—Estamos predestinadas a dormir como las guarras, con la misma ropa que han llevado puesta.

—Todo lo guarra que tú quieras, pero yo no me muevo —dije abrazando a la almohada.

—Mañana, más y mejor.

—Mañana, quemamos el resort —dije riendo.

Y así fue como nos quedamos dormidas después de haber pasado un primer día en el que habíamos disfrutado

como hacía tiempo no lo hacíamos…

r

como hacía tiempo no lo hacíamos…

Capítulo 29



De nuevo, estábamos a las seis de la mañana en pie y me fui directa a la ducha donde me recreé bajo el agua y fui regresando a la vida.

Mientras Julieta se duchaba, yo me puse a preparar los cafés que saqué al jardín antes de tomarme una pastilla para el dolor de cabeza, que no es que lo tuviera intenso, pero la resaquilla se hacía de notar.

Dicen que después de la fiesta viene el bajón, y eso me debía estar pasando a mí, ya que estaba de lo más deprimida. Me lo había pasado genial, pero eso no quitaba el dolor y el vacío que sentía tan grandes.

—Estamos para que nos den —dijo Julieta sentándose a mi lado y acariciando mi espalda.

—Sí, estamos de bajón —respondí casi sin voz y con tristeza.

Estuvimos hasta las diez de la mañana sin movernos del porche más que para hacer café. No teníamos el comienzo de día de lo más animado, ya que estábamos por los suelos.

Nos dirigimos al restaurante donde tomamos asiento en la terraza y pedimos unos cafés antes de entrar a coger el desayuno. Esta vez estábamos tan cabizbajas, que terminamos cogiendo solo unas piezas de fruta y un par de zumos de naranja para acompañar al café.

Regresamos a la mesa y me encendí un cigarrillo mirando hacia la piscina y el mar. Tenía un nudo inmenso en la garganta y la sensación de que hiciese lo que hiciese, no iba a ser nunca más tan feliz como lo fui antes de la traición.

Estábamos con la mente en blanco y en nuestro mundo, en un silencio que fue irrumpido de la forma más inesperada.

—¡Mamá! —Escuché una voz que me llevó a mirar hacia ella y ver ante mí a Olivia que me miraba nerviosa y sin moverse. Estaba al lado de una empleada.

—Olivia… —murmuré casi sin fuerzas y rompiendo a llorar.

—Mamá… —repitió acercándose a mí mientras yo abría los brazos y mis lágrimas casi me nublaban la vista.

La abracé mientras la subía a mi regazo y me quedé así un buen rato mientras la escuchaba llorar a ella de la emoción.

—Cuando yo estaba muy malita, mi papá me prometió que te volvería a ver.

—¿Cómo de malita? ¿Qué te pasó?

—Estuve mucho tiempo sin comer porque te echaba de menos y lloraba mucho.

—¿Qué me estás contando? —pregunté mirándola en mi regazo sentada.

—¿Quieres que la deje a tu cargo? —me preguntó la empleada como si tuviera orden de ello.

—Sí, por favor —le pedí mientras veía cómo Julieta se agachaba a abrazarse con Olivia a la que no dejaba de abrazar. Su bruja favorita…

—Estuve mucho tiempo en el hospital —nos confesó mirándonos a ambas desde mi regazo—. Mi papá lo pasó muy mal porque no me ponía buena y yo solo le pedía estar contigo. Me prometió que lo conseguiría.

—¿Por qué no me llamó? —pregunté a la vez que me respondía a mí misma que no había sido capaz.

—Papá, me lo prometió —dijo abrazándome—. Mamá, no puedo vivir sin ti, no me abandones más tanto tiempo, por favor.

—Cariño, ¿tu papá está alojado aquí?

—Mamá, están papa y el tito, son los dueños del hotel, lo han comprado.

Miré boquiabierta a Julieta que estaba tan impresionada como yo.

—Exceso de simpatía y atención, una colaboración suculenta. ¡Somos gilipollas! —dijo Julieta riendo incrédula.

—Papá me lo prometió y lo ha cumplido —repitió ella mirándome a la vez que me volvía a abrazar y dejaba caer su cabecita en mi pecho—. Me prometió que cuando te viera iba a estar muchos días contigo.

—Dos semanitas que te ha regalado —dijo Julieta en tono bromista, pero con una gran verdad—. Y se me está ocurriendo de donde nos pagó la colaboración —me dijo a mí en tono gracioso.

—De la indemnización que le pagaron a él también del juicio —dije haciendo mímica para que la niña no se enterase.

—Efectivamente. Lo bueno fue el acuerdo de que no podíamos abandonar o pagábamos el doble, ya te dije que eso tenía algún sentido, lo que no me imaginé que fuera este —dijo echándole los brazos a la niña, ya que ella también la quería abrazar, ambas también se querían.

La pequeña entró al interior para coger unas galletas, ya que acababan de traerle su vaso de leche.

—No lo quiero ni ver, pero si todo esto lo ha hecho para que Olivia y yo nos podamos abrazar y estar juntas unos días —rompí a llorar de nuevo—, eso se lo agradeceré toda la vida, la misma que no le perdonaré los cuernos, pero cuando se hace algo bien, también hay que reconocerlo.

—No sé si superaré el cruzarme por aquí a Edwin.

—Yo pienso hacer como si no los conociera —dije contundente.

—Por un lado, nos hemos llevado la sorpresa de nuestras vidas con Olivia, pero lo otro, es el disgusto de nuestr vida.

—Ya estoy aquí, mami —dijo sentándose de nuevo en mi falda.

—Estás preciosa y has crecido mucho. —Le acariciaba su bracito.

—Estuve ingresada en el hospital porque había perdido mucho peso.

—Jo, cuánto lo siento mi vida. No volverá a pasar más.

—¿Cómo están mis abuelos?

—Te echan mucho de menos —confesé sin poder reprimir las lágrimas.

—Yo quiero irme contigo a España un tiempecito, no te quiero perder y necesito ver a mis abuelos. Sois mi familia.

—No llores mi vida, todo se hablará. —Me rompía el alma, y en estos momentos por ella era capaz de vender mi alma al diablo.

Una empleada se acercó y le dio el iPhone a Olivia que reconocí rápidamente.

—Dice tu papá que te lo quedes para llamarlo cuando quieras o necesites algo de vuestra habitación. Que puedes moverte con ellas por dónde quieras.

—Gracias —respondió sonriente.

—¿No tienes mi número?

—No, desapareció el tuyo, el de Julieta y el de los abuelos —dijo encogiendo sus hombros e imaginé que los había borrado Sloan para que a ella no se le ocurriera llamarnos y ponernos en ningún compromiso— ¿Me vuelves a guardar el de los abuelos y el de vosotras?

—Claro mi vida. —Cogí el móvil y le registré todos.

—Ahora tengo una tarjeta internacional porque la de España no valía —dijo llamando a mis abuelos por videollamada, ya que tenía el internet del hotel para llamar por WhatsApp—. Pero no tengo ni buscador ni la App ade compras —dijo riendo mientras esperaba a que mis abuelos respondieran, cosa que no sabía si lo harían, ya que no creía que cogiesen una videollamada de un número desconocido. Pero sorprendentemente mi abuela descolgó y al ver a la niña se puso a chillar su nombre mientras lloraba emocionada. A mi abuela le conté en su momento que pasaron cosas entre nosotros, pero no di detalles y ella sabía lo que yo había echado de menos a esa niña, al igual que ella que lo había pasado fatal.

—Olivia, ¿cómo estás, mi princesa?

—Abuela, tengo una sorpresa ¿la quieres ver?

—Claro mi niña.

—Mira. —Comenzó a tirar de mi camiseta para que apareciera en cámara.

—Hola —dije moviendo mi mano y riendo.

—¡Noa! ¿Estás con ella? ¿En Puerto Rico?

—Sí, me ha dado una sorpresa, no contaba con esto —dije emocionada.

—¡Hola, abuela! —dijo Julieta asomándose y saludando también.

—Abuela, escúchame a mí —le hablaba en un perfecto español—. Pronto voy a ir a verte unos días con Noa, ¿vale?

—Cuando quieras, es tu casa y siempre estará abierta para ti.

Mi abuelo se asomó con los ojos de haber llorado escuchando todo. La saludo y le dijo que la quería mucho.

—Yo también os quiero un mundo, abuelos.

Estuvo bastante rato hablando con ellos, que no dejaban de llorar de la emoción y quedamos que al día siguiente los volveríamos a llamar.

—¿Cómo es que tu padre te dio internet? —preguntó Julieta.

—Os lo he dicho, no tengo ni buscador, ni para descargar App, solo para llamadas de WhatsApp a los números registrados, y solo tenía el de papá y el del tito, no puedo hacer nada más con el móvil. Ahora sí que os tengo también a vosotras y a los abuelos, espero que no me desaparezcan nunca más —sonrió mirándonos feliz mientras mojaba las galletas en leche.

Después de desayunar nos fuimos a la barra de la piscina, pero antes pasamos por el bungaló para coger la protección solar, y echársela a la niña.

Estaba feliz, volvía a ser más feliz y el motivo no podía ser más bonito que el de volver a estar con mi niña, esa que no tenía culpa de nada de lo que había pasado entre nosotros. No podía dejar de comérmela a besos, al igual que Julieta.

Luis nos recibió con una sonrisa y saludó a Olivia de manera que se notaba que no era la primera vez que se veían. Ambos se hablaron con naturalidad y fluidamente.

—¿Dónde están tu padre y su hermano? —le preguntó este sirviéndole unos cacahuetes que le había puesto en un cuenco.

—Por el resort o en su villa, pero no lo sé exactamente, hoy estoy de día de chicas y no me interesan los hombres —dijo con todo su arte haciéndonos carcajear a lo grande.

—Entonces sobro hasta yo.

—No tú no, que nos tienes que poner lo que te pidamos. —Se encogió de hombros y afirmaba con su cabeza.

—Ah bueno, que al menos valgo para algo, qué suerte tengo, chica.

Le preparó a la pequeña un cóctel de zumos, pero con muy poquito hielo. Nosotras nos pedimos dos refrescos con mucho hielo, ya que era lo que nos apetecía, pero viendo cómo habíamos comenzado el día y cómo se iba sucediendo todo, no me extrañaría, para nada, que tuviéramos que tirar de nuevo de la cerveza, como mínimo.

—Todo este tiempo estuviste en Escocia, ¿verdad?

—Sí, en un piso primero, en el hospital y por último en la casa que compró papá días antes de venir aquí. Llegamos hace unos cuatro días —decía ella mientras comía los cacahuetes sin descanso.

—¿Y la nueva casa es en Inverness?

—No, no, ahora vivimos en Edimburgo.

—¿Y el tito? —pregunté también por curiosidad y sabiendo que Julieta seguro que lo quería saber.

—También, pero él en otra calle y la casa es diferente.

—¿Y te gusta Edimburgo?

—No, a mí me gusta España con vosotras. —Puso cara de puchero y le di un besazo bien grande.

—Yo te voy a llevar un tiempo conmigo a España así tenga que enfrentarme al maldito *Highlander* —dije y ella se echó a reír.

—Ya no quieres a mi papi, ¿verdad?

—Más de lo que se merece, pero no me hagas hablar. —Le hice una burla.

—¿No se merece que yo lo quiera?

—Sí, hija, sí, como padre es el mejor del mundo, dado que el mío ya no está —sonreí.

Estuvimos toda la mañana entre la piscina y la playa donde jugamos con la niña a hacer un castillo en la arena.

La pequeña decía que quería comer en la brasería del resort, donde preparaban todo de carnes a la parrilla y hacían la mejor hamburguesa del mundo. Así que aceptamos ir allí.

—Sí, hija, sí, como padre es el mejor del mundo, dado que el mío ya no está —sonreí.

Estuvimos toda la mañana entre la piscina y la playa donde jugamos con la niña a hacer un castillo en la arena.

La pequeña decía que quería comer en la brasería del resort, donde preparaban todo de carnes a la parrilla y hacían la mejor hamburguesa del mundo. Así que aceptamos ir allí.

Capítulo 30



Cogimos una mesa en la terraza del restaurante, que era precioso, como todo lo que lucía en el resort, pero este contaba con uno aires acondicionados exteriores que eran una pasada la fuerza que tenían, conseguían tener el lugar de lo más fresquito. Cosa que era de agradecer.

—Yo quiero esta hamburguesa. —Le señaló a la camarera el dibujo de la carta.

—Nosotras también la vamos a probar, ¿no? —me preguntó Julieta.

—Claro.

—¿Y de beber?

—Yo quiero un refresco —dijo Olivia levantando la mano y aprovechando que no estaba su padre.

—Nosotras también, Zero las tres —le pedí a la chica.

Nos acababan de traer los refrescos con unos nachos con guacamole cuando le entró a la niña una llamada de su padre. El corazón se me encogió por completo.

—Hola, papi —dijo descolgando y poniéndose el teléfono en la oreja—. Estoy con mi mamá y mi tía.

La pequeña se quedó en silencio escuchando algo que le estaba diciendo el padre.

—Vale, papi —dijo y quitó el teléfono de su oreja y me miró—. Dice mi papi si es posible que os veáis cinco minutos cuando comamos para poder hablar contigo sobre mí.

—De acuerdo, dile que estaremos en la barra de la piscina.

—Papi, dice mami que vamos a ir cuando comamos mi hamburguesa favorita al bar de la piscina donde está mi

amigo Luis, y que allí podéis hablar.

Colgó la llamada mientras nos decía que luego iba a ir a vernos.

—Espero que venga solo.

—¿Tú tampoco quieres a mi tito? —le preguntó a Julieta por el comentario.

—Yo solo te quiero a ti. —Le hizo cosquillas y ella comenzó a reír con carcajadas nerviosas.

La hamburguesa tenía una pinta increíble, le hicimos fotos y vídeos, pero es verdad que me costaba digerir cada bocado al saber que iba a encontrarme con Sloan, pero por la niña estaba dispuesta a tener una conversación con él.

También podía ver la inquietud en Julieta a pesar de que, como yo, intentaba disimular delante de la niña porque lo último que queríamos es que nada de esto le afectase, y mucho menos después de haber descubierto que había estado ingresada en el hospital por lo mal que lo había pasado.

Después de alargar la comida conscientemente, nos dirigimos a la piscina en la que Luis nos recibió con esa amplia sonrisa, pero no exagerada como el primer día.

—¡Luis ahora va a venir mi papi!

—Qué bueno, ya me has puesto nervioso con el jefe —dijo causándole una risita a la pequeña.

Nos pedimos dos cafés helados y la pequeña se pidió un helado, que Luis no dudó en pedir por teléfono a la heladería del resort para que lo trajeran a la piscina.

En ese momento, levanté la mirada y vi a Sloan y Edwin acercándose a la piscina, pasando por el lado de la barra para bajar por las escaleras que estaban a ambos lados.

Sus rostros eran serios, como cabizbajos. Noté cómo Julieta se ponía temblorosa.

—¡Papi, tito, que estamos aquí! —gritó ella como si no nos hubieran visto.

La saludaron con la mano antes de quitarse las camisetas y dejarlas sobre una hamaca para meterse en la piscina. Sloan también había perdido peso y aunque lucía increíble porque tenía un cuerpazo, se podían apreciar esos kilos de menos.

Entraron a la piscina y nos saludaron con dos besos a cada una. Los aceptamos por respeto a la niña, ya que ninguna quería montar un escándalo, todo lo contrario, queríamos intentar demostrarle a la pequeña que por ella éramos capaces de cualquier cosa.

Se pidieron un café espresso y Edwin se puso a hablar con Olivia mientras Julieta miraba hacia su vaso escuchando. Sloan se puso a mi lado.

—¿Qué tal estás? —me preguntó y me giré hacia él para dejar de espaldas a los otros y poder tener esa conversación que me había pedido.

—Bueno, feliz con la colaboración —sonreí falsamente.

—La pequeña lo ha pasado muy mal por mi culpa.

—Me dijo que estuvo ingresada.

—Sí, dos semanas y pensé que no salía de esa. Estaba demasiado débil.

—Me ha partido el alma enterarme.

—No te avisé porque no quería ponerte en ningún compromiso.

—No tienes que justificar nada.

—Hablé con tu abuela para asegurarme de que seguías echando de menos a la niña, no quería arrastrarte sin estar seguro de ello.

—Vaya con mi abuela, bien que se lo guardó.

—Se lo pedí encarecidamente. Ellos también la echan mucho de menos.

—No hace falta que me lo confirmes —sonreí.

— Quiero que formes parte de su vida y que, cuando lo desees, la lleves contigo. Ninguno de vosotros, ni ella, merece pasar por un distanciamiento por algo que hice yo solo y que no fue culpa de vuestra.

—Me alegra que lo veas así, eso dice mucho de ti como padre y persona. Puede que haya otras cosas que digan

lo contrario sobre ti como hombre, pero en este aspecto, me quito el sombrero ante ti.

—Lo de los quince días fue para que disfrutaras de unas vacaciones junto a Julieta y la niña, para que pudieseis estar con ella.

—Lo he imaginado.

—Si quieres que se quede con vosotras en vuestro bungaló a dormir algún día, solo tenéis que avisarme, el sí siempre lo tendréis.

—Gracias, Sloan. —Tragué saliva porque estaba a punto de derrumbarme.

—Estará en estos días con vosotras el tiempo que vosotras queráis, al igual que cuando os apetezca estar solas, solo me tiene que llamar e iré a por ella o mandaré a alguien si no te apetece que aparezca yo.

—Puedes venir tú, me estás dando el privilegio de poder estar con ella, no voy a ser tan absurda de prohibirte que vengas a por tu hija.

—Gracias, Noa, no sabes lo que te agradezco que te lo hayas tomado de esta manera.

—Es lo más bonito que me ha pasado desde hace un tiempo. Poder volverla a ver es lo único que deseaba en el mundo —confesé intentando retener las lágrimas.

—Cuando quieras y donde quieras, siempre podrás disfrutar de ella.

—Gracias, de verdad. Por cierto, le grabé a la niña nuestro teléfono y el de los abuelos. Los llamó y habló con ellos.

—Me hace muy feliz saberlo.

Me fije en qué Edwin y Julieta aún no habían intercambiado ni una sola palabra. Ambos solo se dirigían a la niña.

—Me ha dicho que estáis viviendo en una casa nueva en Edimburgo.

—Sí, Inverness para nosotros está, de algún modo, enterrado.

—Lo entiendo.

—¿Qué tal estáis en el resort?

—Bien, bueno al principio nos chocó tanta simpatía, un exceso de ella y todos de oreja a oreja sonriendo. Ya lo fui comprendiendo todo, pero no hace falta, a más de uno lo hemos mandado al dentista para que se revise las caries.

—Vaya, solo pedí un trato especial, pero como esto es nuevo, imagino que están luchando por mantener sus puestos de trabajo —sonrió negando.

—Me sorprende que os hayáis embarcado en comprar un resort.

—Lo hemos hecho para mover el dinero, debido a que de lo contrario los impuestos se terminarán llevando una parte de nuestro capital. Hicimos un par de movimientos empresariales.

—Qué bien, me alegro mucho.

—Es una cosa de paso, lo venderos en un año, seguiremos moviendo el dinero comprando y vendiendo.

—Estamos dispuestas a cada vez que inauguréis un hotel, hacer una colaboración —bromeé de los nervios que tenía.

—Lo tendremos en cuenta —sonrió y me trajo consigo muchos recuerdos—. Siento mucho lo que te hice, de verdad, sé que no tengo justificación ni la quiero tener, porque prefiero asumir toda mi culpa, pero tú no te lo merecías y yo perdí la cabeza. Lo tenía todo, no me faltaba de nada.

—Pues no lo pareció.

—Me la jugaron…

—Sloan, nadie te hace meterse en algo así si no quieres. —Intenté mantener la calma para no liarme a echarle cosas en cara. Yo solo quería poder estar con Olivia, y con él, para qué vamos a mentirnos, pero eso nunca más volvería a pasar porque lo que me hizo es una de las cosas que jamás le perdonaría a nadie en la vida.

—Ahora tengo otro juicio contra Rose…

—¿Contra Rose? Pero si ella sigue en la cárcel y ya la condenaron por lo que nos hizo.

—Nos hizo algo más que he descubierto y por eso volví a denunciarla.

—¿Nos hizo? —Lo miré extrañada.

—Me gustaría enseñarte la denuncia y las pruebas que hemos aportado.

—Y a mí me gustaría leerla, Sloan. —No sabía ahora por dónde podía venir la cosa, pero quería estar al tanto de todo.

Miramos hacia la niña y los chicos, ya que habíamos escuchado una carcajada. Obviamente podía ser por cualquier cosa que hubiera soltado la pequeña, ya que era experta en provocar risas.

—Si os apetece, vamos a tomar algo en un lugar más tranquilo y así la leéis las dos, porque creo que en cierto modo también Julieta debería de estar al tanto.

—Me parece bien —acepté mientras me giraba—. Julieta vamos a ir a tomar algo —le dije.

—Vale, os espero aquí.

—No, no me has entendido, me refiero a todos.

—Como quieras —murmuró, pero no en tono borde.

—¡Sí, todos! Como una familia —dijo la pequeña emocionada, y se giró para abrazarme por la cintura.

—Nos hizo algo más que he descubierto y por eso volví a denunciarla.

—¿Nos hizo? —Lo miré extrañada.

—Me gustaría enseñarte la denuncia y las pruebas que hemos aportado.

—Y a mí me gustaría leerla, Sloan. —No sabía ahora por dónde podía venir la cosa, pero quería estar al tanto de todo.

Miramos hacia la niña y los chicos, ya que habíamos escuchado una carcajada. Obviamente podía ser por cualquier cosa que hubiera soltado la pequeña, ya que era experta en provocar risas.

—Si os apetece, vamos a tomar algo en un lugar más tranquilo y así la leéis las dos, porque creo que en cierto modo también Julieta debería de estar al tanto.

—Me parece bien —acepté mientras me giraba—. Julieta vamos a ir a tomar algo —le dije.

—Vale, os espero aquí.

—No, no me has entendido, me refiero a todos.

—Como quieras —murmuró, pero no en tono borde.

—¡Sí, todos! Como una familia —dijo la pequeña emocionada, y se giró para abrazarme por la cintura.

Capítulo 31



Nos dirigimos a una zona que era de lo más bonita, ya que todo estaba decorado con rincones tipo balineses sobre la arena. El día anterior habíamos estado tomando algo aquí y nos encantó el lugar. Es cierto que el hotel contaba con estancias de lo más idílicas y cómodas.

Sloan había llamado a una de las chicas que vino a por Olivia hasta nuevo aviso. La pobre se fue triste y diciendo que era injusto, pero su papá le prometió que solo sería un ratito, y yo le añadí que hoy se quedaría con nosotras a dormir, lo que la hizo irse feliz.

A Julieta le expliqué por el camino lo que Sloan me había dicho y lo que me quería enseñar. Estaba de lo más impaciente por saber a qué se debía dicha nueva denuncia.

Nos sentamos y me pedí un licor de crema con hielo, a lo que los demás se apuntaron y terminaron pidiendo lo mismo.

—Os voy a mandar a vuestros correos la denuncia que está admitida a trámite y en la que se añaden las pruebas determinantes para incriminar a Rose, avalado por la confesión de la otra denunciada, porque hay dos archivos para que veáis lo que confesó tras su detención.

—Vale —dijimos a unísono.

Nos envió todo a nuestros correos y abrimos los archivos acomodándonos con las piernas en lo alto de los sillones para disponernos a leerlo tranquilas.

Para comenzar decía que los hechos habían sido en España, cosa que me dejó un poco loca, pero quería seguir descubriendo de qué se trataba.

Pronto comprendí que todo estaba conectado con la surfista con la que me había engañado, y sentí cómo se formaba un nudo enorme en mi estómago. La verdad era más fuerte de lo que yo me esperaba. Tuve que dejar el móvil a un lado, limpiarme las lágrimas y tomar aire antes de seguir leyendo.

En la cara de Julieta se podía ver el asombro de todo lo que estaba descubriendo, y es que no era para menos.

La realidad de la querella era que según relataba Sloan, había comenzado a practicar surf en una playa donde se reunían más personas para realizar ese deporte.

Conoció a varias personas, entre ellas a Judith, una joven que se sentó con ellos varias mañanas a tomar café, al igual que otras personas. Al principio, no le despertó interés alguno, debido a que estaba en una relación muy deseada, por lo que no le prestó la más mínima atención.

Una mañana, que se quedaron a solas, él empezó a sentir unos deseos muy fuertes que los llevaron a tener un escarceo en las dunas. Después de ese momento, la culpa lo invadió, cuestionándose cómo pudo experimentar tales deseos si nunca había sentido atracción por ella.

Le ocurrió cuatro veces, primero no quería saber nada de ella, luego se sentaban a tomar un café y surgía ese deseo que desaparecía rápidamente después de desahogarse, solo para volver a no entender qué estaba haciendo.

Al irse a Escocia, sintió que había estado actuando en contra de su voluntad y se lo mencionó al del laboratorio, lo que provocó que decidieran hacerle una analítica para ver si encontraban algún resto de sustancia que pudiera haber influido en su comportamiento.

Y salió que sí, que efectivamente le echaban en el café una sustancia que lo llevaba a perder la razón y a tener la necesidad de desahogarse, anulando sus verdaderos sentimientos durante un par de horas.

Sin titubear, decidió presentar una denuncia contra Judith, quien intentó defenderse confesando que Rose, que aún seguía en la cárcel, le había pagado para que buscara a Sloan y consiguiese acostarse con él utilizando ese método, mientras otra persona capturara algunos momentos para hacérselos llegar a la persona con la que convivía, es decir, a mí.

—Hija de puta —murmuró Julieta.

—Yo no reconocía a Sloan, e incluso llegué a las manos con él porque le recriminé que estaba arruinando su vida y que iba a afectar a todos a su alrededor —confesó Edwin, hablando por primera vez y con un nudo en la garganta.

—¿Y por qué cojones te volvías a sentar con ella para tomar café de nuevo? —le preguntó Julieta a Sloan en tono recriminatorio.

—Era ella la que se acercaba a la mesa y, a pesar de que creía que no volvería a suceder, una vez más mi voluntad se rendía. No solo se sentaba ella, también otros surfistas, por lo que no quería montar un escándalo. Me

sentía culpable por lo ocurrido, pero en el fondo pensaba que esta vez no se repetiría, aunque la historia parecía condenada a repetirse.

»Mi error fue no alejarme de ese sitio para siempre y de seguir surfeando, aunque intentaba convencerme de que no volvería a suceder, porque sabía a quién amaba. Sin embargo, una y otra vez la cagaba. No entendía lo que estaba ocurriendo. No pido perdón, porque al final yo era el que estaba ahí, a pesar de la manipulación.

»Yo tengo la culpa, solo quiero dejar claro que no he deseado a nadie más que a ella —se refirió a mí, pero le estaba contestando a Julieta—. Reconozco que tengo una gran parte de la culpa, pero no amé a nadie más ni lo hice a propósito, eso habría ido en contra de todos mis principios.

—Principio o final, solo sé que nos has hecho un daño muy grande a todos, empezando por tu hija —le recriminó Julieta.

—Lo estoy pagando cada día de mi vida. Por eso le prometí que os volvería a ver y que la reuniría con Noa.

—¿Y tú en qué estabas pensando, huevón? —le preguntó de muy malas formas a Edwin. Yo era incapaz de gesticular.

—No lo sé, pero a mí me ha jodido la vida —contestó sin poder ni siquiera mirarla a los ojos.

— Nos la jodió a todos y desde el principio no debiste permitir que regresara a esa playa. Eres tan culpable como él, porque sí, le echaron algo para que estuviera más caliente que el palo de un churrero, pero como su amigo y hermano, debiste impedirle que pisara más ese lugar. Sin embargo, vosotros repetíais y volvíais a ir.

— Yo era el responsable, le prometía que no volvería a hacerlo y que le demostraría que había sido el peor error de mi vida. Eso pensaba cuando estaba en mis cabales.

—Un mojón de pato para vosotros dos. —Les hizo un corte de mangas—. Si ella hubiera sido la responsable —me señaló con el dedo—, lo mínimo que habría hecho sería contártelo a ti para que supieras cómo hacerlo y estuvieras al tanto de lo que le pasaba a tu amigo. Porque yo te he querido de verdad. No has tenido cojones para frenarlo.

—Llegamos hasta a las manos.

—Pues poco daño os habéis hecho cuando no se os ve ni un rasguño. Que sí, que esa hija de puta con su obsesión por Sloan no va a parar ni dentro de la cárcel, y que fue una putada lo que le pasó, pero no podéis justificar que no tuvisteis el valor de no volver jamás —decía muy enfadada.

—Tienes razón en todo —dijo Edwin y Sloan afirmaba con la cabeza—. La hemos liado parda y lo hemos perdido todo, porque somos tan pobres que solo contamos con cosas materiales. Pero insisto, mi fallo fue no saber

cómo manejarlo; debí haberlo descubierto y contaros la verdad, pero es mi hermano y no supe cómo hacerlo —repetía.

—Y tú di algo, que es a ti a quien le han puesto los cuernos —me dijo muy enfadada, pero no por mí, sino por ellos.

—No quiero decir nada, ahora mismo estoy muy confusa y con sentimientos muy encontrados. Necesito un chupito de tequila.

—Me apunto —dijo encendiéndose un cigarrillo y echándose hacia atrás. Se la veía muy enfadada.

Sloan le hizo un gesto al camarero que no tardó en llegar, y al que le pidió que trajese cuatro vasos de chupito, una botella de tequila, limón y sal.

—Parece que no somos las únicas que necesitamos beber —murmuró Julieta mirando hacia el mar.

—Julieta, estás en tu derecho de estar así, pero gracias por no haberte tomado todo esto a mal y haber cooperado para que Olivia no se sienta incómoda.

—Edwin, a esa niña la quiero yo más que vosotros dos juntos, porque no habría dejado que pasara todo eso permitiendo que se arruinase todo lo bonito que estábamos viviendo, pero, sobre todo, la que más sufre es ella, a la que le habéis arrebatado su felicidad. —Julieta no titubeaba en ser de lo más dura.

—Somos conscientes de eso, pero no dudes lo importante que es ella para nosotros.

—¿Qué no? ¿En qué momento pensasteis en Olivia?

—Julieta. —Solté el aire—. Ya, por favor.

—Si es que me pongo mala, te lo juro, me da una rabia de que el tonto este —señaló hacia Edwin— haya permitido todo eso y nos haya llevado a estar así, que no me puedo controlar. Le abriría la cabeza.

—Hazlo, si eso te hace sentir mejor —le dijo él en tono cabizbajo.

—Y una mierda, lo que me faltaba es compartir celda con la hija de la gran puta de Rose. A ver si le da un jamacuco y deja de respirar, porque no veas la que ha liado la inhumana esa.

ɔ

Capítulo 32



Le dije a Sloan que pidiera que trajeran a la niña, ya que era mejor dejar el tema por hoy a un lado. No tenía ganas de discutirlo y tampoco me sentía preparada para ello. Además, notaba que Julieta se estaba alterando más y más, dejando salir toda su rabia contenida. Tampoco era justo que la niña estuviera alejada cuando había deseado tanto vernos.

—¡Mamá, ya estoy aquí! —gritaba corriendo hacia nosotros.

—¿Te bañas con la tita? —le preguntó Julieta, ya que estábamos en la playa.

—¡Sí! Pero no me vayas a ahogar.

—¿Puedo ir con vosotras? —preguntó Edwin.

—Claro, tito, ella no te va a echar. Lo mismo una colleja te ganas, pero echar, no.

—No lo tengo yo muy claro —murmuró él esperando una respuesta por parte de Julieta.

—Tita, ¿a qué puede venir el tito?

—Mientras no lo tenga que llevar yo en brazos, puede ir dónde le dé la gana.

—¡¡¡Tienes permiso!!! —gritó feliz levantando las manos.

—Ven que te quito el vestido —le dije pidiendo con mis manos que se acercase.

—Mami, ¿tú no vienes?

—No cariño, no me apetece bañarme, me encuentro regular.

—Papi, quédate cuidándola que mamá está enfermita.

—Tranquila, vida. —Le acaricio la cabecita.

Le quité el vestido y se marcharon los tres hacia el agua. Yo estaba en otro mundo, era incapaz de pensar con claridad. Obviamente estaba de acuerdo en muchas de las cosas que había dicho Julieta, pero mi cabeza estaba en Rose; esa mujer, que, sin conocerme, se había encargado de joder mi vida de mil maneras hasta conseguir su cometido.

—¿Estás bien?

—De puta madre, en el mejor momento de mi vida —murmuré con tristeza.

—Ojalá eso fuera cierto y pudiera borrar todo el dolor que os he ocasionado a todos, incluidos tus abuelos. No entiendo cómo, aun así, me hablaron con cariño.

—Porque os protegí —dije con tono de enfado—. Porque no te vendí y achaqué el dejarnos a que habíamos tenido problemas, haciendo ver que era cosa de los dos. Porque cuando se quiere de verdad a las personas, lo último que deseas es hacerle daño. Yo jamás te hubiera hecho daño.

—Lo sé, tenlo por seguro.

—No sé ni en qué lugar me encuentro, ni cómo actuar, pero no quiero odiarte Sloan, no quiero hacerlo. A pesar de todo, sé que eres un buen hombre y aunque quise convencerme de lo contrario, no lo logré. Me has demostrado que no eres mala persona, lo has hecho con lo de Olivia. Es cierto que no podré volver a mirarte como antes, da igual cómo sucedió, pero sucedió, y eso no se borra tan fácilmente ni de la cabeza ni del corazón.

»Pero no quiero una guerra contigo, de verdad que no la deseo, a Olivia la quiero como si fuera mi hija, y por ella vendería mi alma al diablo. No me tendrás en tu contra, pondré de mi parte para que Olivia vea que todos vamos a una. La quiero en mi vida. —Me sequé las lágrimas—. Y contigo no quiero malos rollos, no los quiero.

—Te entiendo, siempre lo hice, eres la mejor persona que se ha cruzado en mi camino.

—Pues para ser la mejor persona no veas cómo te las has gastado.

—No me lo perdonaré nunca.

—¿Sabes el vacío que dejasteis en mi vida? No puedes imaginar cuántas noches pasé despierta, llorando y sintiendo que me lo habían arrebatado todo. Es algo que ni te imaginas. Y ahora me entero de que la niña estuvo

mal por eso y cayó enferma. Todo esto es muy difícil e injusto, Sloan, realmente es demasiado duro.

—Daría todo lo que tengo por reparar el daño que os hice a todos. He visto cómo me he llevado hasta la felicidad de mi hermano por delante, no solo de mi hija y tuya.

—No sé en qué estabas pensando, no lo sé. —Miré hacia el mar donde estaban los tres bañándose.

Se hizo un silencio que resultaba abrumador. A Sloan también se le notaba lo afectado que estaba y que no sabí defender su postura, se encontraba sin armas para defender algo que no tenía defensa posible, como decía Julieta, y es que sí, se la jugaron como lo hicieron conmigo de una manera cruel, pero él pudo haber puesto punto final a eso de ir a la playa y tomar café con la gente. Que vale que no lo sabía, pero joder, allí me había engañado, humillado, jodido y todo lo feo que se le podía hacer a una persona a la que se suponía que amaba.

—Mami, mira la caracola que había en la orilla, es una belleza. Te la regalo.

—Es preciosa, mi vida. Muchas gracias.

—A mí no me regaló nada —dijo Julieta dejándose caer en la hamaca.

—A ti luego te regalo otra cosa, solo encontré una así de bonita.

—Ah bueno, vale, la esperaré impaciente.

—Mami, deja la mano abierta con la caracola que voy a hacer una foto bonita.

—Vale. —La coloqué sacando la mano hacia afuera para que pillase el suelo de arena.

El camarero apareció con una ronda de cafés y una botella de agua fría junto a una preciosa flor hawaiana en la bandeja que le entregó a la pequeña y que ella se colocó en su oreja.

—Mami, hazme una foto y la subes a tu perfil para que la gente me llame guapa, que lo echo mucho de menos —me pidió y miré al padre que asintió con la cabeza con una sonrisa que no escondía su tristeza.

—Venga, siéntate ahí en el suelo que te cojo un primer plano con la arena y el mar de fondo.

—Espera que coja mi refresco para ponerme en plan «disfrutona de la vida —dijo causándonos una carcajada.

Agarró el vaso al sentarse y con la otra mano hizo un gesto como si lanzara un beso al aire. Quedó de lo más

preciosa y la subí poniendo como comentario que era la niña de mis ojos.

Estaba feliz viendo su imagen colgada e intentando leer los primeros comentarios que le dejaban y oye, había avanzado mucho. Era una niña muy inteligente y ya tenía cinco añitos.

—Tito, cuéntales lo que me regalaste por mi cumple.

a —Díselo tú. —Le hizo un guiño.

—Un álbum digital de todas mis fotos con vosotras y los abuelos.

—Guau, me quedo sorprendida —dijo Julieta con la mayor de las ironías —pensé que estarían todas las imágenes en la papelera de reciclaje de su móvil.

—Julieta… —la reprendí.

—No, tita, tiene fotos tuyas por toda su casa y una en la mesita de noche en la que sales en bikini.

—No me quiero imaginar las cosas que habrá hecho con ella. —Puso cara de asco.

—¡Julieta! —la volví a reñir.

—Papi, ¿podemos invitarlas a cenar en nuestra villa?

—No hace falta, cariño —dije apretando los dientes.

—Que sí, que es muy chula y nos traen unas comidas… —Se relamió la boca.

—Qué suerte —le dijo Julieta.

—Vosotras también tenéis la carta para pedir lo que queráis —contestó Edwin.

—Pero quiero que cenen en nuestro bungaló —insistió Olivia.

—Cuando ellas quieran, hija, pueden venir cuando ellas quieran —intervino el padre.

—Mami, yo quiero que vengáis —me pidió con tristeza.

—Claro, cariño, no hay problema.

—Muy blandita te veo yo —protestó Julieta.

—Por favor, eh, que tenemos una edad. Un poquito de comprensión.

—Oye tú, que yo por ti me he dejado el pellejo, que lo digo para que no te lleven a su terreno.

—Qué mala… —dijo la pequeña causándonos una risa.

—No le hagas caso, cariño. Está enfadada con el mundo, pero por ti vamos a dónde sea.

—Pues esta noche cenamos en la villa.

—Vale, mi vida.

—¿Y también tenemos que dormir allí? —preguntó con ironía Julieta.

—Si queréis, sí, porque los tres tenemos una habitación con camas gigantes y tú puedes dormir con el tito y mi mamá con mi papá.

—Claro que sí y ya puestos montamos una or…

—¡Julieta, joder! Que pareces una cría.

—¿Más pequeña que yo, mamá?

—Si, hija, cuando se lo propone parece más pequeña que tú.

Quedamos en que iríamos a cenar después de descansar un poquito en nuestra villa y ducharnos. La pequeña se vino con nosotras.

Nos tumbamos un rato y Olivia se acostó junto a mí, abrazándome. No tardó en quedarse dormida.

—Julieta debes decir las cosas de otra manera, hazlo por ella —le murmuré cuando me aseguré de que la niña dormía completamente.

—Me da rabia, nos hundieron con sus malas cabezas. ¿Tenemos que hacer como si nada hubiera pasado?

—No, pero por ella deberíamos tragarnos esos reproches. No quiero que los viva.

—Amo a Edwin con todo mi corazón, pero no nos merecíamos lo que nos hicieron.

—Lo sé, pero también hay que ponerse un poquito en el lugar de ellos.

—Yo no hubiera actuado así, y tú tampoco.

—Bueno, ahora todo está muy reciente y caliente, pero intentemos ser un poco más empáticas con todo.

—Me da rabia, nos hundieron con sus malas cabezas. ¿Tenemos que hacer como si nada hubiera pasado?

—No, pero por ella deberíamos tragarnos esos reproches. No quiero que los viva.

—Amo a Edwin con todo mi corazón, pero no nos merecíamos lo que nos hicieron.

—Lo sé, pero también hay que ponerse un poquito en el lugar de ellos.

—Yo no hubiera actuado así, y tú tampoco.

—Bueno, ahora todo está muy reciente y caliente, pero intentemos ser un poco más empáticas con todo.

Capítulo 33



Habíamos dormido por lo menos dos horas. La pequeña me abrazó feliz y se levantó a beber agua, mientras yo hacía lo mismo para ducharme. Julieta ya lo había hecho porque se despertó un rato antes.

No sabía ni cómo había conseguido coger el sueño con todo el *shock* de noticias que había tenido en el día de hoy.

Duchamos a Olivia para que solo se tuviera que cambiar antes de ir a su villa. Ella conocía el camino a la perfección, a pesar de que solo llevaba unos días más que nosotras; se notaba que lo había recorrido infinidad de veces y sabía exactamente dónde estaban los puntos clave del resort.

Por el camino, nos encontramos a una de las cuidadoras del hotel de Olivia, quien, emocionada, le dijo que yo era su mami y que había regresado para rescatarla. La expresión de la pobre mujer fue todo un poema, pero con nuestro arte le dimos a entender que era una manera de decir que nos habíamos animado a venir a pasar las vacaciones con ella.

Llegamos a la villa y nos dimos cuenta de que esta era diferente; si la nuestra era una locura, esta era de otro planeta. No le faltaba ningún detalle, ni siquiera las vistas impresionantes. Además, tenía un jardín con camas balinesas que incluían barra, ¡una maravilla!

La mesa ya estaba puesta y sobre ella una botella de vino con las copas. Se habían arreglado con un pantalón corto y una camisa remangada hasta los codos, eso sí, iban descalzos.

Edwin sirvió las copas mientras Sloan entraba para cambiar a su hija, ya que le había dicho que venía duchada, pero le tuvimos que poner de nuevo lo que llevaba porque no teníamos nada para cambiarla.

Se notaba que Julieta se la tenía jurada a Edwin, ya que cada vez que él se movía, ella lo fulminaba con la mirada. Yo le hice un gesto con la mía, advirtiéndole que aflojara. Estaba demasiado a la defensiva y cada vez que Edwin le ofrecía algo, ella lo miraba con desprecio. Me parecía desmesurado.

La pequeña salió de lo más bonita con un vestido de hilo y una coleta a un lado con una flor de ganchillo que

era una monada.

—Pero ¡qué guapa estás!

—Mami, esta flor me la compró papá en una tienda en San Juan —se refirió a la capital de la isla, que fue dónd aterrizamos.

—Pues voy a tener que ir yo a comprarme una.

—Es muy bonita la ciudad y hay unas tiendas que son muy diferentes a las que hay en España y Escocia. Aquí todo es con mucho color. ¿Podemos ir todos juntos a pasear un día?

—Claro que sí, todos tan amiguis —dijo Julieta y de nuevo la fulminé con la mirada. No se callaba una.

—¡Bien! Volvemos a hacer planes en familia —sonrió mirándonos emocionada, aunque a Julieta la tenía un tanto en cuarentena porque ella tonta no era y sabía que esta lo decía con segundas.

Cogí la copa de vino y me situé en la puerta que daba al jardín de la villa, mirando hacia el mar. Me ahogaba en mis pensamientos y tenía unas sensaciones tan extrañas como familiares. Tenía un nudo en la garganta y no podía reprimir mis lágrimas.

—¿Estás bien? —Se acercó Sloan a preguntarme mientras la niña con los titos miraba la carta para decidir qué pedir de lo que ya había probado.

—Estoy, que no es poco, pero es verdad que todo esto se me hace un tanto difícil porque me recuerda a momentos en que todos estábamos unidos y yo era muy feliz.

—Yo firmaría por quedarme encerrado en nuestra casa toda mi vida si con eso consiguiese recuperar todo lo que hemos perdido.

—Si te privaras de tu libertad para demostrarme que no volverías a poner en riesgo lo nuestro, sería comprar mi felicidad y que no confiara en ti. No quiero a una persona encerrada para estar a mi lado, no quiero eso. Quiero una persona libre que aun teniendo todas las posibilidades del mundo me siga eligiendo a mí por encima de todo. No estoy preparada para eso, no me siento segura y lo que pasó lo tengo de manera permanente en mi cabeza.

—No te cambié por nadie, siempre has sido la única en mi mente. Siempre has sido y serás mi persona favorita. Ahora mismo, estaría dispuesto a poner todo lo que tengo a tu nombre solo para empezar de nuevo y que te des cuenta de que lo más valioso que tengo eres tú. Vivo aferrado a una pequeña ilusión que no quiero soltar para seguir adelante.

—¿Crees que en algún momento me importó tu dinero?

—No, es un ejemplo para que entiendas que pondría mi vida en tus manos. No he vuelto a hacer surf —dijo ocasionando que me saliese una carcajada.

—Muy buena esa —le dije, y él no sabía si reír o llorar por la frustración de no poder expresarse. Lo comprendía, pero eso no significaba que estuviera de acuerdo con lo que decía.

—Te lo digo enserio, ni siquiera salgo a correr, me he convertido en un ermitaño y solo tengo relación con mi hija y mi hermano. Daría todo lo que tengo por estar contigo, aunque eso significase no tener relaciones sexuales, solo con poder abrazarte me sentiría completo.

—No sé cómo me las apaño, que siempre salgo perdiendo yo —intenté bromear acerca de lo que había dicho de no tener relaciones sexuales—. No necesito promesas, ni que me ofrezcan oro, solo quiero confiar en las personas y ahora mismo en ti, no me nace esa seguridad. Te valoro en muchos sentidos y sé que eres una buena persona, como te dije, pero como hombre me quedas muy grande porque me has hecho sentirme muy pequeñita.

—Duele escuchar eso, pero es la realidad de lo que he provocado.

—Quiero tenerte cerca, eres una persona importante en mi vida. Pero no te voy a mentir, si ahora me preguntas si habría una posibilidad de volver como pareja contigo, la respuesta es no. Ya no creo en el amor de esa manera.

—¿Me das un abrazo?

—Por supuesto, por supuesto —afirmé y me lancé a sus brazos y nos abrazamos fuerte mientras llorábamos sin poderlo evitar.

—Qué pronto has caído —dijo en voz alta Julieta.

—¡Qué te calles y hagas lo mismo con mi tío! Toma ejemplo.

Nos reímos al escuchar a la niña y nos acercamos hasta ellos aún con los ojos empapados en lágrimas.

—Niña, qué pronto ha vuelto tu carácter. Para que yo me abrace con tu tío me tienen que pagar otros sesenta mi euros.

—Ahora mismo. —Cogió este su móvil—. ¿Al mismo número que el de la colaboración?

—A ese mismo.

—Julieta, por Dios. ¿No te da vergüenza?

—Sí, un montón. ¿No ves lo que estoy sufriendo?

—No me hace ni puta gracia.

—¿Y qué nos lleva haciendo gracia desde que estos dos nos jodieron?

—Esta siempre atacando —dijo la niña volteando los ojos y dejando caer medio cuerpo sobre la mesa.

—Ya la tienes —le dijo Edwin a la vez que le llegaba una notificación de la transferencia recibida.

—Ven aquí, que hoy vas a ser mi mejor amigo. —Se fue a abrazarlo con toda la desvergüenza del mundo.

—¿Tú quieres otro dinerito, mami? —preguntó la niña para ver si de nuevo me abrazaba con su padre.

—No, no, no —dije como ella respondía cuando tenía claro algo y Sloan sonrió.

La pequeña se moría de la risa viendo a esos dos abrazados y a la vez nos miraba a nosotros para ver cómo reaccionábamos. ¡Cuánto echaba de menos estos momentos con Olivia!

La cena resultó de lo más divertida, ya que la pequeña no paraba de soltarlas sin ningún reparo, algo normal dado que Julieta no dejaba de provocarla y luego se hacía la sorprendida.

Hubo buen ambiente a pesar de las indirectas muy directas de Julieta, que rebatía todo con comentarios que luego contestaba Olivia.

Sloan me preparó ropita para la niña, ya que se quedaba a dormir con nosotras en nuestro bungaló. La pequeña iba dormida en los brazos de su padre, suerte que ya le habíamos puesto el pijama.

La acostó en mi cama y salimos para despedirlos en la puerta hasta el día siguiente, en el que quedamos que nos iríamos a la ciudad a pasear y comer por allí todos juntos.

—Si mañana quieres tenerme contenta, ya sabes —le dijo Julieta haciendo con sus dedos el gesto del dinero.

—Te doy mi vida si hace falta para tenerte contenta —le respondió Edwin de corazón.

—A mí con que me des dinerito, ya me tienes haciéndote la ola.

Se marcharon y le reproché que hiciera eso. No me hacía la menor gracia.

—De verdad, hija, cómo te pones, déjame a mí actuar como quiera que yo sé lo que hago.

—Bueno, haz lo que te dé la gana. —Solté el aire mientras me cambiaba y me ponía un pijama cortito.

Estuve dándole muchas vueltas a la cabeza. Lo creía, pero el daño estaba hecho y a mí no se me quitaban de la cabeza esas imágenes besándose con la otra. Eso me iba a perseguir toda mi vida.

s

—Te doy mi vida si hace falta para tenerte contenta —le respondió Edwin de corazón.

—A mí con que me des dinerito, ya me tienes haciéndote la ola.

Se marcharon y le reproché que hiciera eso. No me hacía la menor gracia.

—De verdad, hija, cómo te pones, déjame a mí actuar como quiera que yo sé lo que hago.

—Bueno, haz lo que te dé la gana. —Solté el aire mientras me cambiaba y me ponía un pijama cortito.

Estuve dándole muchas vueltas a la cabeza. Lo creía, pero el daño estaba hecho y a mí no se me quitaban de la cabeza esas imágenes besándose con la otra. Eso me iba a perseguir toda mi vida.

Capítulo 34



Desperté pensando en qué ropa me pondría para pasar el día en San Juan, ya nos habían advertido que llevásemos ropa de baño por si acaso.

—Mamá, me muero de hambre. La barriga está pidiendo alimentos.

—¿Y cuándo no tienes hambre? —preguntó Julieta que bien pronto comenzaba a buscarle la lengua.

—Hoy más vale que te portes bien —le advirtió Olivia mirándola a la vez que arrugaba la cara y la señalaba con el dedo.

—Pareces la copia barata de la niña del exorcista.

—Pero bueno —protesté—, siempre te pones a su altura —rebufé—. Vamos a vestirnos que nos están esperando para desayunar.

—¿Y por qué tenemos que cargar con esos?

—Porque son mi papi y mi tito. —Le hizo una burla y me eché a reír.

—Luego me riñes a mí, pero esta enana no veas cómo se las gasta.

—Venga, por favor, que no podemos perder toda la mañana discutiendo.

—Ni un ratito, que me muero de hambre —decía la pequeña mientras yo le ponía el bañador, que le valía de camiseta con una faldita cortita de algodón blanca, como la ropa de baño.

—Ponme la flor en el pelo.

—Sí, espera que te peino antes.

—¿Te peino yo?

—No, no, que tú eres capaz de dejarme calva, bruja.

—Como te escuche tu padre te va a quitar el iPhone —le advertí.

—Ya se lo digo yo —dijo Julieta para provocarla.

Me estaban poniendo de los nervios. Lo hice todo deprisa para salir ya del bungaló, y eso que ni me había tomado el primer café de la mañana, pero bien era cierto que habíamos dormido hasta las nueve, consiguiendo así adaptarnos por fin al horario de aquí.

Llegamos a la terraza del bufé donde ya nos esperaban Sloan y Edwin. La niña corrió hacia ellos para saludarlos con un besito y abrazo.

Nos dimos los buenos días y ya se encargó Sloan de pedir los cafés mientras las tres íbamos a por nuestro desayuno.

—Yo quiero una tortilla con verdura —dijo la pequeña frenándose en seco en el puesto donde un joven estaba preparando los huevos y tortillas.

Le pedimos una tortilla de las pequeñas y cuatro huevos para Julieta y para mí. Era nuestro vicio para desayunar y repetiríamos con el beicon y el aguacate o guacamole ya preparado. También cogimos tres zumos.

Volvimos a dirigirnos a la terraza con todo, y la pequeña miraba a su padre feliz. Se notaba lo bien que le había sentado el sentirse arropada de nuevo por todos, y ya volvía a ser la niña pizpireta y feliz que era antes.

—Tito, si quieres tener feliz a la tita, hazle otro regalito de dinero por el móvil —dijo esta causando una risa en todos.

—Ya tengo representante —dijo Julieta refiriéndose a la niña y encogiéndose de hombros.

—Hoy le tienes que dar cien euros.

—Niña, que acabas de cargarte mi caché.

—Dejad de hablar de dinero, por favor —pedí.

—Pero ¿qué otra cosa se te ocurre para tener contenta a la bruja? —Se le escapó inevitablemente.

—Dame el móvil —le exigió su padre y vi que se iba a poner a llorar.

—Dale una oportunidad, por favor, no lo va a decir más. —Me apresuré a decir para que no ejecutara su orden.

—Papi, no lo digo más pero hoy me buscaba en la villa. ¿A qué sí mamá?

—Os buscabais las dos. —Carraspeé haciéndole ver que la defendía, pero no por eso la iba a tapar.

—Ya te puso en mi contra. —Se cruzó de brazos.

s —Que no, solo que te he defendido con el móvil, pero en lo otro os habéis buscado las dos. Puedes conseguir las cosas sin necesidad de atacar —le dije acariciando su espaldita.

—Pues estoy enfadada —dijo cogiendo un trozo de tortilla.

—Ya se te pasará —le dijo Julieta y le hice una reprimenda por gesto.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó Sloan, ya que lo había hecho con la pequeña.

r —Bien, la cama es gigante y ni me enteré de que estaba la niña. Además, que me encanta dormir con ella —dije sacándole a Olivia una sonrisilla.

—Yo no pienso hablar porque mi iPhone está en juego —dijo ella que estaba deseando saltar, ya que Julieta era muy provocadora.

Acabamos de desayunar y nos fuimos hacia el vestíbulo, donde había un coche en la entrada y un trabajador les entregó la llave.

—Ponte conmigo delante —me pidió.

—Vale.

—Edwin subió a la pequeña en su silla que había atrás y se sentó a su lado, junto a ellos, Julieta.

Nos dirigimos al Viejo San Juan, que era el distrito histórico de la capital donde aparcamos el coche para

comenzar nuestro paseo.

—Eso es el Capitolio —dijo refiriéndose a un edificio histórico.

—¿Qué es un Capitolio papá?

—Es el que usan los órganos legislativos del estado de este país —contestó Edwin antes de que lo hiciera su hermano.

—Qué bien habla el jodido, y que mal usa la comunicación —dijo Julieta soltando otra puya.

Las calles estaban llenas de arte urbano, música, locales comerciales, y hasta un convento.

Terminamos en una calle llena de bares y restaurante en la que nos acomodamos en una terraza para tomarnos una cerveza por petición de Julieta, que decía que estaba seca. También lo dijo con doble sentido, obviamente.

El lugar estaba lleno de gente y la música de fondo hacía que todos se movieran al ritmo. Era un lugar muy bonito y lleno de vida, repleto de cultura que dejaba claro las características de este país.

Dimos un paseo, recorriendo los diversos lugares turísticos y acabamos en un encantador hotel que tenía un restaurante en la azotea, piscina incluida, y que era de lo más pintoresco.

La pequeña ni se asomó a la carta cuando ya estaba en una piscina de niños pequeños haciendo amistades.

—Está en la mejor edad del mundo —murmuró Julieta mirando como hablaba con dos niñas animadamente dentro de la piscina.

—Todas las edades tienen su lado bueno y su lado amargo —contestó Edwin.

—Pues el mío malo fue desde que te conocí —le soltó ella que estaba deseando echarle en cara de nuevo algo.

—Julieta, por Dios, ¿podemos tener un puto día en paz?

—Ahora la niña no está delante —sonrió.

—De verdad, quiero estar feliz en estos días y disfrutar de la sorpresa que me he llevado al encontrarme con Olivia, y de eso los responsables son ellos. ¿Les podemos aplaudir también lo bueno? Joder, es que no vamos a estar todo el tiempo recordándoles solo lo malo.

—Vale. —Me acarició la espalda—. Sabes que no puedo contenerme, ya que me salen hasta subtítulos.

Nos trajeron una parrillada de carne que tenía una pinta más increíble que las vistas que podíamos divisar. También me moría de ganas por meterme en la piscina y disfrutar cóctel en la mano, pero eso sería luego.

La pequeña vino a comer y sonrió al ver que su papá le había pedido un refresco.

En el rostro de Sloan se dibujaba una sonrisa sutil, resultado de mis palabras hacia Julieta, que le hicieron comprender que, a pesar de todo, no buscaba un conflicto de acusaciones y apreciaba lo positivo que había hecho.

Julieta se volvió más divertida y soltaba ya cosas en general, sin malicia. La pequeña se unió a las gracias porque ella tampoco sabía contenerme. A veces las escuchaba hablar a las dos y me decía a mí misma que eran tal para cual. Tenían un carácter de lo más parecido.

Nos metimos en la piscina después de disfrutar de una exquisita parrillada que me había dejado con el mejor sabor de boca. La niña se fue a la piscina infantil a seguir jugando. Estaba al lado de la nuestra, y nosotros nos pusimos en el lado más pegado a ella.

Edwin siempre andaba de lo más atento con Julieta, no menos que Sloan, pero me daba pena verlo que le daba miedo hasta hablar. Se notaba que sentían una culpabilidad muy grande, por eso a mí no me hacía ni la más mínima gracia machacarlos más.

—Toma. —Me acercó mi cóctel cuando lo trajeron al filo de la piscina.

—Tiene una foto preciosa con la ciudad al fondo.

—Voy a por el móvil —se ofreció saliendo por las escaleras, sin dudarlo.

—Gracias —le dije cuando me lo dio.

Grabé un vídeo para poner como historia e hice una foto. Aproveché para tirarle un par de fotos a la niña, a Edwin y a Julieta mientras estaban charlando.

—¿Nos podemos hacer una?

—Claro, pero hazla tú que tienes el brazo más largo —dije dándoselo y colocándome de forma que nos pillara de espaldas a la ciudad.

—¿Me la pasas?

—Sí, dame. —Se la envié.

—Gracias —dijo alargando la mano para que le diese el móvil y así poder guardarlo con nuestras cosas.

Pasamos casi toda la tarde en la terraza, un lugar que no solo contaba con mesas para disfrutar de comidas y bebidas, sino que también ofrecía hamacas y todas las comodidades necesarias.

—¿Me la pasas?

—Sí, dame. —Se la envié.

—Gracias —dijo alargando la mano para que le diese el móvil y así poder guardarlo con nuestras cosas.

Pasamos casi toda la tarde en la terraza, un lugar que no solo contaba con mesas para disfrutar de comidas y bebidas, sino que también ofrecía hamacas y todas las comodidades necesarias.

Capítulo 35



Apenas eran las siete de la mañana y me había desvelado por completo. La pequeña seguía a mi lado durmiendo, plácidamente. La que no había aparecido era Julieta, que se quedó con Edwin tomando una copa en la cama cuando todos nos fuimos a dormir. Me sorprendía que hubiera pasado la noche con él.

Me preparé un café intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a la niña, y me senté en el jardín para tomarlo mientras disfrutaba del amanecer.

—Qué fuerte. —Apareció Julieta con la mano en la frente.

—¿Qué pasa? —Observé que aún le quedaban restos de maquillaje.

—Muy fuerte, tía, hazme un café. —Se dejó caer en la silla.

—Voy, pero joder me dejas con la intriga.

—Aligera y así la espera será menos amarga.

Entré a prepararle el café con sumo cuidado, pero algo no me cuadraba en cómo había llegado y es que parecía que no se había quitado ni la ropa en toda la noche, como si no hubiera dormido en absoluto.

—Toma. Comienza a cantar.

—¿Por Camela?

—¡Habla! —exclamé sin levantar la voz.

—Anoche cuando regresamos, me fui a la playa de copas con Edwin.

—Eso lo sé.

—El caso es que nos bebimos hasta el agua de los floreros y luego me acompañó hasta aquí a dormir. Yo vi la puerta abierta del jardín y de la casa, y me acosté.

—¿Has estado aquí?

—No, no, en la villa de al lado, que ni Edwin se dio cuenta de que me había dejado en la villa equivocada, ni yo de que me había acostado en la cama al lado de un señor mayor. Y cuando me he desperado, al girarme, he dado un grito que el pobre ha levantado las manos y todo.

—¿Qué dices? —Comencé a reír a carcajadas.

—Ya te digo tía, el pobre hombre me ha dicho que me escuchó entrar e ir directa a meterme en su cama, pero que le dio pena despertarme y echarme. Se llama Agustín y dice que esta noche también dejará la puerta abierta por si necesito entrar. —Nos echamos a reír—. ¡Qué vergüenza! Yo le he dado las gracias, pero a Edwin lo mato.

—¿A Edwin? Pues anda que tú no tienes parte de culpa —negué riendo.

—Voy a ducharme que te juro que me va a dar algo.

A la que le iba a dar era a mí, que no podía dejar de reír a carcajadas y no quería que Olivia se despertase tan temprano.

Salió de la ducha y preparó dos cafés, yo aún seguía con la risa suelta, incrédula a lo que había pasado.

—Menos mal que al hombre no le dio por hacerme nada malo —dijo sentándose con la toalla en la cabeza y el bañador puesto.

—Desde luego, pero tía, esas cosas solo te pasan a ti.

—¿A mí? Pues anda que vas tú cortita de emociones fuertes.

—Calla por Dios. ¿Qué tal anoche con Edwin?

—Lo dejé con un calentón de muerte.

—¿En serio?

—¿Me ves a mí cara de mentir? Lo dejé tan mal que estoy segura de que con una no tuvo suficiente, fijo que se tuvo que hacer dos

—Madre mía, que mal estás.

—Y otra cosa, que estos vienen dispuestos a recuperarnos, te lo aviso.

)

—No me había dado cuenta —murmuré tomándola por loca.

—Conmigo se va a tener que arrastrar para que lo perdone.

—Pues ya tiene más suerte que Sloan, porque lo he perdonado, pero sin olvido no hay marcha atrás, paso de vivir en una relación en la que en todo momento recuerde sus imágenes con la otra. Yo no tengo intención ninguna de volver con él. Puedo hacer cosas con los dos y hasta disfrutar de un viaje juntos, pero de ahí a retomar algo, eso lo tengo clarísimo: no va a pasar. Sería una relación tóxica.

—Tóxica eres tú —negó mirándome de arriba abajo.

—Buenos días. —Escuchamos la voz de Olivia desde el interior de la villa viniendo hacia nosotras.

—Buenos días, mi vida. —La abracé y luego se fue a darle un abrazo a su tía.

—¿Nos vamos a desayunar?

—¿No me digas que tienes hambre? —preguntó Julieta bromeando.

—Sí —dijo la pequeña riendo al notar el retintín de la pregunta de su tía.

Nos preparamos para irnos a la terraza del restaurante donde servían los desayunos, y mientras, le puse un mensaje a Sloan indicándole que íbamos de camino.

Cuando le contamos a los chicos lo que le había pasado a Julieta, a Edwin se le cambió la cara; ni se reía, se había quedado pálido imaginando lo que le podría haber pasado si se hubiese topado con otro hombre dentro y no con ese tan adorable.

Sloan no podía parar de reír y la pequeña nos miraba sin entender nada, ya que acababa de regresar de coger unas galletas, momento que aprovechó Julieta para contarlo.

—Tito, estás pálido.

—No entiendo por qué —dijo sin poder casi ni gesticular, consiguiendo que nos riésemos más.

El pobre estaba en *shock*, sabiendo que la noche anterior había dejado a Julieta dónde no debía, y eso lo tenía de lo más conmocionado y no había forma de que reaccionara.

Sloan nos propuso que, en lugar de quedarnos en el hotel, podíamos coger un barco y pasar el día en alta mar, con la opción de atracar en la isla de Icacos, donde podríamos nadar, tomar el sol y practicar esnórquel.

—¡Sí! —gritó la niña— Quiero ir en barco y hacerme fotos allí de *influencer*.

—¡Pedazo de idea! —le dijo Julieta alucinando— ¡Me apunto!

—Sí, la verdad es que yo también creo que puede ser una gran experiencia —me animé a ello.

Sloan hizo unas llamadas y nos comentó que en un rato vendrían a recogernos al hotel en una zódiac para llevarnos hasta el barco, ya que el resort no tenía atracadero.

Dicho y hecho, una hora después nos recogieron y llevaron a un impresionante yate que tenía piscina, barra de bar y una cocina en su interior desde la que nos prepararían todos los platos.

Cuando subimos al barco, el chico que atendía la barra nos preguntó qué queríamos tomar. Julieta optó por un vino y al final todos elegimos lo mismo, menos la pequeña, que le dijo a su padre que pidiera por ella para ver si tenía la suerte de que le pusieran una Coca-Cola. Y la tuvo, porque él siempre se aseguraba de complacerla en ocasiones especiales, y cada día aquí era especial, además de ser unas vacaciones increíbles.

El barco nos llevó a una zona de aguas cristalinas, donde fondeó mientras disfrutábamos de unos aperitivos que nos habían puesto después de servirnos el vino.

La pequeña estaba sentada en las escaleras de la piscina con su vaso de plástico con el refresco. Nos miraba feliz.

Me acerqué para grabarla en vídeo, ya que el fondo que había tras ella era de los que quedaban impresionantes. La muy presumida se puso a posar y a poner caritas.

Disfrutamos de un refrescante baño en el agua, con las gafas para ver todos los pescaditos de colores y el fascinante fondo marino que se apreciaba entre las increíbles aguas cristalinas. La pequeña, con sus manguitos, lo estaba flipando, pero la verdad es que nadaba como toda una campeona, ya que su padre la apuntó a clases de

natación en Inverness durante un año.

Nos prepararon un arroz con marisco del que no dejamos ni rastro en la paellera, hasta la cocinera salió feliz al comprobar que había sido totalmente un éxito en nuestro grupo.

Luego nos llevaron hasta la playa de la isla que nos mencionaron, y estuvimos tomando algo en el chiringuito que había, además de dándonos unos baños en ese mar que parecía de otro planeta.

Disfrutamos de un día increíble en alta mar, lleno de risas y locuras gracias a los disparates que se soltaban entr Julieta y la niña, quienes siempre se andaban buscando. Aproveché un momento a solas con Sloan, para comentarle que no podía estar regañando a la niña siempre cuando Julieta no dejaba de provocarla. Sonrió y me acarició la mejilla, como diciendo que estaba de acuerdo con lo que le pedía.

natación en Inverness durante un año.

Nos prepararon un arroz con marisco del que no dejamos ni rastro en la paellera, hasta la cocinera salió feliz al comprobar que había sido totalmente un éxito en nuestro grupo.

Luego nos llevaron hasta la playa de la isla que nos mencionaron, y estuvimos tomando algo en el chiringuito que había, además de dándonos unos baños en ese mar que parecía de otro planeta.

Disfrutamos de un día increíble en alta mar, lleno de risas y locuras gracias a los disparates que se soltaban entre Julieta y la niña, quienes siempre se andaban buscando. Aproveché un momento a solas con Sloan, para comentarle que no podía estar regañando a la niña siempre cuando Julieta no dejaba de provocarla. Sonrió y me acarició la mejilla, como diciendo que estaba de acuerdo con lo que le pedía.

Capítulo 36



Habían pasado nueve días desde que volvieron a aparecer en nuestras vidas, y once desde que llegamos al hotel Todo había sido un proceso al que nos habíamos ido adaptando gracias a todos los planes que hicimos juntos y en los que, para ser sincera, habíamos disfrutado y reído hasta decir basta.

Edwin y Julieta estaban todo el día tonteando y llevaban dos noches durmiendo juntos, motivo que llevó a Sloan a quedarse con Olivia y conmigo en la cabaña por las noches.

Sloan y yo habíamos tenido muchas conversaciones en las que nos sinceramos sobre nuestros sentimientos, y era cierto que nos amábamos mucho. Sin embargo, él entendía que no podía volver a ser la misma que antes de manera inmediata o a corto plazo, ya que necesitaba tiempo para sanar las heridas que me dejó lo que sucedió con aquella chica.

Él estaba dispuesto a todo, hasta a venirse a España a vivir cerca de mí para esperarme el tiempo que fuese necesario y que no dejásemos de vernos.

La pequeña hablaba cada día con mis abuelos y les decía que pronto iba a ir a visitarlos. No perdonaba un día sin hablar con ellos.

—Buenos días, no he sentido que despertarte —dijo saliendo al jardín en el que yo estaba sentada tomando un café.

—Buenos días, intenté no despertaros.

—¿Un café?

—Sí, que este hace rato que lo terminé —sonreí.

—¿Estás bien? —Me dio un beso en la mejilla.

—Sí, claro, un tanto nostálgica, pero bien.

—No tardo. —Me apretó el hombro y se adentró para preparar los cafés.

Cada beso me quemaba por dentro, lo deseaba con todo mi corazón, pero me frenaba de abalanzarme sobre él para beber de sus labios, consciente de que eso me llevaría a no terminar de curar mis heridas y podía ser un arma de doble filo que fuera en contra de los dos.

Sinceramente, cuando sucedió aquello y yo no me enteraba, jamás noté que dejara de prestarme atención o cariño. Eso sí, después me di cuenta de que había estado unos días un tanto distante, pero no porque se alejara, sino porque se sentía mal por lo que había hecho. A pesar de todo, regresaba, y eso era lo que más me dolía y no lograba perdonarle del todo.

—Ya estoy aquí. —Puso el café delante de mí sobre la mesa.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien, la verdad es que no me he desvelado en toda la noche.

—Me alegro —sonreí.

—¿Y tú?

—Pues igual, lo único que me levanto muy temprano, siempre soy la primera —sonreí—. ¿De qué te ríes?

—Me acaba de venir a la mente lo que le pasó a Julieta con el vecino de al lado.

—Hostias. —Me reí.

—Julieta es muy divertida y se lo toma todo con humor. Le llega a haber pasado a otra y todavía tiene un trauma.

—Sí, muy divertida y buscona, porque con la niña me pone loca perdida.

—A las dos le va la marcha.

—Eso sí, y menos mal que tú ya has aflojado con Olivia porque siempre cobraba ella, pobre. —Me reí.

—Yo soy más firme, pero reconozco que la veo feliz y, al fin y al cabo, eso es lo que importa en la vida.

—Mi abuela dice que le ha comprado un montón de regalitos a Olivia —sonreí mientras le enseñaba el mensaje

—Sabes que te dejo que te la lleves a España sin problema, pero me gustaría ir unos días con ella, también estoy deseando de ver a los abuelos.

—Hazlo, sabes que eres bienvenido y puedes quedarte en casa el tiempo que quieras.

—¿Me abres las puertas? —Arqueó la ceja, pero noté que tragó saliva.

—Siempre, Sloan. Siempre seréis bienvenidos a mi casa.

—Ven —dijo alzando su mano para que me levantara y él hizo lo mismo para abrazarme—. No merezco que me vuelvas a abrir las puertas de tu casa, pensaba quedarme en un hotel, pero ese gesto me demuestra, una vez más, que no hay mejor persona en el mundo que tú y que no te mereces más que cosas bonitas.

—Hoy estoy muy sensible porque me ha bajado la regla. —Empecé a llorar y noté que se reía por mi comentario mientras me abrazaba con más fuerza.

—Papis, ¿pasó algún drama? —preguntó la pequeña apareciendo.

—Que nos vamos a España unos días a casa de mamá. ¿Qué te parece?

—¿¡Tú también!? ¿Sí? —No miraba esperando la respuesta.

—Por supuesto, mi niña. —Me agaché para cogerla en brazos y abrazarla fuertemente. Hoy necesitaba doble de dosis de amor.

Avisé a Julieta que íbamos a desayunar por mensaje, y su respuesta nos dejó llorando de la risa a Sloan y a mí.

Julieta: *Querida amiga, en el día de hoy no cuentes con nosotros porque nos hemos quedado enganchados. Verás cuando regrese a la realidad y tenga que sobrevivir sin tenerme entre sus sábanas. Caí para levantarme con más fuerza, pero esto no es una reconciliación de pareja, es un recordatorio de cómo nos la gastábamos en la cama para que nunca se le olvide lo que perdió. Por cierto, dale un meneo a Sloan, que una cosa es el perdón y otra una alegría para el cuerpo. Si quieres, mañana os hacemos de canguros.*

—Si no fuera porque la quiero… —murmuré riendo.

—Veo a Edwin viniéndose de visita a España con nosotros.

—No, ese no va de visita, ese te digo que entra en casa de Julieta y es para quedarse. Ella no sabe vivir sin él.

—¿Y tú sin mí?

—No, pero contigo tampoco podría ser feliz, los dos lados me hacen daño. Hace tiempo dejé de vivir —murmuré mirando hacia dentro mientras observaba a la pequeña vestirse.

—No sé cómo lo haré, pero lograré que seas la mujer más feliz del mundo. Me cueste lo que me cueste. —Ahuecó su mano en mi nuca y pegó mi frente a sus labios.

—¿Tú también estás con el periodo?

—No —se rio acariciando mi mejilla—, pero tus tristezas son las mías y lo que a ti te duele, a mí me mata.

—Ya estoy lista —dijo Olivia poniéndose sus gafas de sol.

—¿Qué os apetece hacer porque hoy los tíos nos han dejado tirados?

—¿Se han ido a hacer las paces?

—Bueno, no sé si eso precisamente, pero al menos se van aguantando más —le contestó sonriendo.

—Papi y ¿por qué no nos quedamos todo el día aquí en la villa y pedimos que nos traigan las cosas? Tenemos piscina, camas, tele, jardín…

—Ya está cansada de tanto hotel —murmuré sonriendo.

—Menos mal que ya queda poco para que nos vayamos a España.

—Claro que sí, princesa.

—Papá, nos vamos en el mismo avión que ellas —le exigió para que no se nos ocurriera irnos sin ellos.

—Así será —le contestó mirándome con un brillo que hacía que me estremeciera.

Aceptamos la propuesta de la pequeña de quedarnos todo el día en la villa y lo primero que hizo fue pedir un desayuno con todas nuestras preferencias que nos llegó en menos de quince minutos. Nos lo colocaron en la mesa del jardín.

—Mamá, hazme una foto con toda la mesa tan bonita que tiene mucho color y me pones de historia, o mejor un vídeo que queda más chulo.

A su padre se le caía la baba viendo como posaba para los vídeos en plan *influencer*. Era para comérsela y arrasaba con cada publicación en la que salía.

Mientras disfrutábamos del desayuno, recordamos que se cumplía un año desde que estuvimos en el Caribe, el lugar donde nuestras vidas se cruzaron. Un año de aquella aventura inolvidable que marcó un antes y un después en nuestras vidas.

Sloan me respetaba en todos los sentidos y entendía cómo me sentía. Me demostraba que estaba ahí sin importa que no le diera aquello que tanto deseaba, y que no era otra cosa que una oportunidad, esa para la que yo no estab preparada ni pensaba tirarme a la piscina. No iba a permitir que las heridas arruinaran un intento de reconciliación eso era algo que no estaba dispuesta a aceptar.

El resto de los días los chicos desaparecían por largas horas, ellos sí que se habían agarrado el uno al otro y, aunque decían que solo eran amigos con derecho a roce, yo sabía que eso era la reconciliación que ellos tanto deseaban. Y yo que me alegraba de todo el corazón.

Sloan y Edwin prepararon todo para el regreso, cambiando los billetes para que todos fuésemos juntos hacia España, en primera clase.

Mis abuelos estaban locos de contentos y ansiosos por vernos, deseando reencontrarse con los tres que tanto amaban y siempre llevaban en su corazón, especialmente a Olivia, a quien siempre habían querido como parte de la familia.

A la hora de dejar la isla nos invadieron sentimientos encontrados; porque por un lado lo habíamos pasado genial y tenido todo por delante, y eso ya se acababa, y por otro, regresábamos más llenas de lo que habíamos llegado.

Un viaje, una colaboración y jamás pude imaginar que sería la excusa para conocer la realidad de lo que pasó y volver a recuperar a mi niña. Olivia, esa a la que quería como si la hubiera llevado en mis entrañas.

r

a

l,

Capítulo 37



Hogar dulce hogar…

Edwin, obviamente, se instaló en casa de Julieta nada más llegar y nosotros tres lo hicimos en la mía. Tanto el padre como la niña no pudieron evitar sonreír, ya que en esta casa tenían demasiados bonitos recuerdos.

—Papá, dame el iPhone que voy a decirle a los abuelos que ya hemos llegado, sanos y salvos.

—Eres una dramática —le dije riendo.

—No lo sabes tú bien —contestó el padre encendiendo el móvil para dárselo.

La pequeña se marchó a su habitación a hablar por videollamada con los abuelos mientras yo le colocaba sus cositas en el armario, ya que traíamos todo limpio de la lavandería del hotel. Solo era colocar.

La dejé allí y me fui a mi habitación a colocar mis cosas mientras Sloan colocaba las suyas en la otra que había libre.

Se nos iba a hacer muy extraño dormir cada uno en una habitación, pero ahora mismo no había otra opción más que esa. Aún no me sentía preparada ni siquiera para pasar con él una noche durmiendo en la misma cama. En la villa yo dormía con la niña, pero con él nunca.

Sloan me dijo de ir al súper que había cerca de mi casa a hacer una buena compra, bromeando que todavía no era la hora de las piñas.

—Ve tú y yo me quedo con la niña.

—¿Solo?

—Sloan, por favor —le reñí porque sabía que él quería que yo estuviera tranquila de que no iba a pasar nada,

pero es que yo lo estaba. Debía entender que lo que me dolía era lo pasado, no el presente.

—Vale. —Me hizo un guiño y se marchó.

Eran las doce de la mañana, ya que el vuelo había aterrizado temprano, así que me puse a cocer un poco de pasta mientras él hacia la compra y luego haría la salsa carbonara. Le puse un mensaje para que trajese beicon, nata y mantequilla. También me hacía falta cebolla, pero conociéndolo la verdura no iba a faltar en su cesta.

Escuchaba a la pequeña como le decía a la abuela que estaba feliz de estar en España, esa palabra la decía a boca llena y a mí me encantaba escucharla. Mi abuela no dejaba de repetirle que estaba deseando que llegase el día siguiente para verla, ya que le había dicho el día anterior que sería ese día cuando iríamos a verla. Hoy era día de descansar del viaje.

Sloan llegó con un chico que lo ayudó con todas las bolsas en un carrito. Le dio una buena propina, ya que nos lo dejó todo en la cocina. Este hombre era muy exagerado comprando y yo sabía que le iban a faltar manos para todo.

Eché mantequilla en la sartén mientras él colocaba todo y freí la cebolla con el beicon antes de echarle un chorrito de coñac para que le diera un sabor de otro nivel. Luego eché la nata con un poco de pimienta y sal, y la moví hasta verla en su punto, momento en que le añadí la pasta y la yema de dos huevos, dejándola lista para luego; con una pinta que hacía que se me cayera la baba.

La niña apareció por la cocina con el móvil en la mano aún en la videollamada.

—Papá, mamá, que dice el abuelito que puede venir a por mí ahora y mañana vais vosotros. Tengo ganas de estar con ellos y ellos conmigo, por favor.

—Sí, Noa —dijo mi abuela cuando la niña me puso en pantalla—. Por favor, dile a Sloan que nos la deje.

—Claro —dijo él—, ahora cuando comamos yo la acerco. No voy a permitir que el abuelo se dé la paliza de hacer el viaje.

—¡Abuela que me lleva mi padre! —gritó la niña asomando la cabeza.

Al final comimos deprisa y la acercamos los dos. Antes paramos en un obrador para comprar los dulces que tanto les gustaban a mis abuelos y así, nos quedábamos a merendar con ellos.

La alegría de la niña bajándose del coche y corriendo hacia los abuelos llamándolos a gritos, fue de lo más emocionante.

A Sloan lo recibieron con mucho amor y cariño, como si nada hubiera pasado. A mí también, obviamente, que me comieron a besos.

Olivia, no dejaba de enseñarles fotos a los abuelos de su móvil, del viaje y del tiempo que estuvieron en Escocia. Hasta les contó que había estado malita en un hospital cuando se puso triste por no vernos. A mis abuelos les cambió la cara, reflejándose el dolor.

Nos quedamos hasta la hora de la cena, ya que mi abuelo hizo unas *pizzas* en el horno de piedra, y es que mi abuela hacía una masa increíble; la dejaba finita y quedaba con un gusto increíble. Tal y como terminamos de cenar, nos despedimos para regresar a la ciudad, en principio ya no íbamos a venir al día siguiente sino al otro, para no darnos otra paliza. Además, que a la niña le apetecía pasar unos días con los abuelos, ya que conmigo había estado dos semanas prácticamente.

Llegamos a casa y nos pusimos cómodos, yo con un pijama de tirantes cortito de verano y él con un pantalón de algodón corto y una camiseta blanca. Estaba guapísimo.

Nos sentamos en el sofá con un helado cada uno de los que había comprado en el súper.

—¿Sigues corriendo?

—No, me compré una cinta eléctrica para correr en la casa y varios aparatos de musculatura. No quería dejar a la niña con nadie y me acostumbré a esa rutina.

—Mañana puedes salir a correr. —Aguanté la risilla sabiendo que a él hacer alguna de esas cosas ya no se le ocurriría.

—Mejor me compro una cinta y un par de pesas, y hago deporte en el patio —soltó causándome una carcajada.

—No seas tan extremista. Lo que tenga que pasar pasará salgas o no salgas.

—No volverá a pasar nada, te garantizo que no me tomaría un solo café si no es con alguno de vosotros. Ya no hay margen para los errores.

—Ahora no me debes lealtad.

—Ahora más que nunca. Podría estar toda la vida así contigo, que no miraría a nadie que no fueras tú.

—¿Vas a estar toda la vida soltero? —Carraspeé aguantando la risa.

—Hasta agotar el último segundo de mi vida, con la ilusión de que algún día volvamos a ser lo que fuimos.

—¿Sabes?

s —Dime. —Me acercó su helado a la boca, el suyo era de sabor a caramelo y el mío a vainilla; lo probé—. Yo como te he dicho, ahora mismo no podría estar contigo, pero tampoco estaría con alguien que no fueras tú —confesé.

—No te puedo dar un beso, ¿verdad?

—No. —Me reí—. Bueno sí, pero en la cara. —Se la acerqué y me lo dio bien fuerte.

—Mi vida ha sido una mierda, llena de mentiras familiares, viendo cómo mis padres conseguían sus caprichos a
base de dinero y muchas otras cosas que ni te puedes imaginar. Luego lo que pasó con la mamá de Olivia, a la que amé, pero nunca de la manera en que aprendí a hacerlo contigo, nada que ver, contigo todo era un abismo. Mi hija fue el motor para darme una buena razón para seguir en pie, pero tú has sido la razón que me ha permitido volver a creer en el amor en su más pura esencia.

»Todo lo que hemos vivido parece estar influenciado por mis padres de alguna forma, ya que son los responsables de muchas situaciones, pero siempre logran salir airosos. Lo que más me duele es que el daño más grande fue para ti. Pero te prometo que, si tengo que quedarme así, solo y como estamos ahora, lo haría sin dudar, porque no hay nada que me haga más feliz que estar contigo.

—Abrázame fuerte, que te quiero un montón, Sloan —dije sentándome en su regazo mientras él me rodeaba con sus brazos.

Nos soltamos porque los helados se iban a derretir en nuestras manos, pero me quedé sentada en su regazo.

—¿Te puedo denominar mi chica? —me preguntó poniendo de nuevo su helado en mi boca.

—Si llamarme así no implica ningún compromiso más allá que una amistad, puedes llamarme como quieras.

—Somos más que una amistad, tenemos un tesoro en común. —Me besó en la mejilla.

—Pues bien, que te la llevaste.

—No hubiera permitido una despedida…

—Lo sé, no te estoy reprochando nada, estoy bromeando. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Gracias por ser tan comprensiva. —Acarició mi mejilla.

Extendimos el sofá y nos acomodamos para ver una película. Sloan se situó detrás de mí y pasó su mano por mi barriga.

No me veía la cara, así no se dio cuenta de las lágrimas que derramé de felicidad, porque, aunque aún aquello me rompía en mil pedazos, ahora mismo me encontraba en mi lugar favorito, que era entre sus brazos.

Nos quedamos dormidos en el sofá, creo que ambos lo hicimos a conciencia porque sabíamos que si nos levantábamos iríamos cada uno a una habitación. Esto era algo así como tierra de nadie.

—Lo sé, no te estoy reprochando nada, estoy bromeando. Lo hiciste lo mejor que pudiste.

—Gracias por ser tan comprensiva. —Acarició mi mejilla.

Extendimos el sofá y nos acomodamos para ver una película. Sloan se situó detrás de mí y pasó su mano por mi barriga.

No me veía la cara, así no se dio cuenta de las lágrimas que derramé de felicidad, porque, aunque aún aquello me rompía en mil pedazos, ahora mismo me encontraba en mi lugar favorito, que era entre sus brazos.

Nos quedamos dormidos en el sofá, creo que ambos lo hicimos a conciencia porque sabíamos que si nos levantábamos iríamos cada uno a una habitación. Esto era algo así como tierra de nadie.

Capítulo 38



Un mes y medio había pasado desde que regresamos de Puerto Rico, una isla que de algún modo nos había devuelto parte de nuestra felicidad.

Edwin y Julieta tenían una relación a la que llamaban «cosita», ella no quería decir que era su pareja porque aún le reprochaba cómo actuó, pero la realidad era que sí lo eran y que vivían juntos, eso no se podía negar.

En mi casa seguían Sloan y mi niña, que hoy era su primer día de clase y le estaba haciendo una foto con su uniforme nuevo. Estaba preciosa.

Yo seguía en mis trece de que hasta que yo no fuera capaz de sanar la herida de saber que había estado con otra y no ver esa imagen tan real en mi mente, no iba a dar un paso adelante, pero lo cierto es que estaba feliz de tenerlos en mi casa y en mi vida.

Sloan y Edwin compraron dos terrenos contiguos en nuestra urbanización, que les habían costado un pastizal y ahora estaban construyendo dos chalets de diseño que prometían ser espectaculares y que eran completamente iguales.

Julieta decía que en cuanto se lo entregaran, se instalaría allí para dar por culo una temporada, al igual que ella lo había tenido que aguantar este tiempo y todo el que quedaba hasta la finalización de la obra, que sería en enero.

Sloan decía que soñaba con que nos fuésemos allí a comenzar una nueva vida, pero yo no le podía prometer nada, no podía hacerlo, pero era obvio que estaríamos tan cerca que seguiríamos juntos de algún modo.

Le preparamos el desayuno a la pequeña y se lo metimos en su mochila para la hora del recreo. Ya se había tomado su vaso de leche con cacao y unas galletas.

Los cuatro la acompañamos, ya que ninguno quería perderse ese instante tan especial de su primer día en la escuela. Entraba su etapa en infantil de cinco años, hasta el año siguiente no comenzaría la primaria.

Iba feliz y nos dio un beso a cada uno antes de irse hacia dentro a la fila que le había marcado su profesora.

El colegio era un centro bilingüe privado de los mejores de Andalucía, de hecho, le iba a costar al padre ochocientos euros al mes.

Regresamos los cuatro a la casa y mandamos a los chicos al súper, momento que aprovechamos para hacer algo que teníamos pensado Julieta y yo, y no era otra cosa que una prueba de embarazo, ya que desde que volvimos de Puerto Rico no había visto la regla.

Estaba nerviosa y Edwin no sabía nada, yo tampoco se lo había contado a Sloan dado que se lo prometí a Julieta.

El resultado fue inmediato y evidente…

—Estás embarazada —dije feliz y abrazándola.

—Me cago en las castas del puto *Highlander* que me ha preñado —dijo ella comenzando a hiperventilar—. ¿Y ahora qué hago?

—Pues ponerte feliz, como me decías a mí, ahora te asustarás, pero luego te darás cuenta de que es lo mejor de tu vida —le repetí lo mismo que ella me decía a mí cuando me enteré de que estaba embarazada, un año atrás.

—Calla que si al tuyo le llamábamos «intruso» a este le voy a poner «okupa», con k de kilo que tiene más peso.

Fuimos a la cocina y llegaron los chicos con la compra. Yo sabía que ella lo iba a soltar rápidamente porque algo así no se lo podía guardar por mucho tiempo. La conocía lo suficiente para tenerlo claro y no equivocarme.

—Edwin, que tu nueva casa ya tiene heredero —le soltó esta a la vez que se comía unas uvas de un racimo.

—No te entiendo —dijo arqueando la ceja, pero vi que Sloan sí que lo había entendido por la sonrisa que le había salido.

—Que me la has metido hasta el fondo y me has dejado preñada. ¿Lo entiendes así?

—Como para que no —murmuré yo a carcajadas.

—Mira, para que lo tengas claro. —Le enseñó la prueba de embarazo.

—¿Voy a ser padre? ¿De verdad? ¿Vamos a tener un bebé? —preguntaba nervioso y emocionado incapaz de

contener las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Sí, tengo un okupa en mi barriga —dijo ella frunciendo la cara sin dejar de comer uvas.

Edwin metió un grito de felicidad y luego abrazó a Julieta con todas sus fuerzas. Lo mismo hizo con su hermana y conmigo.

Estábamos todos de lo más emocionado y es que era increíble ver que de todo lo ocurrido, volvían a pasar cosas bonitas.

—Eso sí, no quiero a ningún extraño a nuestro alrededor. Los cafés y comidas en casa. No me fio de vuestros círculos.

—Julieta por Dios —protesté porque ella tenía que poner la nota.

—No podrán hacernos nada, porque ya todos tenemos una barrera para protegernos —dijo Edwin sin dejar de llorar.

Fue una mañana de lo más bonita en la que los nervios de la noticia nos tenían de lo más emocionados.

Los chicos regresaron a su casa y Sloan y yo fuimos al cole a por la niña. Momento en que vino de la mano con la profesora.

—Quería comentaros algo —nos dijo la señorita.

—Sí, claro —murmuró Sloan.

—Este colegio es de los niveles más altos que hay en educación, por lo que empezamos fuerte desde los tres años. El caso es que ella entró en el último curso de infantil, pero tiene los conocimientos de un niño de segundo de primaria de este centro. ¿Cursó en algún otro lado antes?

—No, la verdad es que nos hemos encargado nosotros y como yo hablo inglés y ella —me señaló a mí— español, la niña está aprendiendo los dos idiomas.

—Pero ya no solo es el idioma, que sí que nos impresionó, es que escribe y lee casi de manera fluida. Y suma con dos cifras, que se me olvidaba.

—Imagino que eso es bueno.

—Sí, pero he pensado en proponerla para adelantarle al menos un curso.

—Se lo agradezco, pero no. —dijo el padre— Quiero que conviva con los niños de su edad y que siga los pasos de cada curso, eso le dará ventaja en las calificaciones. La vida son etapas y no quiero que ella se pierda ninguna.

—Tiene usted razón. Entonces no he dicho nada. Felicitaciones por lo que han conseguido con ella.

—Adiós, señorita Elena.

—Adiós, Olivia. Disfruta del resto del día.

—Gracias, señorita.

Nos despedimos de ella y nos fuimos hacia la casa a comer de lo más orgullosos de nuestra niña. Eso sí que había sido empezar el curso con fuerzas. Me la comía, si es que no podía tener a nadie mejor en mi vida que a ella

Nos estuvo contando durante la comida que se había hecho amiga de una niña que se llamaba Natalia. Estaba loca con ella y decía que la iba a invitar un día a venir a casa. Me encantaba que se sintiera tan a gusto en esta nueva etapa de su vida y que fuera aquí, a mi lado.

Sloan pasó la tarde entera en videollamada con sus asesores escoceses, quienes le ayudaban a gestionar su patrimonio y los que le aconsejaron comprar la casa de Edimburgo y el resort en Puerto Rico para mover el dinero. De momento no pondría la casa en venta, la preparó bien y cerró, aunque se habían traído sus pertenencias personales, tales como ropa y objetos de valor. Esto ocurrió dos semanas atrás y solo estuvieron allí dos días, el tiempo necesario de meter todo en cajas y entregarlo a una agencia de transportes para que lo trajese a España, regresando ellos de inmediato.

Lo hicieron cuando compraron el terreno y ya sabían que se quedarían afincados aquí. En Escocia lo bueno era que no existía la ocupación y por esa parte estaban tranquilos. Por eso no querían vender ni deshacerse, por ahora, de esas casas, ya que les servían para algo de un tema de impuestos. Necesitaban tener patrimonio.

La niña se puso con un mapa de Europa a estudiarse los países con sus capitales porque decía que quería aprender a saber dónde estaba cada uno situado. A la pobre no le habían mandado ni deberes dado que iba demasiado adelantada.

Julieta vino con Edwin a cenar comida china que habíamos pedido a un restaurante que nos encantaba. Estaba de lo más nerviosa, me hacía gracia verla en ese estado.

Le dieron la noticia a Olivia que gritaba feliz que iba a tener un primito o primita. Para ella eso era un mundo de felicidad y no tardó en hacerle una videollamada a los abuelos para contárselo.

La verdad es que no había podido ser más bonito el día. De nuevo, volvía a sentir de alguna forma que algunas de las piezas del puzle ya se estaban poniendo en su sito.

Le dieron la noticia a Olivia que gritaba feliz que iba a tener un primito o primita. Para ella eso era un mundo de felicidad y no tardó en hacerle una videollamada a los abuelos para contárselo.

La verdad es que no había podido ser más bonito el día. De nuevo, volvía a sentir de alguna forma que algunas de las piezas del puzle ya se estaban poniendo en su sito.

Capítulo 39



Tres meses después…

¿Cuánto tiempo se tarda en olvidar unos cuernos? Pues no lo sé, pero a mí eso me marcó por completo mi vida y me había vuelto una persona insegura y con la autoestima baja. Obviamente, eso no lo mostraba ante mis seguidores a los que les seguía mostrando la mejor versión de mí y siempre aparecía con una sonrisa.

Amaba y deseaba con todo mi corazón a Sloan, un hombre que se entregaba por completo a mí, a su hija, a su hermano y a Julieta, así como a mis abuelos. Siempre estaba presente para todos y esforzándose por subir mi autoestima, que estaba por los suelos. No dejaba ni un solo día de recordarme lo importante que era para ellos, lo que valía y la gran mujer que era.

Las Navidades las habíamos vivido en casa como el año anterior con los abuelos y los chicos. Justo hoy, tres días después, estábamos de camino a Laponia de nuevo los cinco, ya que la pequeña nos lo había pedido de mil maneras y decía que quería ver a Santa Claus, ya que le había cogido mucho cariño.

Desde el reencuentro en Puerto Rico no había sido capaz de liarme con Sloan y aunque es verdad que terminamos durmiendo juntos, él siempre respetó que yo no estaba preparada para llegar a nada más, ni siquiera un beso en los labios.

Durante el último mes, había mantenido conversaciones por videollamada con una psicóloga y aún lo seguía haciendo, ya que me estaba ayudando mucho a superar ese duelo del que era incapaz de salir.

La tenía informada de todo y le conté mi historia al completo. Hablábamos con frecuencia, ya que Elvira, la psicóloga, demostraba una gran empatía hacia mí y no le preocupaba que sus sesiones duraran más una hora; siempre que no tuviera otros compromisos, se quedaba conversando el tiempo que necesitara.

Sloan y los chicos estaban al tanto de ello, y cuando me toca la cita con Elvira, él siempre se llevaba a la niña a comprar o si ella estaba en el cole, él se iba a hacer cualquier cosa, pero apoyaba que hubiera buscado ese tipo de ayuda, ya que él quería por encima de todas las cosas que volviera a ser la que antes era.

El embarazo de Julieta iba viento en popa y estaba de cinco meses. Era un varoncito al que iban a llamar Sloan. Todo un detalle por parte de ellos, además de que íbamos a ser los padrinos.

Sloan agarró mi mano y la acarició sacándome de esos pensamientos justo antes de aterrizar.

Es verdad que Elvira me estaba ayudando mucho e intentaba que yo misma recuperara la confianza en mí, porque si algo me quería transmitir y que yo tuviera consciencia, es que no tenía que volver a confiar en Sloan ni nada, sino en mí, que sería el primer paso para luego poder confiar en los demás. Obviamente, yo confiaba en todos, menos en eso con Sloan, que siempre pensaba que volvería a caer en otros brazos, ya fuese por su voluntad o por engaño. Estaba de lo más paranoica. Pero yo lo quería y quería sacarme esta sensación tan fea y poder ser feliz a su lado, porque era mi persona favorita y el único hombre capaz de despertar todos los sentimientos tan bonitos que me provocaba.

Olivia era también lo que más amaba en el mundo y me daba igual que no tuviera mis apellidos ni mi sangre, porque a esa la amaba tanto como si la hubiera parido y me llevaba por delante al que intentara hacerle lo más mínimo.

El mes pasado se había celebrado el juicio contra Rose y Judith, la chica que le echó en el café a Sloan esa droga, o sea, la que se lio con él. Ambas condenadas a otros cinco años, por lo que Rose iba a tener que pasar mucho tiempo entre rejas. Lo más curioso es que siempre salían inmunes los padres de Sloan, esos que siempre andaban detrás de todo. Era increíble el poder que tenían sobre Rose para manejarla utilizando la obsesión que tenía esta con Sloan. Habían condenado a las dos con pena de cárcel y con una indemnización que tuvieron que darle a él de cien mil libras, cada una. Y claramente esos pagos estaban cubiertos por sus padres, eso no nos cabía la menor duda, sino ¿de dónde iban a sacar tanto dinero?

Habíamos conseguido que nos dieran la misma cabaña, ya que escribimos y lo pedimos amablemente comunicándoles que el año anterior habíamos estado allí. La gracia es que les mandé enlaces de las redes, se acordaron y fuimos invitados por el parque sin pagar ni un duro de la estancia ni de lo que consumiéramos, lo único que tuvimos que pagar fue el avión.

Nos acomodaron y, obviamente, la primera visita fue a la casa de Santa Claus que cuando la vio aparecer se levantó de su sillón y corrió a los brazos de ella mientras la llamaba por su nombre, no se le había olvidado y es que Olivia era una niña que dejaba huella.

Durante los tres primeros días, hicimos un montón de actividades antes de ir de nuevo a disfrutar de la cena de fin de año en el restaurante, donde celebraban la fiesta con los personajes, y en el que Santa Claus volvía a ser la estrella.

Olivia se emocionaba con todo y pedía fotos sin parar, disfrutando cada momento como la niña que era.

De nuevo Santa Claus fue pidiendo a los niños subir y dejó a Olivia la última, la pobre estaba desesperada, pero todo tenía un porqué. Él mismo contó a los huéspedes mientras tenía en su regazo a Olivia lo que pasó el año anterior y todos se emocionaron muchísimo al saber que sí que tenía a su mamá como había pedido.

—Entonces —dijo Santa Claus cuando acabó de contar la historia ante una emocionada Olivia—, este año imagino que pedirás el regalo, ya que se te cumplió el deseo.

—No, no, no, no —dijo ella causando la risa de todos los asistentes—. Quiero pedir otro deseo —sonrió poniéndose las manitas en su boca.

—Verás que de nuevo me haces llorar —dijo Santa causando una risa más grande en la pequeña y en todos los asistentes—. Ya tienes una madre, ¿vas a pedir un hermanito?

—Santa, ahora voy a tener un primito.

—Lo sé, es evidente. —Miró a Julieta.

—Ahora voy a pedir que mis papás se den una oportunidad.

—Acaba de salir el gordo —dijo Santa Claus intentando poner un poco de humor y yo no sabía si meterme debajo de la mesa, salir corriendo, echarme a reír o ponerme a llorar—. ¿No viven juntos tus papas?

—Sí, todos vivimos en España en la casa de mi mamá nueva, pero dentro de un mes nos entregan la casa nueva de mi papá y los dos nos iremos a ella, que está al lado y yo tendré una habitación en cada casa, pero yo no quiero que nos separemos.

»Quiero que se perdonen, pasó algo después de venir el año pasado y tuvimos que separarnos tres meses y yo estuve muy malita porque echaba de menos a mi mamá nueva y encima la teníamos lejos porque regresamos a Escocia. Luego en verano nos volvimos a reunir en Puerto Rico.

—Pues sí que dais la vuelta al mundo —dijo un Santa Claus emocionado que intentaba poner un poco de humor ante el nudito que teníamos todos los allí presentes.

—Y desde Puerto Rico, nos fuimos de nuevo a España, y mis padres se quieren un montón, se dan abrazos y duermen juntos, pero solo como amigos, no se dan besitos en la boca como antes y sé que mi mamá no le perdona algo, pero que mi papá está luchando por recuperarla.

»A mí me da miedo que llegue el momento que nos entreguen la casa. No quiero ver a mi familia separada. Quiero que mi mamá vuelva a besar a mi papá, al que vi llorar a escondidas muchas veces —el público dijo un «ohhh» entre lágrimas—. ¿Puedes cumplir el deseo, Santa? Solo me falta eso para ser muy feliz.

— No, él no lo hará, lo haré yo, mi vida — exclamé mientras me levantaba, con los ojos llenos de lágrimas, y cogí por el hombro del jersey a Sloan para que se levantara, momento en que todos se echaron a reír entre lágrimas y aplaudieron emocionados.

—Quiero decirte —dije ante todos, pero…

—¡Esperad! —dijo Santa— Por favor subid aquí y que nos enteremos bien todos —nos pidió causando los aplausos de los asistentes y de la propia Olivia.

Lo cogí de la mano y me lo llevé al escenario, donde nos colocamos junto a Santa y Olivia, tras recibir un micrófono que un empleado nos dio.

—Pues repito —dije causando más risas que se reflejaban en nervios—. Quiero decirte delante de todos para que no haya duda a la malinterpretación que eres el hombre, padre, amigo y persona más maravillosa de este mundo. Sabes que te quiero y amo con locura. La maldad humana nos llevó a separar nuestros caminos cuando más felices éramos.

»Aunque ahora estamos todos juntos, no es como antes por mis miedos y esas sombras que no desaparecen de mi vida —Sloan, en ese momento, tenía el rostro surcado por lágrimas, llorando intensamente sin poder contenerse—. Si no he sido capaz de dar un paso al frente es por no hacer daño con esas cosas que estoy luchando por sanar y lo sabes —el afirmó llorando sin poder siquiera mirarme.

—Con lo bueno que está ese hombre, o le das el beso tú o subo y se lo doy yo —dijo una de las asistentes muy graciosa que estaba al lado de su marido, y nos echamos todos a reír; hasta el mismísimo Sloan que a su vez negaba y lloraba.

—Señora, antes de que subas el primer escalón ya te he lanzado una silla, así que quietecita que este es mío —contesté bromeando y Sloan me rodeó con su mano y me abrazó mientras me daba un beso en la mejilla—. Ya se me ha olvidado lo que iba a decir. Pues eso, que quiero a Olivia con toda el alma, al igual que a ti.

»Pero que si con mi etapa de sanar, os estoy haciendo daño y encima me lo estoy haciendo a mí porque os necesito incluso más que antes; que le den por culo —dije sin cortarme ni un pelo— a las sombras y a todo lo que se mueva, que yo quiero estar contigo. —Lo besé apasionadamente mientras todos se levantaban y aplaudían felices, incluso la niña y Santa.

Nos íbamos a bajar del escenario cuando Santa Claus nos frenó.

—Vosotras, ¿dónde creéis que vais? A ver, muchachita —me señaló a mí—, que si tú y ella —señaló a Olivia— os pensáis que os vais a ir de rositas y que la magia solo la ponéis con vuestros deseos, dejadme deciros que hubo alguien que pidió otro deseo. —Miró a Sloan y yo me quedé un poco rallada. Hasta se me pasó por la cabeza que me fuera a pedir matrimonio.

—Bueno sí, aunque me he llevado la gran sorpresa de recuperar a una de las personas que más amo en mi vida. Creía que iba a ser yo quien sorprendiera, pero resulté ser el sorprendido. Debo reconocer que lo que ha pasado era algo que deseaba con todo mi corazón, pero había otra cosa que prevalecía para reconocer la labor de Noa, mi ya pareja, y pensé que hoy se merecía tener el regalo más bonito y que más deseaba en el mundo, algo que nunca se atrevió a pedir.

—Pues no sé de qué hablas —dije nerviosa reiterándome que podía ser que me pidiera matrimonio, aunque algo no me cuadraba por sus palabras.

—No acertarías por nada del mundo, ni, aunque te diera mil oportunidades.

—Suelta ya tu deseo que me estoy sintiendo mareada, y si no fuera porque no he tenido sexo desde abril, diría que estoy embarazada. —Sloan y todos rieron.

—Verás, en la cabaña hay unos papeles a los que solo les falta poner tu firma para solicitar en los juzgados de Escocia que procedan a abrir una adopción para que tú, con todas las de la ley, te conviertas en la mamá legal de Olivia. Quiero que seas su mamá con todos los derechos, porque las dos os lo merecéis.

—¡Mamá, o lo firmas tú o lo firmo yo! ¡Ay, que me van a poner tu apellido! ¡Mamá, corre vete a la cabaña! ¡Mamá! —decía, mientras yo estaba en los brazos de Sloan llorando como una niña pequeña por ese acto tan fuerte y bonito que había tenido conmigo y con el que me demostraba muchas cosas. Y yo pensando que me iba a pedir matrimonio…ilusa de mí, sin saber que me iba a sorprender con algo mucho mejor y de más valor para mí que una simple boda. Amaba al hombre correcto, el problema era yo, que estaba estancada en la mierda por un hecho que me dejó una gran herida, pero era mi herida, y dependía de mí salir de ello. Lo haría, así me dejara la vida, pero esta era mi familia y no quería volver a separarme de ellos nunca más.

Obviamente, le dieron su regalito a la pequeña y Santa nos reconoció que este año, de nuevo, habíamos sido el gran momento de las fiestas. Hasta bromeo diciendo que se iba a ir preparando para las siguientes fiestas por lo que pudiera pasar.

—Bueno sí, aunque me he llevado la gran sorpresa de recuperar a una de las personas que más amo en mi vida. Creía que iba a ser yo quien sorprendiera, pero resulté ser el sorprendido. Debo reconocer que lo que ha pasado era algo que deseaba con todo mi corazón, pero había otra cosa que prevalecía para reconocer la labor de Noa, mi ya pareja, y pensé que hoy se merecía tener el regalo más bonito y que más deseaba en el mundo, algo que nunca se atrevió a pedir.

—Pues no sé de qué hablas —dije nerviosa reiterándome que podía ser que me pidiera matrimonio, aunque algo no me cuadraba por sus palabras.

—No acertarías por nada del mundo, ni, aunque te diera mil oportunidades.

—Suelta ya tu deseo que me estoy sintiendo mareada, y si no fuera porque no he tenido sexo desde abril, diría que estoy embarazada. —Sloan y todos rieron.

—Verás, en la cabaña hay unos papeles a los que solo les falta poner tu firma para solicitar en los juzgados de Escocia que procedan a abrir una adopción para que tú, con todas las de la ley, te conviertas en la mamá legal de Olivia. Quiero que seas su mamá con todos los derechos, porque las dos os lo merecéis.

—¡Mamá, o lo firmas tú o lo firmo yo! ¡Ay, que me van a poner tu apellido! ¡Mamá, corre vete a la cabaña! ¡Mamá! —decía, mientras yo estaba en los brazos de Sloan llorando como una niña pequeña por ese acto tan fuerte y bonito que había tenido conmigo y con el que me demostraba muchas cosas. Y yo pensando que me iba a pedir matrimonio…ilusa de mí, sin saber que me iba a sorprender con algo mucho mejor y de más valor para mí que una simple boda. Amaba al hombre correcto, el problema era yo, que estaba estancada en la mierda por un hecho que me dejó una gran herida, pero era mi herida, y dependía de mí salir de ello. Lo haría, así me dejara la vida, pero esta era mi familia y no quería volver a separarme de ellos nunca más.

Obviamente, le dieron su regalito a la pequeña y Santa nos reconoció que este año, de nuevo, habíamos sido el gran momento de las fiestas. Hasta bromeo diciendo que se iba a ir preparando para las siguientes fiestas por lo que pudiera pasar.

Capítulo 40



Era principios de abril y esa mañana había amanecido más soleada de lo normal, brillaba de manera diferente. Además, me había levantado más tarde y escuché salir y entrar a la pequeña y a su padre a la calle, pero yo estaba de lo más a gusto en la cama.

Miré el reloj y reí al comprobar que eran las diez. ¿Desde cuándo me levantaba yo tan tarde? Cada vez notaba más paz en mi vida y eso creo que se veía reflejado en mi descanso.

Me metí en la ducha para luego ir a tomarme el desayuno al jardín, pero ahora necesitaba recrearme un poquito bajo el agua.

Estaba feliz con mi nueva vida y en la nueva casa, tanto Julieta como yo nos habíamos ido a vivir a los chalés nuevos y habíamos alquilado nuestras casas, ya que no teníamos interés en deshacernos de ellas. Además, a mi amiga le venía genial pues su casa estaba hipotecada y ahora se pagaría sola con el dinero del alquiler.

Hoy era sábado, por lo que estaba más relajada. Me puse un pantalón corto de algodón blanco con una camiseta de manga corta del mismo color. Amaba ese color.

Salí al jardín y ambos estaban jugando a la pelota. Al mirar hacia la mesa, vi un gigante ramo de rosas blandas con un sobre encima que ponía mi nombre. Miré a Sloan y me hizo un guiño, la pequeña seguía jugando mientras me miraba con una sonrisa de oreja a oreja. Fueron viniendo hacia mí mientras yo abría el sobre.

Comencé a llorar de la emoción al ver esos documentos que confirmaban que ya era la madre legal de Olivia.

—¡Ya eres mi mamá! —dijo saltando a mis brazos.

—¡Qué fuerte! —La abracé y luego estiré mi cuello para besar a Sloan en sus preciosos labios.

En esos momentos escuchamos gritar por encima de los muros a Edwin diciéndole a Sloan que preparase el coche, que Julieta estaba de parto. Corrimos todos a coger las llaves, el bolso y sacamos el coche. Ella se montó atrás junto a la niña y Edwin, mientras yo iba delante con Sloan.

—Joder, ¿por qué me tocó a mi parir la primera? —dijo gritando de dolor.

—Te equivocas amiga, un rato antes parí yo, ya soy legalmente la mamá de Olivia.

—¿En serio? —preguntaron los dos a unísono.

—Sí —contestó Olivia feliz.

—Joder, ahora sí que me han venido más frecuentes los dolores, manda cojones que esta se me haya adelantado y sin dolor. No puedo ser más tonta —decía Julieta causándonos una carcajada conjunta.

Sloan paró en la misma puerta del hospital y yo me bajé con ellos para ayudarlos con el registro. Él se fue con la niña a aparcar y ahora nos darían el encuentro.

Todo fue demasiado rápido porque en cuanto la vio el médico y le hizo el registro, la mandó al paritorio.

Me quedé en la sala de espera junto a Sloan y Olivia que estaba de los ansiosa por conocer a su primo. Yo solo pedía que todo fuera bien y rápido, y parecía que la vida se ponía por fin de nuestra parte porque no tardó en aparecer Edwin diciendo que había nacido sano. Julieta estaba genial y ni puntos le habían tenido que poner, y Sloan pesaba dos kilos novecientos y medía cincuenta centímetros.

Nos fuimos a desayunar los tres mientras Edwin se iba hacia la habitación a la que iban a llevarlos a ambos, ya que debían de quedarse hasta el día siguiente en que les darían el alta, si todo seguía bien.

Cuando nos avisó Edwin subimos los tres y la emoción fue inmensa. El pequeño Sloan era una preciosidad de bebé que nos terminó de enamorar por completo, y mira que lo habíamos esperado con mucho deseo y ganas.

Estuvimos media hora con ellos y ya nos marchamos para dejarlos descansar y que vivieran su momento. Mis abuelos le hicieron una videollamada y, Edwin y Julieta, les prometieron que en tres o cuatro días irían a llevárselo, momento que aprovecharíamos todos para celebrarlo juntos haciendo una barbacoa.

La felicidad fue inmensa y Olivia se pasó toda la tarde viendo fotos de su primito, ya que le tiró un montón de ellas con el teléfono de su padre, que luego se las pasó al iPhone de ella, por Dios, que su iPhone era su vida y el calvario de su padre. Moría con esas guerras que tenían.

Al día siguiente llegaron a las diez de la mañana, ya que el médico había pasado tempranito y tanto Julieta como el bebé estaban perfectos, por lo que no dudó en mandarlos para casa.

Fuimos a saludarlos y tomamos un café con ellos quedando en que se vendrían a casa a comer. Yo había dejado la noche anterior hecho el fondillo de una paella y hasta había cocido el marisco para luego añadirle el caldo.

Olivia se quedó con ellos, aunque intentamos que no, pero Julieta y Edwin nos echaron diciendo que su primita era la mejor compañía para el pequeño Sloan. Y es que Olivia estuvo todo el tiempo a su lado mirándolo y haciéndole fotos con el móvil mientras le decía los planes que tenía para cuando él supiera andar.

Cuando vinieron más tarde, el arroz ya estaba servido en la hermosa mesa del porche del jardín. Los cuatro aparecieron y Julieta, sin dudar, se dirigió a tomar una copa de vino.

—Qué ganitas tenía tomarme una —dijo sosteniéndola en su mano.

El caso que todo el parto fue genial, pero con la peculiaridad de que los médicos le dijeron que no le podía dar el pecho por un problema menor que tenía en la leche. Así que podía permitirse el lujo de disfrutar de la copa.

Cogí al pequeño Sloan y lo miré emocionada. Ese niño era producto de la historia de todos, porque esta historia pertenecía a cada uno de nosotros y lo que comenzó una vez en el Caribe.

La vida nos sonreía y parecía que las nuevas casas nos habían dado un poco de vidilla y aires nuevos, porque todos estábamos locos de contentos aquí.

Julieta siempre decía que no se iba a casar primero, y yo pensaba lo mismo, así que llevábamos unos tres meses haciendo sufrir a los chicos, que ya nos lo habían pedido de todas las maneras habías y por haber, cosa que en este mismo momento nos recordaron diciendo que ahora pegaba un enlace, pero de nuevo se encontraban con que ninguna de las dos quería ser la primera.

Realmente a mí me daba igual casarme o no, yo tenía a los que consideraba mi familia y estaba viviendo un momento tan bonito que era lo único con lo que me quedaba. Todos juntos a una y luchando por ser felices, que era lo que habíamos aprendido de todo esto.

Y he de decir que hasta regresé a Escocia un mes atrás, para acompañar a Sloan a un trámite de unos documentos y nos quedamos en su casa de Edimburgo. En ese momento me di cuenta de que ya había superado hasta mi rencor por ese país. Mi vida era a su lado y los miedos estaban para superarlos.

A estas alturas de mi vida tenía claro algo y es que la salud, el amor y la paz, estaban por encima de cualquier cosa.

Capítulo 41



Cuatro años habían pasado desde que me convertí en la mamá oficial de Olivia y la tita del pequeño Sloan, y ah debo reconocer que mi vida mejoró por completo y me aferré a ese amor que sentía tan grande por mi hombre.

Los más felices de mi vida, sin duda, y en los que habían pasado muchas cosas. Lo primero que un año después de venir al mundo nuestro sobrinito, nació Hugo, nuestro retoño, fruto del amor que sentíamos el uno por el otro y que terminó por colmar a Olivia, que la hizo plenamente feliz; eso sí, no sé a quién quería más sí al pequeño Sloan o a Hugo, porque por los dos se desvivía de igual manera.

Esos niños hicieron mayor a Olivia porque cogió un rol protector que no había manera de quitarle y los cuidaba como si fuera su madre. Bonita era para que les faltase algo.

—Estáis preciosas —nos dijo mi abuela emocionada, a Julieta y a mí, que acabábamos de terminar de arreglarnos para nuestra boda.

Sí, era el día de nuestra boda, aún no nos habíamos casado con la broma de que ninguna quería ser la primera, hasta que nos propusieron hacerlo conjuntamente, ya que veían que no había otra manera humana de llevarnos al altar.

—Mamá, que los niños ya están vestidos, guapísimos —dijo entrando de nuevo a la villa y sacándonos una sonrisa.

—Tú sí que estás guapa, mi amor. —Me agaché y acaricié su carita.

Esa niña no se podía imaginar todo lo que significaba para mí. Después de dar a luz y ser madre de dos, uno biológico y otro no, me di cuenta de que llevar a un hijo en el vientre no te hace más madre, sino más egoísta, porque el amor que se siente por un hijo ya sea de tu sangre o no, no se mide por la genética. Para mí, los dos eran exactamente iguales, es más, para ser justos, a Olivia me unía algo indescriptible y que era muy difícil de alcanzar

Nos encontrábamos en Bali, dónde los chicos habían comprado un precioso hotel que mandaron reconstruir y que anunciaron como parte de la cadena. El más bonito de los cinco que poseían, hasta ahora, y al que estábamos

deseando venir. Y tuvimos la excusa perfecta, esta que se estaba viviendo en estos momentos.

Mi abuelo apareció con tres copas de vino: para Julieta, mi abuela y para mí, ya que nos habíamos quedado a solas porque las maquilladoras y peluqueras ya se habían marchado.

—No se lo digáis a nadie, pero a las mujeres más bonitas no les puede faltar su copita antes de tan gran evento.

—Abuelo, eres el mejor —le dijo Julieta dándole un beso en la mejilla, y es que ella lo quería como si fuera su abuelo de verdad.

—Estáis preciosas —nos dijo emocionado mirando a las tres y a la niña.

—Me acabo de dar cuenta que me he olvidado de ponerme las bragas —dijo Olivia tocándose por debajo del vestido, para notar si las tenía o no.

—Anda ven. —La cogió de la mano la abuela riendo a más no poder—. La llevo a que se las ponga, ahora vuelvo.

—Vale —dijimos al unísono riendo.

Mi abuelo se marchó cuando volvió Olivia con la abuela. Venían muertas de risa.

—Hija, ya tienes una edad para ir olvidándote de ponerte las bragas —le dije a carcajadas mientras disfrutaba d la copa de vino.

—Mamá, es que, con los nervios de verme con el vestido puesto, lo hice al revés y al final las bragas se cayeron de la cama, que nos hemos dado cuenta ahora. Había dado por hecho que las llevaba puestas, hasta que en un momento crucé las piernas y noté un poco de gusto, y al tocarme me di cuenta de que no, pero en verdad me gusta estar sin bragas.

—Ay Dios, qué pronto está experimentando mi sobrina —dijo Julieta dándome un golpe en el hombro y llorando de la risa.

—A mí no me expliquéis nada —dijo mi abuela dando un trago largo para olvidar lo que había escuchado.

—Os voy a tirar una foto. —Sacó su iPhone, el mismo que tenía desde hacía cinco años y su padre no tenía ninguna intención de cambiarlo ni lo iba a permitir, aún seguía sin internet y le quedaban unos pocos años en esa tesitura.

Villas con piscina privada, con vistas a un templo y arrozales, se convirtieron en uno de los destinos más deseados por los influencers, incluidas nosotras, que seguíamos trabajando en las redes sociales. Por no hablar de Olivia, que tenía su propia página que yo manejaba y que ya nos había superado en seguidores.

Estábamos de lo más nerviosas y, para sorpresa de los chicos, íbamos las dos vestidas iguales; con un precioso vestido estilo sirena con tirantes finitos y la espalda al aire, la falda era de crepé y el cuerpo de encaje, rematado con una discreta cola. El pelo lo dejamos suelto, con un peinado impecable y el maquillaje era precioso, ya que lucía muy natural.

Miraba a mi abuela, quien se mostraba de lo más emocionada, y además habían tenido el valor de meterse en un vuelo tan largo para no perderse nuestro día y no fastidiar nuestros deseos de que se celebrara aquí.

Los padres de Julieta eran unos padres ausentes, que apenas habían aparecido más que un día para conocer a su nieto, pero volvieron a desaparecer, ella lo tenía claro, siempre ponían excusas a todo y no iba a vivir detrás de ellos, ya que su familia era esta, los que se lo habíamos demostrado.

Un carrito vino a por nosotras dos y Olivia, mi abuela se fue en otro un poco antes para llegar al altar, en el que junto con mi abuelo serían los testigos de los dos enlaces.

Nosotras ya habíamos visto cómo dejaron el día anterior la zona en la que se iba a oficiar la boda, que estaba delante de un precioso lago artificial y donde había una carpa balinesa decorada perfectamente con flores, todas en color blanco.

Al llegar en el carrito, nos quedamos boquiabiertas, ya que pensábamos que los íbamos a sorprender con los vestidos iguales, pero nada más lejos de la realidad. La sorpresa nos la llevamos nosotras al descubrir que ellos también iban vestidos idénticos, pero con sus atuendos tradicionales escoceses.

—Yo no puedo esperar a esta noche para levantarle la falda —dijo Julieta.

—Ni se te ocurra liarla —me reí—, recuerda que también es mi boda y no quiero que me la fastidien.

—Tranquila, que nadie se dará cuenta.

Los niños correteaban de un lado a otro, ya que Sloan tenía cuatro años y Hugo tres, así que cualquiera los frenaba.

Olivia era una preciosa niña de casi diez años que sentía un amor por su familia de lo más grande. Siempre fue la niña de mis ojos, por mucho que yo quisiera a Hugo, que era con todas mis fuerzas, con Olivia tenía una conexión que iba más allá de lo impensable.

El enlace estuvo lleno de momentos súper divertidos gracias a los niños, quienes interrumpieron en varias ocasiones. Obviamente, Sloan con solo una mirada los ponía a todos en silencio, hasta que se les olvidaba y volvían a buscarse entre ellos. Yo ya había aprendido a meterme en una burbuja para que no me sacaran de quicio

Pese a todo, fue un enlace precioso en el que no faltaron las palabras de mi abuelo, que fueron las más emocionantes que nos podían haber dicho a los cuatro. Nos dejó tan emocionados y sin aliento, que ninguno fue capaz de decir unas palabras, y yo, por lo menos, las mías las tenía pensadas, pero con lo que acabábamos de escuchar, creo que no había nada más que añadir, porque no iba a ser ni más bonito, ni emotivo que eso.

La celebración tuvo lugar en una villa familiar con su propia piscina, donde disfrutamos de bandejas flotantes llenas de bebidas, convirtiendo el día en una experiencia increíblemente divertida para los niños, que se divirtieron a lo grande. Aunque nos alejamos de lo convencional, la belleza del momento era indiscutible.

Incluso para el momento de la piscina, llevábamos bikinis idénticos en blanco, mientras que nuestro pelo lo recogimos de manera desenfadada, adornándolo con una flor puesta al lado.

Nos hicimos un reportaje de vídeo y fotos increíble, gracias a que Sloan se encargó de contratar un fotógrafo muy bueno de la isla, que estuvo en todo momento dejando inmortalizado cada movimiento. Lo mejor era que luego podríamos compartir este enlace tan especial con el mundo a través de nuestras redes sociales.

Obviamente, no habíamos venido solo para darnos el «sí, quiero», sino a compartir una luna de miel que disfrutaríamos todos juntos durante dos semanas. Y eso sí que fue una decisión acertada.

Este era el primer viaje de mis abuelos fuera de España y estaban como dos niños pequeños conociendo cada rincón al que nos llevaban. Ya posaban hasta como influencers y es que todo se pegaba. No había sitio que pisásemos que ellos no pidieran una foto, querían hasta con los peces que se encontraban en carpas que había en algunos lados.

Que nuestro lugar favorito de Bali era el resort en pleno campo de arrozales, no había duda y, además, era en el que pasábamos más tiempo, pero, cada día salíamos a conocer templos, darnos un bañito por las diferentes playas y hasta comíamos en sitios que habíamos leído que eran muy valorados por los viajeros.

Fue la boda más especial que jamás hubiera imaginado, así como la luna de miel, que no había día en el que no nos llevásemos alguna que otra sorpresa.

Había conseguido sentirme tan segura como cuando conocí a Sloan, gracias a la psicóloga y al esfuerzo que hice para demostrarme a mí misma que yo estaba por encima de todo eso.

Creía a Sloan por encima de todo, ya que no había un solo día en el que no me diera muestras de que yo era la

mujer de su vida, la única capaz de dejarle de manera permanente la sonrisa en su cara. Eso sí, me reñía mucho porque decía que consentía demasiado a los niños y era muy permisiva, pero yo no le hacía caso, eran niños y tenían sus cosas, como todos, pero malos no eran.

Las dos semanas supieron a poco como decían mis abuelos, pero volvían con la felicidad de haber conocido un precioso lugar y diciendo que ya se podían morir tranquilos, cosa que me enfermaba, ya que estaban muy bien y yo esperaba poderlos disfrutar muchos años más.

El vuelo de regreso lo hicimos todos durmiendo, por lo cual ni nos dimos cuenta del viaje, ya que abrimos los ojos cuando nos trajeron el desayuno un rato antes de aterrizar en España.

Antes de llegar a casa, tuvimos que dejar a Olivia en casa de su amiguita Natalia, aquella niña que conoció en infantil y con quien ha formado una gran amistad, además de que siguen estudiando juntas.

El motivo de dejarla allí de manera precipitada es que hoy era el cumpleaños de Natalia y no había cosa que desearan más que pasar ese día juntas. Además, le habíamos comprado las deportivas favoritas de la niña, y que Olivia le llevó con toda la ilusión del mundo, ya que nos pidió que se las consiguiéramos para poder regalárselas. También he de decir que los papás de Natalia tenían muchos detalles con nuestra hija.

Hugo se fue directo con Sloan para su casa, ni entró por nuestra puerta, y es que esos dos no pasaban un momento del día separados y estaban en una u otra casa, según les diera en ese momento.

Mis abuelos tenían su coche en nuestro chalé y en él se dirigieron hacia el pueblo, no sin antes repetirnos mil veces que habían sido los días más increíbles de sus vidas y que la luna de miel había sido de ellos. Me encantaba que así la hubieran vivido.

mujer de su vida, la única capaz de dejarle de manera permanente la sonrisa en su cara. Eso sí, me reñía mucho porque decía que consentía demasiado a los niños y era muy permisiva, pero yo no le hacía caso, eran niños y tenían sus cosas, como todos, pero malos no eran.

Las dos semanas supieron a poco como decían mis abuelos, pero volvían con la felicidad de haber conocido un precioso lugar y diciendo que ya se podían morir tranquilos, cosa que me enfermaba, ya que estaban muy bien y yo esperaba poderlos disfrutar muchos años más.

El vuelo de regreso lo hicimos todos durmiendo, por lo cual ni nos dimos cuenta del viaje, ya que abrimos los ojos cuando nos trajeron el desayuno un rato antes de aterrizar en España.

Antes de llegar a casa, tuvimos que dejar a Olivia en casa de su amiguita Natalia, aquella niña que conoció en infantil y con quien ha formado una gran amistad, además de que siguen estudiando juntas.

El motivo de dejarla allí de manera precipitada es que hoy era el cumpleaños de Natalia y no había cosa que desearan más que pasar ese día juntas. Además, le habíamos comprado las deportivas favoritas de la niña, y que Olivia le llevó con toda la ilusión del mundo, ya que nos pidió que se las consiguiéramos para poder regalárselas. También he de decir que los papás de Natalia tenían muchos detalles con nuestra hija.

Hugo se fue directo con Sloan para su casa, ni entró por nuestra puerta, y es que esos dos no pasaban un momento del día separados y estaban en una u otra casa, según les diera en ese momento.

Mis abuelos tenían su coche en nuestro chalé y en él se dirigieron hacia el pueblo, no sin antes repetirnos mil veces que habían sido los días más increíbles de sus vidas y que la luna de miel había sido de ellos. Me encantaba que así la hubieran vivido.

Epílogo



Celebrábamos el cumpleaños de Olivia, cumplía veinticinco años. Era toda una mujer emprendedora que tenía su propia firma de ropa y perfumes, la cual estaba triunfando desde hacía dos años. En su perfil contaba con cincuenta millones de seguidores, por lo que solo con el tema de las redes, podía vivir como una reina.

La firma no solo era de ella, no, sino también de su amiga Natalia, esa amistad que comenzó cuando tenían cinco años y que ahora, veinte años después, seguía tan fuerte. Entre ellas se llamaban sister, así que ya os podéis imaginar lo unidas que estaban, como dos hermanas. Me recordaba mucho a mi amistad con Julieta. Natalia, por cierto, también era influencer gracias a que entre todas conseguimos que se hiciera conocida en las redes.

Olivia era guapa, divertida y pizpireta, pero muy educada. Era una joven brillante que, hace dos años, acabó con éxito una doble titulación en Administración de Empresas y Derecho. Sin embargo, por ahora, estaba enfocada en su firma y en sus redes sociales, que le generaban grandes ingresos, permitiéndole tener, a su corta edad, un patrimonio considerable.

Por otro lado, estaba Hugo, nuestro futbolista favorito, que con tan solo diecinueve años estaba triunfando en España en uno de los mejores equipos del mundo. Era la gran estrella, ya que estaba cosechando un montón de títulos de los que él siempre era el protagonista. Se había convertido en la nueva sensación y el jugador más codiciado en estos momentos.

He de decir que todo lo que tenía de éxito y de guapo, lo tenía también de ligón, y decía que él no había nacido para amar solo a una mujer, sino a todas las que conquistaran su corazoncito. La edad no perdonaba por muy deportista de élite que fuera. Sus pajaritos estaban ahí, y de ahí no se movían.

Nuestra historia seguía tan viva como el primer día, y a pesar de que han pasado veinte años desde que nos conocimos por primera vez en aquel lugar del Caribe, aún seguíamos disfrutando de una eterna luna de miel, ya que tenía la suerte de que mi marido me miraba como si siguiera siendo la única mujer que existiera en el planeta para sus ojos; al menos como hombre, porque como padre, su Olivia lo era todo para él.

Mi abuelo falleció diez años atrás y mi abuela se fue a los dos meses. Dejaron un vacío muy grande en nosotros y en los niños, pero se fueron gracias a Dios felices porque nos dejaban aquí con una vida plena, así que se

marcharon tranquilos.

Sloan ya tenía cincuenta y cinco años y yo contaba con cuarenta y siete, pero nos veíamos en nuestro mejor momento y seguíamos disfrutando de la vida sin sentir que los niños nos habían hecho mayores. Es más, yo me sentía aún como una adolescente, que, si algo aprendí, es que mi autoestima no estaría más por los suelos, lo malo que se me fue de las manos y la tenía muy alta, pero me gustaba verme así y no cuando me sentía una mierda.

Edwin y Julieta también seguían disfrutando de un amor que se bebían sorbo a sorbo, como ellos decían.

El pequeño Sloan, a sus veinte años estaba estudiando la carrera de Odontología porque desde pequeño tuvo claro que quería ser dentista.

—Hija, tu regalo —dijo su padre acercándose a ella y entregándole un paquete envuelto con la elegancia que él derrochaba.

—Gracias —sonrió emocionada cogiéndolo y apoyándose en la mesa para abrirlo.

—Qué lenta eres, me pones nerviosa —le dijo su amiga Natalia.

—Ni que fuera tuyo el regalo —le contestó haciéndole una burla.

Cuando descubrió la cajita que había dentro de una caja más grande que había servido para despistarla, se echó a reír.

—Papá, ¿un iPhone? ¿En serio?

—Ya ves, la de vueltas que da la vida.

—¿¡En serio le has regalado a la niña un iPhone, hermano!? —preguntó Edwin riendo incrédulo.

—Flipo contigo, cuñado —saltó Julieta ante la risa de todos y el arqueo de ceja de Sloan.

—Papá, ¿y esto? —le preguntó de nuevo.

—Hija un iPhone, el último, te encanta esta marca.

—¿No me digas? —preguntó en plan irónico mientras volteaba los ojos y reía.

Y era la primera vez que su padre se bajaba del burro y le compraba un iPhone, ya que todos los anteriores se los habíamos tenido que regalar sus tíos o yo. Lo que nos pudimos reír.

La fiesta estaba llegando a su fin y habíamos tenido un día increíble, como siempre que estamos juntos. Yo me encontraba en un rincón del jardín, sonriendo al verlos reír, hacer bromas y disfrutar del momento.

Habíamos enfrentado muchas dificultades, pero a pesar de todo lo malo que vivimos, no cambiaría nada si eso significaba llegar a este instante, en el que la felicidad más absoluta me embargaba.

Noté que Sloan se acercaba y me abrazaba por detrás, apoyando su cabeza en mi hombro mientras yo dejaba caer la mía en su pecho. Sin duda, era el hombre de mi vida, mi Highlander favorito.

Y era la primera vez que su padre se bajaba del burro y le compraba un iPhone, ya que todos los anteriores se los habíamos tenido que regalar sus tíos o yo. Lo que nos pudimos reír.

La fiesta estaba llegando a su fin y habíamos tenido un día increíble, como siempre que estamos juntos. Yo me encontraba en un rincón del jardín, sonriendo al verlos reír, hacer bromas y disfrutar del momento.

Habíamos enfrentado muchas dificultades, pero a pesar de todo lo malo que vivimos, no cambiaría nada si eso significaba llegar a este instante, en el que la felicidad más absoluta me embargaba.

Noté que Sloan se acercaba y me abrazaba por detrás, apoyando su cabeza en mi hombro mientras yo dejaba caer la mía en su pecho. Sin duda, era el hombre de mi vida, mi Highlander favorito.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Twitter: @ChicasTribu

RRSS

Facebook: Ariadna Baker

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Twitter: @ChicasTribu